

Sally Sullivan

En busca del Maestro

Novela, finalmente

El mito es un «valor» en sí, no debe rendir cuentas a la verdad.

Roland Barthes

Prólogo

Si mi colega Patti Mugler no se hubiera torcido un tobillo tratando de colgar una cortina en su nuevo apartamento, la correspondencia que actualmente me ocupa habría sido ignorada incluso por mí. Es decir que yo no habría visitado el "Club Med 2" amarrado en el puerto de Sydney en el mes de noviembre de 1992 y no habría pretextado alguno para estas líneas. Porque era Patti quien debía entrevistar al comandante en el viaje inaugural del paquebote - mi sector de trabajo en la ABC TV era el cultural. Pero esa mañana de noviembre Patti se torció el tobillo y el director de la información me encargó la tarea que me dispuse a cumplir sin entusiasmo alguno. El comandante aún no estaba disponible, y con el pequeño equipo de TV hicimos tiempo vagando por la cubierta y los salones desiertos del paquebote. A bordo, y aparte los escasos tripulantes molucos y filipinos que inútilmente lustraban bronces impecables y frotaban picaportes relucientes, no se veía a un solo pasajero. Me informé: ese viaje inaugural desde Le Havre se había realizado sin pasajeros debido a una complicada jurisprudencia marítima en la cual no tiene sentido detenerse. Por eso me intrigó aquel señor sentado en un rincón del bar no habilitado de la popa. No era un oficial de a bordo ni tampoco moluco o filipino. Entonces tenía que ser "un" pasajero. Era. El único, según me dijo un tripulante. Que agregó: un escritor. Como el comandante no daba señales de vida, cedí a mi curiosidad. Ahí empezó todo.

Cuando pedí permiso para sentarme, el hombre levantó la vista del dorso de la postal que estaba escribiendo y asintió con la cabeza. Justifiqué mi gesto con alguna pregunta estúpida y unos minutos

después supe que el armador le había encargado una crónica de ese viaje inaugural hasta Nouméa. Y comentó, con una ironía no disimulada, que se aliviaba de esa tarea trascendente enviando postales a los amigos desde cada puerto. Como su fuerte acento revelaba un origen impreciso, mi curiosidad profesional logró la información de su nacionalidad: uruguayo. Me abstuve de preguntar qué era eso porque había conocido otro, en Caracas, durante un festival de teatro. Yo estaba muy contenta, pues para un nativo de Sydney no era muy habitual frecuentar a dos naturales de un país tan improbable. Y luego de comentarlo tuve que admitir mi agradecimiento a la oportuna luxación del tobillo de Patti. Porque el Sr. Musto me mostró, divertido, la dirección de la postal que estaba escribiendo: Caracas. Y vi el nombre de su destinatario. Dos años antes había asistido, deslumbrada, al montaje en esa ciudad de "La máquina Hamlet" de Heiner Müller, cuyo responsable de la puesta, según programa aún en mi poder, era un tal Ulive, uruguayo. Y ahora, a bordo de un flamante paquebote francés anclado entre el Sydney Harbour Bridge y la Opera House, el mismo nombre aparecía en la postal que escribía un compatriota suyo ante el estupor de la suscrita. Clásica travesura del azar que comentamos riendo y que hubiera merecido detallar un poco más, pero mi sonidista nos interrumpió porque el comandante estaba disponible. Todo pudo quedar ahí.

Pero un par de años después, cuando el tango se puso otra vez y furiosamente de moda, no sólo en ese centro de importación cultural que es París sino incluso en las menos pretenciosas boîtes nocturnas de Bondi, entre surf y bebidas mentoladas, la ABC TV me envió a Buenos Aires con la misión de entrevistar a heréticos y sobrevivientes. Una vez entrevistados, y como quedaba casi frente, quise saber a qué se parecía eso que debía alimentar nostalgias en mis dos

uruguayos. De modo que de Piazzolla y Goyeneche pasé a la ciudad que alguien definiera como un barrio, una esquina, un zaguán; y que otro lamentara ya no más verdes y tranvías. En todo caso yo reencontré la luz blanca y el alto cielo de Sydney, pero como si los personajes Magritte que deambulaban por esas calles y entre esa arquitectura anticiparan la futura decadencia de mi propia ciudad. Bueno, de aquí habían salido mis dos uruguayos. Esa primera impresión de Montevideo coincidió con la ironía desencantada que supuse en ambos, conclusión quizá apresurada luego de un breve diálogo en un paquebote y el lejano recuerdo de un espectáculo teatral. Porque, es cierto, yo no sabía nada de esos dos personajes, imaginaba exilios, desfalcos, persecuciones, aventuras, y a lo mejor estaban tomando un café a la vuelta de la esquina o habían recuperado sus empleos en algún ministerio o en un banco. No sabía nada pero empecé a preguntar. Elegí interlocutores en el medio intelectual que, evasivos, miraban de reojo los nombres que había anotado en una libreta y sacudían la cabeza. Un joven actor de teatro fue un poco más locuaz y casi me aseguró que sí, ese nombre, Ulive, le decía algo, había ganado una Vuelta Ciclista por los años 60, ¿no? Empecé a pensar que a lo mejor aquellos dos se habían inventado una falsa nacionalidad para tomarme el pelo. Uno escribía, parece, y el otro, eso era seguro, yo había sido testigo, montaba oscuras obras de teatro en Caracas. Pero en el país declarado nadie estaba al tanto de sus existencias. Humillada, estuve a punto de renunciar cuando alguien me aconsejó tomar contacto con la persona más informada de la ciudad. Un archivo ambulante, me aseguró, una memoria nada selectiva que registraba todos los chismes del medio montevideano, enterado de quién, dónde y cómo se acostó con quién un atardecer lluvioso de febrero, de las razones ocultas para suplantar, una semana antes del estreno, a la

protagonista de "Los de afuera"; enterado de cosas ciertas e inciertas, reales o virtuales, como se dice ahora, sin que nadie pudiera achacarle beneficio personal alguno de ese cúmulo de datos. Un diletante, en cierto modo un artista, concluyó mi interlocutor.

Hice el viaje hasta Solymar después de haber fijado telefónicamente una cita. Omito comentar ese balneario y su playa porque los recuerdos de mi infancia en la costa australiana establecerían sarcásticas comparaciones. Omito, pero por razones diferentes, detalles de la personalidad de quien sería la clave de toda esta empresa. Es decir que temo ser parcial porque nuestra relación posterior afecta zonas sensibles de mi experiencia personal. Baste decir que Dervy me recibió en su chalet de verano; se extendió en una biografía detallada de mis dos uruguayos y me aseguró que se escribían regularmente desde hacía más de veinte años. Al final de la tarde dejó caer la idea: ¿por qué no recopilar esa correspondencia? Tendenciosamente, dijo que mi condición de extranjera garantizaba una total objetividad. Él podía darme una manito, empezando por la dirección de ambos. Si era necesario podía invocar su nombre. Así lo hice, y mi primer corresponsal fue el señor Ulive, en Caracas.

Mi querida Sally:

Me hubiera gustado responder su carta en inglés, pero aquí en el hospital no hay diccionarios en ese idioma y me horroriza la idea de algún misspelling (incluido este). De todos modos, una enfermera muy amable de nombre Mireya va anotando mi dictado y me ha prometido pasar a máquina esta respuesta cuantas veces haga falta para que quede perfecta. Amén.

Le confieso que en cuanto recibí su solicitud sospeché algún hoax, como le gusta decir a Guillermito Cabrera Infante. Demasiada casualidad ese encuentro suyo con Jorge en un barco vacío, pero recordé el dictum del filósofo panameño Rubén Blades: "La vida te da

sorpresa, sorpresas te da la vida". Por lo demás, siempre me ha resultado dudosa la existencia de Australia, en gran parte por su exceso de detalles pintorescos como canguros y bumeranes. Sabrá disculparme entonces si traté de chequear la seriedad de su pedido enviando sendas cartas a Dervy y a Jorge.

La respuesta del primero fue inmediata y telefónica. Había en su voz un entusiasmo con respecto al proyecto y a usted misma que logró sorprenderme. Conozco al "Gallego", como lo llamamos no tan cariñosamente, desde tiempos inmemoriales; ha sido mi asistente en algunos montajes, actor en otros y cómplice en más de una aventura vital que ojalá haya olvidado. Pero no lo creo ya que, como buen compatriota de Funes, ostenta una memoria envidiable.

Poco después me escribió Jorge, asegurándome que había encontrado cerca de unas cincuenta cartas más que estaba a punto de enviarle. Me di entonces por convencido.

Y es más, me parece una idea excelente. Las cartas de Jorge son sin duda muy superiores a sus libros. Podría parafrasear a Wilde y decir que él ha puesto su talento en sus libros y su genio en sus cartas, pero me repugna la exageración. Lo que ocurre con Musto es que se ha pasado la vida tratando de no escribir como Onetti. Cuando lo consigue, en contadas ocasiones, logra parecerse muchísimo a Cortázar. Creo que lo único que tenemos en común él y yo es el hecho de no querer vivir en Montevideo, y no seguir extrañando esa ciudad. A partir de ahí se inician las diferencias: él escogió París y yo Caracas y alguien podría afirmar que el Destino fue injusto conmigo, pero no es así. Usted, conocedora de estas latitudes, sabrá comprenderme. El continuo calor húmedo, la música a todo volumen, la invisible presencia de los orishas, la reiterada visión de pies femeninos desnudos que culminan en caderas y glúteos de inquietante oscilares hacen que dude de las ventajas de estar cerca de Chirac y Gallimard. Por otra parte Jorge vive en París de manera más bien simbólica, a través de la televisión, ya que rara vez sale de su casa, salvo la brevísimas incursión matinal en busca de la consabida baguette y de un tabloide de izquierdas. No cuento sus largos exilios en Brignogan, pues para él es lo mismo que estar en ese balneario uruguayo cuyo nombre olvido - Acevedo Solano o algo así - donde ocurre su primer opus, "Ein Langes Schweigen" en la traducción de Monika Jäckle aún inédita, ya que no logró ablandar los exigentes corazones de los lectores de la Surkamp. Comprendo que, luego del estruendoso silencio que provocó su última (¿última?) incursión en la narrativa con ese texto sugerido por un pintoresco episodio para - operático que ocurrió aquí en mi ciudad y que según malas lenguas tuvo como autor intelectual al más grande tenor

venezolano de todos los tiempos, Alfredo Sadel (Alfredo se llamaba en realidad Alfredo Sánchez, y decidió sumar la primera sílaba de su apellido a la segunda del apellido de C. Gardel, el popular tenor uruguayo a quien admiraba), Jorge está sintiendo una cierta aridez creativa, pero no resiste la necesidad de ver su nombre impreso en las tapas de un libro, aun al precio de compartir el sitio conmigo (y con usted). No se lo reprocho, más bien lo comprendo.

Sospecho que estoy desbarrando un poco, pero los médicos sólo me permiten quince minutos de dictado diario y a veces pierdo en parte la ilación. Le decía que para mí vivir en lo que Martí llamó "nuestra América", es un deber, a veces oneroso pero siempre gratificante al fin de cuentas. Esto explica en parte la evidente diferencia numérica de nuestro epistolario; Jorge, desde el ocio de su exilio dorado, escribe copiosamente. Yo trato de mantener el ritmo que él impone, en medio de ensayos generales, clases de Actuación e Historia de la puesta en escena, redacción y lectura de tesis, exámenes parciales y/o totales a jóvenes venezolanas que quieren ser actrices, etc. etc. etc.

Hay también una diferencia cultural que espero usted señale en su prólogo o en alguna de las notas al pie, que sospecho abundantes: yo soy un alumno del gran Eugenio Coseriu, un egresado del IPA, mientras que Jorge luce el ingenuo conocimiento parcial de los autodidactos. Esto se explica y justifica porque desde muy joven tuvo que dedicarse a la administración pública del Estado uruguayo de cuño batllista (usted sin duda comprenderá ya esta terminología convertida en categoría sociológica por mi admirado maestro Carlos Real de Azúa), a la cual sirvió con un tesón sólo interrumpido por largas exposiciones al sol en la costa del barroso río marrón que algunos uruguayos llaman mar. Siempre me he dicho que el empeño del inefable Jorge por lucir una tez oscura tiene sin duda raíces subconscientes que harían las delicias de un profesional.

Mireya me acaba de llevar al baño y ahora, de regreso, me ha leído todo lo asentado supra. Pienso que tal vez he sido demasiado sincero y le ruego que mantenga la confidencialidad de estas líneas.

La búsqueda, por interpósitas personas, de los papeles que le adjunto ha sido complicada y agotadora. Mi hijo, que me visita quincenalmente y está demasiado ocupado para resolver mis problemas, logró rescatar este rimero de cartas que le hago llegar sin más comentarios. Me he negado a releerlas. Me horrorizan las trampas de la memoria y tal vez caiga en la tentación de engañarme creyendo que en esos tiempos fui feliz. Siéntase libre de seleccionar, editar y publicar lo que le plazca, por lo menos de mis ya olvidadas misivas. No quisiera saber más de este asunto, pero sin embargo estoy a sus

órdenes para aclarar cualquier duda que se le presente y que ni siquiera el omnímodo Dervy pueda explicar. Ojalá haya interesados en el epistolario de marras. Que la suerte la ayude.

Ugo Ulive

Si he reproducido la carta en su integralidad, es porque creo aportará al lector algunos elementos caracteriales de uno de los interlocutores privilegiados de la correspondencia encarada. Ya me había advertido Dervy mientras caminábamos por la costa de Solymar: cuidado con Ulive, una opinión favorable o una afirmación elogiosa pueden ocultar un comentario desdeñoso; un desdén demasiado enfático, una admiración inconfesada. Me advirtió también, ya menos enigmáticamente, sobre su condición de hijo único, esa banalidad psicológica. Dejo su carta, la lectura de su carta, al inapelable juicio del lector. No por eso voy a privarme de alguna observación. Ya en la primera línea, el autor me "informa" de su conocimiento de la lengua inglesa. Referencia a tener en cuenta para el encuadre cultural del personaje, para entender algunos avatares de su trayectoria vital, para ubicarlo en el contexto montevideano de los años cuarenta y cincuenta. Un dato, apenas, pero revelador de una cierta autocomplacencia, menos incierta cuando se sitúa "en medio de ensayos generales, clases de Actuación e Historia de la puesta en escena, redacción y lectura de tesis, exámenes parciales y/o totales a jóvenes venezolanas" (obsérvese el tono fanfarrón de ese "y/o totales"). Agregando inmediatamente a su currículo la mención al señor Coseriu (que seguramente debe ser alguien muy importante) y su condición de "egresado del IPA" (que también debe tener su prestigio), para encadenar con el fingido denuesto al señor Musto, quien "luce el ingenuo conocimiento parcial de los autodidactos". Inesperado pleonasio en un alumno del IPA: los autodidactos(as) se caracterizan

justamente por tener un conocimiento "parcial". Pero no olvido la advertencia de Dervy. En el texto que nos ocupa subyace esa ambigüedad propia de la gente de teatro: son y no. Por ejemplo, me cuesta aceptar ese alarde de crueldad en las menciones a su amigo. Quiero creer que se trata más bien de una actitud tiernamente sarcástica, para decirlo con un oxímoron. Por pudor, tal vez, por la imposibilidad personal de un reconocimiento explícito. De todos modos, yo acumulo datos e intuiciones que me aproximen al personaje, que faciliten luego el acceso a algunos pasajes oscuros de la correspondencia, que tal vez me habiliten, llegado el caso, a descubrir lo que realmente está en juego y agregar el comentario pertinente al pie de página. Pero aún estamos lejos de eso.

Sigamos, pues. Como en su carta Ulive menciona el silencio estruendoso que acogiera un libro reciente de su amigo, e intrigada por el tipo de literatura que este pudiese cometer, dediqué dos horas de un domingo de mañana a recorrer una curiosa feria sombreada de plátanos. Desdeñé tornillos herrumbrados, máquinas de coser Singer, pedales de bicicleta, tee shirt de dudosos origen y blancura, zapatos izquierdos, lentes usados y hasta alguna dentadura postiza, catalejos. Por desteñidos, descarté revistas y libros apilados. Desconocía el título de la novela que buscaba; no el nombre del autor. Pero en los estantes que exponían libros más o menos contemporáneos, los encargados movían la cabeza desolados y como disculpándose, alguno, incluso, avanzando la hipótesis de una posible edición agotada. No obstante, mi frustrada búsqueda fue doblemente compensada, primero por la presencia, en un pequeño salón de supuestas antigüedades, de un personaje que aparecería luego con frecuencia en las cartas cruzadas entre Musto y Ulive. Pero en ese momento desconocía no sólo su existencia sino hasta su nombre. Y sin la ayuda de Dervy habría

permanecido en la ignorancia. Lo que en principio me llamó la atención fue la deferencia, podría decir casi la obsecuencia demostrada por el encargado del negocio, como si estuviera tratando con alguien cuyo estatuto - personal, político o social - consagraba definitivamente el establecimiento. Fingí interesarme en un candelabro, y aunque no pude escuchar la conversación memoricé detalles con una curiosidad sin objeto preciso: la sesentena, corpulento, con una distinción algo fuera de moda, compacta barba encanecida, manos pálidas e incongruentemente finas que rozaban la superficie de un pergamo y parecían decretar su antigüedad, su origen, probablemente la incompetencia del falsario. En todo caso, el anticuario recibía el dictamen sin oponer el menor reparo. Yo hubiese querido escuchar esa disertación, pero no tenía pretexto alguno para entrar en esa zona audible donde supuse el personaje articulaba argumentos con dicción impecable y voz segura. Cuando aumentó el fuerte olor a grasa y a chorizo que el viento arrastraba desde el exterior, decidí abandonar el local.

La otra compensación (pero todavía no la estimaba como tal) tuvo la forma de un librito de poemas que hojeé en un estante de escritores nacionales. Aunque su autor, sin embargo, no ostentaba una ortografía muy vernácula: Jan Kdiam. Tal vez por eso seguí pasando las páginas. Me detuve en un poema porque me sentí casi interpelada. Me explico. Las claves del texto tal vez fueran legibles para un montevideano; para mí se trataba de un enigma total. ¿Quién era ese personaje sacrificado? ¿En qué medida hubo culpables directos o indirectos? Yo era una lectora "desprevenida", y en un sentido "laica". Por lo tanto, un interlocutor válido. Primera pista para una investigación posterior:

No eligió esa muerte

*Quién reclama sudarios o mantillas
quién recurrentes llantos enlodados
dónde se abriga la ambición vencida
la insatisfecha melopea
el productor de sombras.*

*Vaciado de silencio
su paso lento y calculante recibe
autorizado
la blanda indulgencia del recuerdo
los menudos indultos
la brevedad del aire.*

*Fue y no
entretuvo modestias
confundió esplendores
habitó huecos de sueño
de malentendidos.*

*Una invocada nobleza declina su memoria
se fatiga en el tiempo.*

*Quedan en pie
como siempre
los embozados victoriosos
los renuentes al riesgo
los pacientes del fraude.*

*Alguien
Apuesto
recogerá fragmentos de la historia
alguien
desprevenido y laico
revelará fantoches de la infamia
despejará*

*por fi
la bruma de este tiempo de asesinos.*

Reclamo ese lector.

Por las dudas, anoté el nombre del autor. Decisión que luego confirmaría acertada. Mientras tanto esperaba el envío de las cartas cruzadas entre mis corresponsales para empezar a trabajar de una buena vez. Era verano en Montevideo, y teniendo en cuenta la similar latitud con Sydney no sentí esa estadía como un destierro. Sólo añoraba las olas de Bondi, cuya transparencia azul vejaba la tristeza marrón de la costa de Solymar. Pero no fue en esa costa, sino más al este, en una playa imposible por su fondo de greda, donde escuché, una semana después de mi paseo por la feria, la mención a un personaje que me puso en la pista abierta por la lectura del poema.

Yo había sido invitada a pasar unos días en Las Flores, entre gente de teatro que se distribuía en un par de chozas de madera y techo quinchado. En un momento determinado alguien puso una casete de donde surgió una vacilante voz de mujer que narraba los últimos años de su marido o compañero, las humillaciones impuestas por aquellos que habían sido sus discípulos y sus correligionarios. La voz se emocionaba con detalles, hablaba de exilios en Ecuador, Perú y México, de la complicada y frustrada realización de un video, de una obra, "El santo del fuego", trajinada de un grupo de teatro a otro, extraviada deliberadamente, de pretextos infames para impedirle su dirección; se hacía aún menos objetiva, la voz, cuando asumía una defensa personal, cuando se afirmaba en la decisión de que "hay cosas que no las voy a permitir" o en la denuncia de que "lo siguen usando". Para culminar afirmando que él "había elegido su muerte".

Todo era muy confuso y no me concernía para nada, pero la última frase evocaba, desmintiendo, el título del poema de reciente lectura. Pensé que tal vez se trataba de una pura coincidencia, aunque en los dos casos, casete y texto, subsistía una misma atmósfera de oprobio, el mismo reclamo de justicia, una idéntica condena moral. Pero antes de poder formular una pregunta sobre la identidad del personaje para establecer un eventual paralelo entre mis dos experiencias, tuve que asistir a una acalorada discusión en la cual me enteré, según las versiones contradictorias, que:

el viejo estaba gagá / era demasiado puro para aceptar la nueva línea partidaria / siempre había sido un individualista / su grandeza hacía sombra a los ambiciosos / en realidad, nunca fue un buen director / un mito, eso / formó generaciones de actores, a vos y a vos / ideológicamente, un improvisador / una vez, cuando "El círculo" / no tenía amigos, sospechoso / en todos los países lo adoraban / es una calumnia lo que dice esa arribista / tal vez, pero por qué no aceptaron "El Santo" / era un mamarracho / cuando el asunto del Rodney y el negocio de la carne / otra calumnia / había que protegerlo / tipas como ésa / yo lo vi, vagando a medianoche por 18 / qué cosas no va permitir / no sé si ustedes, pero se hizo lo posible para que no fuera al Festival de Cádiz / estás macaneando / increíble la ingratitud / me dijeron que había órdenes de la dirección del Partido / el conflicto era viejo, ya en México / antes, en Timor Oriental / yo, en todo caso, lo considero un maestro / querían alquilarle el vestuario para el video, increíble / en este país de mierda / lo mismo que al Bebe / el Bebe estaba loco / já / etc.

Cuando se produjo un silencio pregunté de quién se trataba. Me informaron. Entonces mencioné el poema de Jan Kdiam. Nadie lo había leído, pero dos de los presentes emitieron opiniones nada favorables

sobre su autor. Uno de ellos agregó incluso su fuerte sospecha de que fuese un colaborador de la policía. Yo ya no tenía dudas de que el poema y la casete se referían al mismo personaje, aunque nada me autorizaba a descartar el carácter metafórico del "tiempo de asesinos" que denunciara Kdiam.

A Jan Kdiam lo conocí poco después, en una recepción de la embajada de Australia. Alguien me lo presentó y tenía aspecto levantino, la cuarentena larga, nariz agresiva, y cuando hablaba se inclinaba hacia su interlocutor, como si sus palabras fueran confidenciales aunque elogiara la calidad del whisky o el color de la tapicería. Le mencioné el poema, y ante su insistencia debí excusarme por no haber leído - aún - el libro entero. Al preguntarle sobre el personaje que le sirviera de tema, miró a su alrededor con desconfianza y se inclinó más de lo acostumbrado para fijarme una cita que me apresuré a aceptar porque si me interesaba, dijo, hay detalles que nunca fueron divulgados.

El encuentro fue en un café del centro de la ciudad, frente a un teatro, donde según Kdiam los correligionarios del personaje de marras habían "enterrado" a éste durante dos semanas para protegerlo de la represión militar. Excusa que ocultaba el verdadero propósito: sacarlo de circulación pues su crítica abierta a la orientación del Partido en la clandestinidad arriesgaba convertirse en una "colaboración objetiva". Dos semanas y en un camarín desafectado. Luego se arreglaron para sacarlo del país. Lo cómico, dijo, y se rio de costado, como controlando la acera al otro lado de la ventana, lo cómico es que la policía supo desde el comienzo el lugar del escondrijo y el sentido de la maniobra. Si no intervino fue porque "el viejo" era menos incómodo libre que en la cárcel -imagine las protestas internacionales encabezadas por Vargas

Llosa, Alfredo Valladares y Reynaldo Arenas, las más enfáticas y nacionales por Elena Zuasti, Marosa di Giorgio, Enrique Fierro y Arturo Sergio Visca-, y también porque sus protectores ya estaban fichados y no eran demasiado peligrosos.

Le señalé que las no tan veladas acusaciones de su poema eran mucho más graves que el incidente relatado. Y le conté de la reunión en Las Flores y la grabación de la casete.

De lo primero, dijo, otro día le haré revelaciones. La casete la conozco. La autora me envió una copia. De eso también hablaremos otra vez.

Y cuando creí que la entrevista había terminado, Jan Kdiam comenzó a contar algo que se parecía a su historia. Todo muy confuso, aunque pude enterarme de que su familia era oriunda de Bakú, en Azerbaïdzan, de que hubo una primera emigración al Líbano, donde naciera Jan y su padre apocopara el apellido Karkudiam, y una segunda y ya definitiva a Montevideo, finales de los cuarenta. Creo haber retenido difíciles años infantiles, cursos nocturnos y otros más gratificantes con eminente poetisa nacional, episódicas incursiones en el teatro y ahora, sin entusiasmo aunque seguro recurso económico, un programa regular en la televisión. Entremedio, rápidas referencias a la muerte de sus padres e infructuosas gestiones para obtener una beca; y al final la renovada esperanza por la ocasión de estar en presencia de una ciudadana del país que más lo atrae.

Entonces era eso. Y la táctica era clara: crear un misterio mayor en torno al personaje que me interesaba, dosificar la información para aumentar mi interés, no ocultarme las reglas del juego. Lo que se llama una forma de chantaje. A aceptar o a rechazar. Yo era una de las australianas menos competentes para gestionar o recomendar una

beca cualquiera, por lo demás poco frecuentes en Australia. Y sin embargo acepté tácitamente el juego. Luego se vería.

Al despedirnos me quedé pensando en lo que seguramente era una característica uruguaya. Me había pasado varias veces, y ahora, durante una conversación de casi una hora en un café, mi interlocutor había hablado todo el tiempo de él. A pesar de que no ignoraba que yo no había nacido y crecido en Mercedes y Roxlo, en ningún momento había demostrado el menor interés por la persona que tenía enfrente. Falta de curiosidad o indiferencia que, dado su carácter general, decidí comentar con mis dos correspondientes.

Esta última decisión originó otra, porque empezaba a dudar del plan de trabajo a seguir. Me propuse entonces enviar todo lo redactado hasta el momento a quien se suponía tenía una cierta experiencia en la materia. Simplemente para ponerlo al tanto y esperar alguna sugerencia suya. De modo que pasé de la disquete a la impresora y el sobre salió en dirección a París.

Poco después recibí la respuesta:

Estimada Sally,

Me siento muy halagado por la confianza que le merece mi opinión. Y trataré de estar a la altura. Tengo un buen recuerdo de la muchacha que cruzó el bar en la popa del "Club Med 2", en la bahía de Sydney, para espetarme a boca de jarro y con un dejo de sarcasmo en la voz: "¿Así que usted es escritor?". Va respuesta demorada a su interrogación implícita, ya que sigo creyendo en la inutilidad de adjetivar el sustantivo, entre otras razones porque su impertinencia los excluye. No, no hay escritor bueno o malo. "Malo" invalida el sustantivo; "bueno" simplemente lo confirma. Avanzo una hipótesis más plausible: escritor es aquel cuya búsqueda de la eficacia en el uso de las palabras concierne menos a la capacidad de ceñir de cerca su sentido que al conocimiento casi táctil del trazado de sus límites, más aún, de sus litigios medianeros. Para él, en la palabra casi todo es frontera y casi

nada contenido. Pero usted me solicita una lectura, apelando a lo que llama cordialmente mi "experiencia". Sea. Opinaré como lector.

Las páginas que me envía se supone integran un prólogo a la recopilación de la correspondencia intercambiada entre Ugo y yo. Es usted quien lo define como tal. Y las dos primeras páginas se ajustan perfectamente a esa convención. Pero algo comienza a fisurarse con la reproducción de la carta de Ugo. ¿Qué hace ahí ese texto? Su comentario posterior al mismo revela una lectura sagaz y un no tan oculto placer en hacer vacilar la seguridad que exhibe mi amigo. Pero ambos, texto y comentario, parecen un error de paginación, una intrusión "narrativa" en un territorio definido como prólogo. En ese momento de mi lectura quise creer que se trataba de una distracción, algo a corregir en la primera oportunidad. Pocas líneas después debí admitir mi desorientación - y quizá la suya. Porque me sentí enredado en una historia (otra) de supuestos responsables de una muerte, de casetes, secuestros, poemas y poeta, de ajuste de cuentas y amenaza de revelaciones que a pesar de mi esfuerzo no logro vincular para nada con el propósito inicial. No se trata de censurar su derecho a escribir lo que se le antoje. Pero mi estimada Sally, al margen del reparo formal a lo que usted llama prólogo, siempre creí que su intención era recopilar la correspondencia entre Ugo y yo - según un criterio personal, por supuesto - sin imaginar siquiera que su legítima curiosidad pudiera despistarla hasta tal punto.

A esta altura pienso que usted debería decidirse por una de las dos opciones - y no dudo que se excluyen. Si continúa tentada por las pistas abiertas por poemas de discutible calidad, intrigada por las causas de la desaparición de un personaje clave de nuestra cultura; si confía en las acusaciones de una voz registrada en casete y en las amenazantes informaciones hasta ahora retenidas por un oscuro poeta, si está dispuesta a investigar esas y otras pistas, no puedo sino estimularla. Pero en ese caso deje en paz a nuestra modesta correspondencia. ¿Qué función cumple en ese embrollo?

Debo confesarle, mi estimada Sally, que me siento algo defraudado - en el sentido "fronterizo" del término. Dediqué varios días a reunir las cartas de Ugo, extraviadas entre papeles varios. Más o menos las ordené por fechas, hice un lindo paquetito y se lo envié hace una semana, según expreso pedido suyo. No puedo ocultarle mi inquietud por su destino. Pero a fin de cuentas, y pensándolo bien, haga lo que quiera. Como dice Ugo en la carta transcrita, entre otros alardes: "siéntase libre de seleccionar y publicar lo que le plazca". Será obra suya. Yo declino toda responsabilidad. No sé si estas líneas responden a su expectativa.

De todos modos voy a agregarlo, aunque no deja de ser una formalidad: sigo a sus órdenes.

Jorge Musto

PD: Copia de esta carta a Ugo. Ya a Dervy.

Las líneas precedentes las recibí junto al paquete de cartas enviado una semana antes. Por fin estaba en posesión de toda la correspondencia intercambiada entre mis dos uruguayos. Es decir que podía empezar a clasificarla. Lo que tal vez contribuya a disipar mis dudas respecto al plan de trabajo. Porque las reservas formuladas por Musto no me habían convencido en absoluto. Me ayudaron, sí, pero en otro sentido. Ya se insinuaban algunos rasgos característicos de los autores de esa relación epistolar, y aun exponiéndome a nuevos reproches "formales" estaba tentada a continuar con otra digresión. Como por ejemplo un comentario a esa rígida compartimentación de géneros: un prólogo es un prólogo y no una bicicleta, parecen decir mis correspondentes. Pero no quisiera escandalizarlos. Me prometí ordenar y clasificar la abultada correspondencia.

Aunque muy pronto pensé que lo mejor era desistir. Porque las cartas, amarillentas y demasiado cuidadosamente redactadas, tenían un interés estrictamente privado y estaban plagadas de chismes locales malintencionados, de oscuras alusiones y frivolidades, de referencias maliciosas sobre supuestas flaquezas intelectuales o físicas de los correspondentes, de algunas fanfarronadas pueriles y, entre otras, de citas pretenciosas de Th. W. Adorno, Homero Manzi, Musil o Cortázar. De mi desaliento, y cuando ya había renunciado a ordenar ese material y pensaba regresar a Sydney, me rescató una fotografía, extraviada entre recortes de periódico y postales complacientemente kitsch. La observé con atención porque sospeché que allí había una especie de

mensaje, una clave o algo semejante que tuve la impresión se expresaba como un desafío a mi curiosidad.

La fotografía era en blanco y negro. En la parte posterior, manuscritos, la fecha y el lugar: 30 de setiembre de 1993, La Habana. En primer plano y en semi perfil, un hombre, un anciano, sentado y con sus largas, descarnadas manos apoyadas en las rodillas, que bajo el pantalón se adivinaban igualmente frágiles, huesudas. A un costado y algo retirada, de pie, una mujer más joven, con la mirada, mucho más serena que la del hombre, como resignada, fija en el mismo objetivo fuera de cuadro de la foto.

Era como si alguien se hubiese propuesto escamotear el verdadero tema de la fotografía, destacando solamente uno de los antagonistas del conflicto, el más desguarnecido, la indudable víctima del mismo. Porque la mirada del hombre, como residuo del máximo vigor al que podía aspirar su cuerpo debilitado, concentraba asombro aunque ninguna rebeldía, casi una forma de respeto por lo que estaba más allá del registro fotográfico, una invisible presencia supuesta, largamente anunciada e inevitable, ni siquiera hostil, como si se tratara del encuentro civil, cortés, entre una persona privada, el anciano, y uno de esos huéspedes notables cuya entrada en las moradas de los mortales es evocada por Hölderlin y también presentida por Coleridge en una enigmática glosa en apéndice a la "Balada del viejo marino".

La imagen visible, en la foto fragmentada, tenía ese carácter turbador de lo irreparable. Pues lo invisible se volvía evidente por la insopportable tensión de ese cuerpo al acecho, coronado por la magnífica cabellera blanca que como una especie de resplandor opaco flotaba sin decoro sobre los huesos tercos del rostro, sobre los ya más resignados de unos hombros esqueléticos e inconvincentes para sostener esos brazos que

amenazaban derrumbarse a los costados del cuerpo como flacas ramas secas.

La mujer (¿su hija? ¿su compañera?) parecía pedir disculpas por estar ahí, como si la hubieran empujado para entrar en el cuadro, para cumplir una función piadosa en eso que se asemejaba demasiado a un ritual definitivo.

Sigmund Freud dijo, o debió decir, que algunos ojos miran y otros ven. La escena mutilada pasaba a través de los ojos del anciano. Yo veía esos ojos muertos que vieron, que veían la muerte. Pero al mismo tiempo, y al margen de su decrepitud, también veía su cuerpo real, de donde partían radiaciones que, varios años después, ahora, llegaban hasta mí, hasta esta ignorada y atónita muchacha australiana. Como un privilegiado escándalo que consideraba indecente sofocar.

Supe que ya estaba descartando definitivamente la clasificación de la correspondencia epistolar de mis dos uruguayos. Supe, también, que voluntariamente me dejaría obseder por la terrible belleza de esa imagen del anciano desaparecido, término y comienzo de una historia a reconstruir.

"Como el Uruguay no hay".

Giré hacia la voz, es decir hacia el lugar de donde provenía. Encontré la mirada del hombre. La sonrisa. Respondí con otra, sin saber exactamente por qué. No había nadie a mi lado, de modo que la frase me estaba seguramente destinada. Tal vez como un saludo. Porque no había hostilidad alguna, acaso, incomprensiblemente para mí, una ironía cómplice.

Antes, al decidir avanzar por esa larga escollera, ya había observado, en grupitos aislados o solos, a individuos encaramados en las rocas y en actitud de pescadores. Plácidos. Inofensivos.

El hombre siguió esperando. Estiró la sonrisa desdentada y yo estuve a punto de continuar la marcha, no había respuesta posible a esa frase formulada como un eslogan, como la exclamación aislada de alguien que trata de llamar la atención con un pretexto cualquiera. Sólo que yo no estaba para nada interesada en el personaje - a pesar de sus características originales, de lo que sospechaba su cordialidad. Pero cuando inicié el movimiento para alejarme oí que agregaba:

- O no hubo, no había. Ya se lo habrán dicho. Pero desconfíe.

En realidad, yo estaba allí sin objetivos concretos. O quizá porque en algún momento de nuestra conversación, Dervy había mencionado la incineración y una ceremonia en esa escollera desde donde habían dispersado las cenizas en el mar. Por lo tanto mi presencia se debía a una curiosidad algo malsana y vaga que no aspiraba a resultado alguno. Pero el hombre insistía.

La mañana era luminosa y sin viento, el perro que dormía junto a un bolso sucio parecía manso. Yo no tenía ningún apuro.

- ¿Desconfiar de qué, de quién?

Estaba vestido con harapos, y es posible que el perro, el bolso junto a un primus herrumbrado y tres o cuatro utensilios de latón le pertenecieran. Había otros bultos de papel o de tela desparramados en esa especie de hueco protector formado por dos rocas y el plano vertical de hormigón de la escollera. El hombre era viejo y hablaba lentamente y con voz ronca.

- Algunos, gente que a lo mejor todavía no conoce, o sí, le van a contar historias falsas. No todos. Algunos. Yo estaba aquí con Ulises cuando vinieron en bandada con la urna. Nunca ladra. Pero esa vez debe de haberse asustado por tanta gente.

Un silencio.

- ¿Ulises? - . El hombre empezaba a intrigarme. - ¿Por Homero o por Joyce?

- Por Pereyra Reverbel. Déjelo así. Nada que ver con su pesquisa. ¿Por qué no baja? Pase por ahí.

Pasé. Ahora yo también incorporada a esa fauna curiosa de pescadores con cordel que jalonaban la escollera hasta su extremo oeste. Pero mi interlocutor no pescaba. No me invitó pero igual me senté en una roca no demasiado puntiaguda.

- Yo lo conocí - dijo después de acariciar la cabeza de Ulises que apenas abrió los ojos - . Quiero decir que lo vi una vez. Una sola. De lejos. Salía de una pensión de la calle Piedras. La Quica, a su lado, me saludó con la mano y entonces él siguió el ademán y nos miramos. Tenía un aspecto triste, esbelto y triste.

- ¿Quién? - dije por pura convención.

- Ya ve. Lo conocí es muy pretencioso. Después la Quica me contó: un tipo cariñoso y capaz de interesarse en una, dijo, de hacerte creer que sos alguien. Fue hace añares, cuando tenía mis cuarteles de

invierno en Las Bóvedas y la Quica estaba en forma y con clientes fijos. Ni el barrio ni ella, todo desaparecido.

Temí que me contara su vida. Pero él se había dirigido a mí como si estuviera esperándome, ya informado de cosas que me concernían. Sorprendida, se lo dije.

- Supe. La tradición lo quiere. Dónde, sino entre gente como yo, al margen, buscar la información. Es sabido. Por ejemplo Sydney. Debe ser una ciudad muy linda.

- ¿Qué más?

- Ese intercambio epistolar. Hizo bien en dejarlo caer. No creo que valiera la pena. Y otra cosa. Sepa: historias falsas o inventadas. Como la nostalgia del pasado cultural del país. Le van a hablar de eso. Los años cincuenta y sesenta y demás. - Y luego de una pausa agregó sibilinamente -: Yo también tuve mi pequeña hora de gloria. Todo el equívoco sobre el personaje que le importa tiene ese origen dudoso. Es más, si su muerte no fue clara, tenga en cuenta que tampoco lo fue su vida.

- Pero murió de muerte natural - protesté, esperando que me desmintiera.

El llenó su silencio empujando con los pulgares unas hebras de tabaco sobre un papel fino y amarillento. Me miró por encima del cigarrillo horizontal que recibía su saliva.

- Habrá interesados en sembrar dudas. O en callarlas. Habrá scandalizados por la sola mención. No cuente conmigo. Después de todo es su papel en esta historia. Ser extranjero tiene sus ventajas.

- ¿Quiere decir que no está dispuesto a ayudarme?

- Ya lo hice. Déjeme su tarjeta - bromeó -. Por si se me ocurre algo más.

Cada tanto, alguno de los pescadores recogía su cordel con un pequeño pez en el anzuelo. El anciano acarició nuevamente a Ulises, que seguía durmiendo con la cabeza apoyada en las patas delanteras. Cuando le pregunté de qué tipo de pez se trataba, se enfrascó en una extensa y abstrusa disertación sobre las "roncaderas" y el carácter nacional, cuyo tono amargo revelaba incongruentemente una cierta autocomplacencia.

Se lo dije.

- La Quica se pasaba el día escuchando al Príncipe Kalender y "Cascanueces". Se disculpaba diciendo que le gustaba mucho la música clásica. Este país está lleno de gente aficionada a la música clásica. Como en todas partes, hay también algunos asesinos. Pero modestos, a escala patriótica. Y los escasos héroes ya están algo fatigados y cumplen funciones más humildes y anónimas, la beneficencia, por ejemplo.

Ahora simplemente monologaba antiguos rencores y mi presencia le servía apenas de pretexto. No podía esperar otra información útil de su parte.

Me paré y sin mucha convicción dije que a lo mejor volvía a visitarlo.

Sonrió como la primera vez. Pensé que tal vez había decidido retenerme con un dato inesperado. En cambio:

- En ese caso le prometo un paseo en chalana por la bahía.
 - ¿Y si no lo encuentro acá?
 - Pregunte. Todos estos me conocen.
 - ¿Por quién? Dígame al menos su nombre.
- Alzó un brazo y con la mano dibujó o escribió algo en el aire.
- ¿Qué? - no había entendido.
 - Mi nombre - dijo -: Carlos.

"No fue lo convenido, Sally. Yo sólo sugerí la correspondencia. Darte una mano para clasificarla, aclarar alguna referencia oscura, una fecha, un acontecimiento. Lo hice no sólo porque se trata de dos amigos, sino porque a lo mejor tuve una confianza ingenua en el grado de calidad e interés que podía alcanzar ese largo intercambio epistolar. Otro error fue creer que era un estímulo suficiente para ti, una ocasión para conocer mejor a un par de personajes que, según tu propia confesión, te provocaban gran curiosidad. Fijate Sally, no te reprocho para nada el hecho de que te desinteresaras rápidamente de todo el asunto. No, es tu derecho y no me propongo discutirlo. Pero aquí se termina lo que puede llamarse mi complicidad. El problema es que desde hace unos días asisto sorprendido a una especie de deriva que me parece peligrosa y en la cual no pienso seguirte. Porque hay tantas cosas en juego, tanta gente que no quiere que se revuelvan viejas historias, es tal el prestigio de los mitos que, temo, mi querida Sally, ninguna encuesta, ningún dato hasta ahora presuntamente escamoteado, ninguna pesquisa, podrán abolir la distancia que entre una recién llegada de Sydney y un nativo de Durazno y Convención impide comprender episodios ya cerrados con llave en un cajón por cada uno de nosotros. Tampoco acá invoco un tipo cualquiera de censura; sólo mi negativa a colaborar. Razones de amistad, tal vez, de pudor o discreción. Pudor y discreción no necesariamente compartidos por otros, por los que has encontrado o encontrarás. Porque sé que has visto a Kdiam y a Carlos, a Ben Reinberg. Y que tenés una cita con Paula, la productora de televisión. ¿Con quién más? No, realmente. El peligro que te decía antes es que todo eso crezca, y va a crecer, Sally,

esto es una aldea, a los catorce minutos todo el mundo está enterado. Y entonces es bien posible que alguien se sienta amenazado por algo ya olvidado y que una joven australiana... De acuerdo: la foto. ¿Pero eso prueba, qué? Aparte de la impresión que pudo causarte, y te comprendo, a mí también, yo ya la conocía. Por lo visto hay varias copias. Pero en fin, Sally, quisiera evitarte problemas que, de seguir así, no van a dejar de presentarse, estoy seguro. Yo te quiero bien, lo sabés".

Sí, lo sabía. Incluso sus reproches no eran injustificados. Mi posición era bastante incómoda. Hasta ahora él había sido muy leal conmigo, y me daba cuenta de que yo no podía retribuirle esa lealtad, de que ya se había abierto una brecha en nuestra relación, de que si quería avanzar en el conocimiento del personaje que me importaba, debía, a partir de ahora, mantener en secreto toda información.

Yo lo había escuchado sin dejar de masticar despacio la enorme milanesa que desbordaba el plato. Antes le había contado detalladamente mis entrevistas con Carlos y con Ben Reinberg. Fue su turno de comer en silencio. Al final de mi primer relato, Dervy comentó lacónica y enigmáticamente: "Carlos murió. Debe ser otro Carlos". En el caso de Reinberg, creo que vale la pena detenerse porque es una versión de primera mano, sin vagas y amenazantes alusiones a mi integridad física y en cambio con la explícita voluntad de responder a mis preguntas.

Más bien redondo, bajo y calvo, de mirada astuta y huidiza, sentado incómodamente en el borde de un sillón de cuero e inclinado hacia adelante, hacia mí, se excusó, primero, por su llamada telefónica: se había enterado de que alguien, yo, buscaba informaciones sobre el Maestro para redactar una biografía (salvo con Dervy, era el pretexto difundido para justificar mi curiosidad). Como él, Ben, había recibido

algunas confidencias, creyó oportuno molestarme con el propósito de ser útil para mi trabajo.

Muchas veces, empezó a decir, sentados en estos mismos sillones, hemos conversado largamente. O más bien, se corrigió con modestia fingida, yo oficiaba de interlocutor pasivo para esa necesidad suya de desahogarse de las tensas horas de ensayo. No, nunca grabé nada. Pero tengo buena memoria. Tal vez por los años pasados en el teatro como apuntador, con él y con otros menos prestigiosos. Como en esa época, mucho antes de la dictadura, era el único motorizado del grupo, casi siempre lo llevaba a medianoche hasta su casa en el viejo Renault - los dos detestábamos las tertulias de café posteriores a los ensayos. Otras veces, menos de las deseadas, lo invitaba a tomar un té, aquí, como ahora, sentados en estos mismos sillones.

"Mire, Reinberg, me decía, dijo Reinberg, el teatro no es difícil. Es como la bicicleta, o los patines. Cuando uno lo aprendió, se ejercitó, es para siempre. Pueden pasar años, uno sube al escenario y los gestos, las actitudes, ya están incorporados de tal forma que surgen naturalmente. La bicicleta o el fútbol. En mis años mozos. Pero no lo voy a aburrir con esto, Reinberg, no voy a abusar".

Aunque luego de recibir mis protestas, dijo Reinberg, retomaba la idea:

"No era demasiado malo. Primero el campito y después la selección de Canelones. Pero eso no importa. Lo que quiero decirle es que uno le pega a la pelota de una manera determinada, aprendió a pegarle suave o fuerte, con el empeine o de cachetada, aprendió a ablandar la pierna o el pecho para recibirla, no calcula porque sabe, y entonces la pelota ya es parte del pie, de uno mismo, el gesto de pegarle es como caminar, nadie se pregunta por los mecanismos físicos que desencadenan el paso, uno camina, simplemente. No quisiera ser

ridículo, Reinberg, pero aún ahora, a mi edad - y se reía sacudiendo la cabeza, dijo Reinberg -, usted me pone una pelota de fútbol y de algún lado viene la orden de hacer el gesto correcto. Como le decía, con el teatro pasa lo mismo. No hay artistas. Hay un cierto talento, en el mejor de los casos una cierta inteligencia de la situación. Casi le diría: una costumbre. El problema está en el trabajo suplementario para disimularla. Está en los compañeros que esperan la idea genial, o al menos las palabras que van a tratar de sustituirla. A veces me siento muy cansado, Reinberg".

Reinberg agregó que en algunas ocasiones tuvo la sospecha de que el Maestro se demoraba en anécdotas o monólogos más o menos incoherentes para postergar el regreso a su casa, para - y aquí Reinberg hacía ademanes torpes con las manos, como si se disculpara por formular una hipótesis osada -, para no enfrentar esas próximas horas de la noche en el silencio y la soledad de su cuarto. Porque aunque era un ave nocturna, dijo Reinberg, no tan solitaria como la mayoría de nosotros lo creía.

Dervy me interrumpió. Fue la única vez en mi largo relato:

- Yo no. Sí los primeros tiempos. Después no.

Esperé que agregara algo más. Pero volvió a su milanesa.

Otras veces los temas, había continuado Reinberg, eran la cultura popular y el arte. Improvisaba. Pero en general volvía al teatro, a lo que llamaba el malentendido teatral. Siempre a distancia de cualquier cosa que se pareciera a una confesión personal. Por eso una noche me sorprendió:

"Sabe Reinberg - empezó en un tono inhabitual e inclinándose hacia adelante, allí mismo, donde usted está sentada, dijo Reinberg -, la modestia no es mi fuerte. Luego de un fracaso mi reacción fue siempre buscar su origen en los otros. Me llevó mucho tiempo asimilar el de

"Juan Moreira", sin encontrar jamás las causas. Hasta que un día tropecé con un artículo de Steiner, ¿conoce?, George Steiner, alguien de su familia religiosa. Era sobre dos lecturas posibles de un libro de Schopenhauer: "El mundo como voluntad y representación", que no presumo haber leído. Bueno, pero lo que importa es que Steiner estimaba legítimas esas dos "lecturas" del mundo propuestas en el libro: como voluntad y como representación. Y sus ejemplos eran un sargento de la primera guerra mundial y un escritor de Lübeck, respectivamente Hitler y Thomas Mann. Ya ve, estamos en plena cultura germánica. Pero ya hablaremos más extensamente de esto. A lo que quiero llegar: el primero concebía, digamos leía, el mundo como voluntad; el segundo como representación. La posterior historia personal de ambos hace por lo menos justicia a esas dos opciones. ¿No cree? En esa época yo seguía preguntándome todavía las razones del fracaso de "Juan Moreira". Y si se debían a mí, dónde había errado. El héroe de la obra de Gutiérrez es el propio Juan Moreira. Sin duda. Y la convención teatral pretende que toda obra en la cual el héroe es, digamos positivo, no me mire así, Reinberg, no estamos en una asamblea de repertorio, en él debe concentrarse no sólo la acción sino la moral de la historia. De acuerdo, con el agregado para nada desdeñable de que un héroe no es necesariamente "dramático". Es un ejemplo; incluso puede convertirse en mito, lo anti dramático por excelencia. Drama supone conflicto, ¿no? Como decirle, Reinberg. Leyendo a Steiner se me ocurrió que también podía hacerse una lectura de "Juan Moreira", concebir la obra, esa parcela de mundo a la que aspira toda obra, ya como voluntad, ya como representación. Ahí tenemos al gaucho rebelde, que se propuso serlo, un tipo independiente que quiso, eligió ser libre. Ejemplarmente libre. Que lucha contra el poder establecido, viejo clisé. Muy respetable, pero un poco gastado.

No importa. Agregue, Reinberg, algo también ya sabido y que me avergüenza recordar, como el hecho de que toda opción es un acto de la voluntad. Tenemos entonces la primera lectura. ¿Me sigue? La otra acepta o reconoce un tono menos heroico. Pues el mundo como representación es un producto de voluntades ajenas, exteriores a uno mismo, y en el cual, llegado el caso, participamos por decisión de otros, no necesariamente en nuestro beneficio. Casi nunca en nuestro beneficio. ¿Dónde estábamos? Ah, sí. Toda puesta jerarquiza elementos de la obra, personajes, escenas o situaciones que uno considera claves. Leyendo a Steiner me di cuenta dónde estaba el error, el mío. Había descuidado lo esencial. Creo que el personaje de Juan Moreira había alcanzado la dimensión justa. Pero, entre nosotros, no lo repita, Reinberg, voy a citar a Borges, para quien un mito es un estereotipo que ha tenido éxito. Eso es lo que yo había logrado con el protagonista. Usted me dirá que está en la obra. Sí, sí. ¿Y después? Yo no había sabido poner el acento dramático en el lugar correcto, es decir en el completamente descuidado sargento Chirino. Ahí, al final de la obra es cuando se produce la máxima tensión dramática. No porque Chirino lancea a Juan Moreira, sino porque él es el instrumento material de la muerte del héroe. Piense, Reinberg, un miserable soldadito que vive y seguirá viviendo miserablemente, que ejecuta decisiones ajenas al cabo de las cuales ni siquiera es consciente de sus consecuencias. El mundo como representación. Contracara negativa de la voluntad del héroe. Y no me vengan con que eso ya se sabe, el transitado antihéroe. No tiene nada que ver. Porque además el antihéroe se ha transformado también en su contrario. La prueba, su enorme profusión y prestigio en el teatro y en la literatura. No. Nada que ver. Los soldaditos bolivianos que balearon al Che, y usted sabe el inmenso respeto que me merece el argentino, esos soldaditos no eran anti nada. Eso es lo terrible. Ni

siquiera criminales. Como Chirino, inconsciente de su miserable condición. ¿Quiere situación humana más desesperadamente dramática? Yo no supe verla".

Luego, dijo Reinberg, el Maestro tomó en silencio varios tragos de té frío. Y agregó que para él, Reinberg, eran momentos privilegiados, allá habían quedado todos en el café, dijo, contándose chismes del ambiente teatral mientras que aquí. Espero, señorita Sullivan, que para su biografía tendrá en cuenta conversaciones como esa. Hay otras, tan o más interesantes. Confíe en mi memoria.

Hubo un silencio y luego Dervy atravesó los cubiertos sobre el plato, apoyó los codos en la mesa de fórmica y dijo: "No fue lo convenido, Sally" y lo que siguió. Fue mi turno de atacar la milanesa apenas tibia.

Poco después salimos a Dieciocho y en dos cuadras cruzamos a varios conocidos suyos que lo saludaron.

En la recepción del hotel habían dejado un sobre cerrado para mí: "Cuatro y media en el Sportman. Le va a interesar. Evite que la sigan". Firmado con una jota mayúscula.

Yo había pasado un semana antes por la embajada y había recogido unos formularios que sabía inútiles para las gestiones de Jan sobre su beca. Inútiles pero que me permitirían ganar tiempo y mantener el simulacro de mi actividad como intermediaria.

Jan Kdiam estaba sentado en un rincón sombrío, en el fondo del café. Se levantó y me saludó ceremoniosamente; miró por encima de mi hombro. Yo no esperaba una revelación sensacional. Lo más probable algo que despertara mi curiosidad como una forma de presión sobre mis supuestas influencias consulares. No me importaba estar trampeando. Quizá porque sospechaba que él, aparte de su evidente interés personal, tampoco jugaba limpio.

Inclinado más de lo necesario hacia mí, empezó a hablar de un amigo, cuyo nombre, por discreción, omitía. Alguien que en los años duros de la dictadura tuvo acceso a informaciones que nunca trascendieron, y que hace poco, en un asado compartido y protegido por la mutua amistad y por el tiempo transcurrido - además, ya estaba en situación de retiro -, estimara inútil continuar ocultándole. En la época le habían llegado rumores del incidente, a él, Jan, dijo. Pero circulaban tantos. Sucedió no acá, sino en Colombia. ¿Le interesa?, preguntó como si ofreciera un trueque.

Yo tenía los formularios en la cartera. Me interesaba.

Jan Kdiam aceptó mi muda afirmación con la cabeza como un tácito acuerdo. Respiró hondo y en silencio se recostó en la silla. El mozo

depositó el café frente a mí. Escena mil veces filmada en miles de mamarrachos cinematográficos. Y lo que siguió hubiera exigido un primer plano de la cara de Jan. Este, en todo caso, parecía inmerso en su papel. Y en ese momento pensé que había algo de actor en él, algo que no era natural, no sé, tal vez su aspecto y sus gestos de conspirador aficionado siempre en guardia.

"Fue a finales de los años setenta - comenzó -. Y en esos años, eso ya lo sabe, el Partido estaba en la clandestinidad y sus militantes presos, escondidos o exiliados. Lo que seguramente ignora es que nuestro personaje había sido detenido por la policía colombiana en circunstancias poco claras. Nunca se supo exactamente. Incluso las informaciones recogidas por mi amigo no coinciden. Aunque, según él, hipótesis inverificable, fue en un apartamento céntrico de Medellín, luego de un allanamiento en el que intervino no la policía política sino una brigada especializada en la lucha contra las drogas. Esto explicaría lo que siguió. Pero, atención, no en el sentido que usted cree".

Yo no creía nada todavía. O sí, que había muchos condicionales en lo que contaba Jan. Empezaba a sentir una especie de decepción.

«En realidad, casi todo se aclaró varios años después. ¿El viejo y admirado Maestro en prisión por un vulgar comercio de drogas? ¿Por consumo de hasch o cocaína? Ah, no, muy poco creíble. No estamos en el Piccolo de Milán. Algo así no podía justificar el súbito y secreto viaje de un alto funcionario soviético a Medellín. Todo fue mucho más complejo y a un nivel, - ¿cómo decir?, ah, sí -, a un nivel geopolítico. En todo caso las autoridades colombianas mantuvieron la primera versión, y la liberación del Maestro se llevó a cabo en condiciones sumamente discretas, sin comunicados oficiales. Lo que estaba en juego era muy serio. Recién mucho más tarde, cuando se produjo el escándalo internacional de las avionetas en las costas cubanas, pudo

establecerse una relación con el episodio de Medellín. Pero sólo entre gente muy informada, como mi amigo. E incluso para ellos este asunto era ya tan viejo que no valía la pena revisarlo. Voy a volver atrás. Aunque desde ya la prevengo: Tony de la Guardia, ¿le dice algo?".

Jan Kdiam hacía esfuerzos meritorios para mantener mi atención. Me creí obligada a colaborar y respondí que sí, estaba enterada, en general, no de los detalles, sobre todo a través de la prensa. Pero que no veía muy bien la relación. Y mucho menos la intervención de la diplomacia soviética.

Era lo que esperaba. Ahora estaba seguro de haber estimulado mi curiosidad, de haber dosificado correctamente datos y omisiones.

"Era en la época de Bresnev, aún no de la 'perestroika'. Y es evidente que lo descubierto en 1989 no había empezado la semana anterior. Que los aviones fletados por la mafia colombiana llevaban ya unas cuantas horas de vuelo. Que los hermanos de la Guardia no eran llaneros solitarios y que la red internacional se extendía más allá de cien millas marítimas de las costas cubanas. Si como dijo alguien, «desde los agujeros se va tejiendo la red», uno de esos agujeros estaba en Medellín. En la época del allanamiento, nuestro venerado Maestro era una especie de half volante que montaba obras, dirigía grupos o daba clases en casi toda América Latina. Cobertura perfecta. Saltaba de un país a otro, con frecuentes estadías en La Habana. De acuerdo a informaciones en posesión de sus jerarcas y nunca difundidas, me aseguró mi amigo, esas estadías no tenían ningún objetivo teatral o cultural. Algo que nadie supo, yo tampoco, era su vieja amistad con Tony; algo que todo el mundo sabía, yo también, era su alejamiento sensible de la línea política del Partido. Fiel a Cuba, sin embargo; por lo tanto a la Unión Soviética. Ese era el marco en el cual se inscribe el episodio de Medellín. En la reunión no había un gramo de droga. Había,

sí, algún personaje seguramente poco recomendable, también, eso se supo, Antonio Navarro Wolf, el número dos del M-19, y el Maestro compatriota, cuya presencia sólo se justificaba si cumplía una función de intermediario. La brigada de intervención, como su nombre lo indica, intervino. Todos adentro. Pero se trataba de un malentendido y que además había que mantener secreto. Por un lado, presiones de la mafia; por otro, las entrevistas oficiosas del enviado de Moscú. Sin contar con que los Estados Unidos demostraron una extraña discreción. No convenía ni era políticamente correcto hacer públicas las verdaderas razones de esa reunión. Entonces el gobierno colombiano tuvo que tomar decisiones. Lo clásico, dijo mi amigo. Una chapa de plomo a todo el asunto. El Maestro liberado con expresas recomendaciones de borrarse por un tiempo del país".

Aproveché el silencio que siguió con la esperanza de que confirmara mi sospecha:

- ¿Quiere decir que de una u otra forma estuvo implicado en el asunto Ochoa?

Jan se protegió con las palmas de las manos hacia adelante:

- Atención - dijo, y bajó las manos -. Yo no afirmo ni desmiento nada. No son opiniones mías, sino la traducción, por otra parte fiel, de antiguos recuerdos que un amigo me confiara espontáneamente. Además, historia vieja y ya prescrita. No, no. Lo de Ochoa fue mucho más tarde, y eso ni siquiera fue mencionado en nuestra conversación.

- Pero todo se encadena - insistí.

- Es posible - concedió -. Lo único que puedo agregar, siempre según la misma fuente, es que ese episodio de Medellín tuvo consecuencias sobre las relaciones ya muy deterioradas entre el viejo Maestro y los por entonces dirigentes del Partido. Creo recordar que mi amigo habló de un encuentro posterior, tal vez en Lima o Quito, entre él y un

compatriota dirigente clandestino. Como el PCU nunca fue ni remotamente informado sobre las actividades de los hermanos de la Guardia, es de suponer los términos de la entrevista.

Se calló y me pareció, pero no sé, es probable que no fuera justa con él, me pareció que esperaba una retribución. Estuve a punto de contarle mi encuentro con Reinberg pero me contuve. Estaba convencida de que la mejor manera de avanzar en mi encuesta era no mezclar los testimonios. Y tratar de que cada uno creyera que estaba cumpliendo una función privilegiada. Aunque debía desconfiar. Por ejemplo, en la copiosa correspondencia de Ulive y Musto no recordaba haber leído mención alguna a lo que acababa de contarme Jan. Debía escribir a ambos para que confesaran su ignorancia o modificaran la versión. Si están dispuestos, porque el plan primitivo ha sido descartado. Y después del último encuentro con Dervy, imposible contar con él. Pero por el momento tenía enfrente a alguien que me observaba con atención.

- Es una formalidad - dije -. Pero lo exigen para cada gestión. Conviene que sea lo más completo posible.

Y extraje de la cartera el formulario de CV que solicitara en la embajada. Lo deposité junto a su pocillo de café porque no quise imponerle la crueldad gratuita que significaba recogerlo directamente de mis manos. De todos modos no me sentí muy digna de mí. Evité mirarlo cuando recorrió con la vista las preguntas escritas en inglés.

Al final dijo:

- Hay una actriz. Va a tener que conocerla. Ya casi no trabaja. Creo que tiene un material interesante.

Y nos despedimos.

Más tarde, en el hotel, redacté las cartas destinadas a Caracas y a París.

"Yo lo vi. Debe haber perdido el control". "¿Le duele? ¿Se hizo mal?". "¿Por qué no se detuvo? Dobló por Paysandú". "A ver, apóyese en mí. ¿Puede levantarse?". "Es un rasguño". "¿Qué rasguño? No ves la sangre. Mirá, incluso en el vestido". "Hay que llevarla a una farmacia". "Qué hijo de puta. ¿Por qué no se paró?". "A lo mejor los frenos".

Sentada en la vereda y apoyada contra la pared, yo escuchaba confusamente las voces a mi alrededor. Estaba algo aturdida. Me dolía el codo y miraba asombrada el hilo de sangre que bajaba hasta la muñeca. Nada grave, probablemente me había golpeado en la pared al tratar de evitar ser atropellada por el auto.

- No, no - dije -. No es nada.

Y era cierto. Peor era la sensación de ridículo por sentirme observada compasivamente por esa gente extraña. ¿Qué había pasado? No había prestado atención alguna al auto. Y de pronto vi que enfilaba hacia mí por la mitad de la acera. El gesto de apretarme contra la pared fue un puro reflejo. Debo haber perdido el equilibrio y resbalar. ¿Y la cartera? Ah, está ahí.

Alguien me tendió un kleenex doblado en cuatro. Le agradecí, me limpié torpemente el codo y me di cuenta de que, sentada, aumentaba el ridículo de la situación. Ya de pie, insistí un par de veces en que no, no era nada grave. Sin embargo, la misma muchacha que me alcanzara el kleenex se ofreció para desinfectar la herida. Vivo enfrente, dijo, no sé nada de enfermería pero arriba tengo alcohol y gasas. Fue inútil que rehusara agradeciendo, diez minutos después ella estaba abriendo la puerta de su apartamento, cuarto piso al fondo de un pasillo.

Dora Vilches vivía sola. La treintena avanzada. No muy hermosa pero con un atractivo especial, que quizás emanaba de los trazos vigorosos aunque femeninos de un rostro enmarcado por cortos mechones de pelo negro y que le daban un aspecto de paje antiguo. Admiré su destreza para limpiar y vendar la herida; acepté el café que me ofreciera después de que sacara un líquido de algún lado para eliminar la mancha de sangre en el vestido.

- ¿Americana? - afirmó más que preguntar.

Cuando le dije mi nacionalidad, rio y se excusó enseguida diciendo que era la primera vez, por estas latitudes no se acostumbraba aunque ahora hasta coreanos, concedió no sin ironía.

Y de pronto:

- Fue adrede - dijo seria -. Yo vi todo. No una mala maniobra, sino deliberada. Estaba a pocos metros, enfrente, acababa de cerrar la puerta de calle.

Me observaba detenidamente y con autoridad.

- ¿Pero, por qué? - atiné a decir, confusa.

- Puedo darle detalles. Porque primero me había llamado la atención esa desconocida que subía por Barrios Amorín, alguien que evidentemente no era de los alrededores, con ese color de pelo y esa piel - continuaba mirándome fijamente -. Y luego el auto que trepaba la vereda y enfilaba hacia usted. Cuando llegó a su altura creo haber gritado. Y vi que se pegaba a la pared mientras el auto bajaba de nuevo a la calle y aceleraba hasta la esquina, donde desapareció.

Hubo un silencio. Yo no había escuchado ningún grito. Todo había sido tan rápido. ¿Atropellarme?

- No sé qué decir - vacilé incómoda, no sólo debido a que no tenía opinión sino porque Dora parecía esperar una respuesta.

Le agradecí en silencio sus gestos liberadores para servir más café. Y al ver que el pote estaba vacío, le pedí un poco más de azúcar. Cuando volvió de la cocina trajo también la curiosidad convencional de toda nueva relación. Antes concluyó:

- Tal vez un drogado. Que terminará estrellado contra un árbol.

Y luego:

- Cuénteme. ¿Qué hace en este país?

Intercambiamos los datos personales de rigor - aunque en mi caso omití las verdaderas razones de mi estadía. Mentí inofensivos intereses turísticos, me extendí en pormenores de mi adolescencia en Sydney, en colores de playas, en alguna efímera aventura amorosa, en detalles más o menos curiosos de mis connacionales; simulé interesarme en las actividades de mi anfitriona y supe algunas cosas, por ejemplo su infancia en un lugar llamado Melo, su empleo en secundaria como profesora de gimnasia o educación física o algo así, la ausencia de gatos en el apartamento, un tío militar, veinticinco cigarrillos diarios.

- Conviene dejar algunos episodios inéditos para la próxima vez - se interrumpió Dora -. Habrá tiempo de conocerse mejor.

Yo lo dudaba. Ella se había portado muy bien, pero no me sentía agradecida hasta ese punto. No estaba tan disponible como para dispersarme en un tipo de relación que exigiría continuar simulando sin beneficio alguno para lo que realmente me interesaba. Dora insistía y me pareció injustificado negarle el nombre del hotel. Fue más fácil encontrar la excusa que declinara la invitación a un encuentro el próximo domingo.

Me acompañó hasta la puerta de calle. Me tendió la mano y no quise desalentarla cuando me despidió con un cálido hasta pronto. Era ya de noche, aún media hora para la cita prevista con Dervy.

Subí por Barrios Amorín y ningún auto vino a mi encuentro por la acera.

- ¿Qué te pasó? - dijo al ver la venda en el codo.

Si le contaba el incidente tenía que contarle también las sospechas de Dora y de los otros testigos, inexplicable aunque parece que sí, una agresión, alguien que quiso pasarme por encima. Como él ya me había advertido de algunos riesgos, sin especificar cuáles ni tampoco claramente por qué, me pareció mejor no darle argumentos a lo que sospechaba una especie de obsesión exagerada. Por lo tanto evité aumentar su preocupación:

- Es estúpido - me disculpé -. Resbalé en la calle. Un rasguño, me curaron en una farmacia. En serio, una pavada.

Pero ya estaba enredándome en secretos y mentiras, inventándome una doble vida que no estaba segura de poder o saber proteger.

Dervy no hizo comentario alguno, aunque es posible que no estuviera convencido de la versión. Entre los dos ya se había instalado, por razones diferentes, una mutua desconfianza. Lo lamenté.

- Dagama nos espera. Tomamos un taxi y lo recogemos - dijo avanzado hacia la esquina de Colonia y Ejido.

Lo previsto era una cena. En Carrasco, creo. Un lugar recién inaugurado y recomendado por su amigo, alguien a quien no conocía personalmente pero según el propio Dervy un tipo macanudo, un sibarita, había agregado, estoy seguro de que te va a gustar. Yo pensé en lo oportuno de la presencia de un tercero en la cena, pues no me sentía fuerte como para enfrentar sola la mirada inquisidora de Dervy, su severo silencio.

Había algo vagamente familiar en el hombre corpulento que subió al taxi y se sentó junto al chofer. Pero ni la forma cordial con la cual nos saludó ni la conversación que se mantuvo durante casi todo el trayecto

- él reclinado de perfil en el asiento y hablando hacia atrás, Dervy avanzando la cabeza, yo prácticamente en silencio y recostada en el asiento trasero -, ningún tema común logró evocar en mí un recuerdo cualquiera que me permitiera ubicarlo. Aparte de su nombre y de su amistad con Dervy, yo carecía de otros datos para ayudar una memoria reticente. Cuando llegamos al restaurante - una construcción nueva, amarilla, externa e internamente kitsch, junto a un lago artificial -, fuimos conducidos directamente a una mesa reservada por Dagama. Allí, mientras leíamos con despareja atención el menú, tuve la súbita revelación del lugar y las circunstancias en que había visto al personaje. Y eso debido a sus manos. Yo conocía esas manos que mantenían abierta y desplegada la carta por encima de la mesa. Las había visto acariciando y estimando el valor y el origen de un pergamino en una tienda de anticuarios, en un mercado popular, y en aquel momento había decretado la incongruencia de esos dedos afilados y algo femeninos con el volumen y el peso de su cuerpo, había atribuido al personaje una dicción clara y un lenguaje preciso que no lograra escuchar, dicción y lenguaje que un rato antes me sorprendieran gratamente durante el viaje en taxi y que ahora encajaban perfectamente con ese recuerdo mutilado, con este hombre cordial que me sonríe, que recibe mi sonrisa, que a su vez se sorprende cuando le pregunto si es capaz de determinar la antigüedad y el valor de un pergamino.

Luego le conté cómo estuve espiándolo aquella mañana en lo del anticuario.

- Señorita Sullivan - dijo con fingida seriedad -, es muy feo espiar.
- Llámame Sally.

El mozo aguardaba en silencio y respetuosamente nuestros pedidos. Dagama eligió para los tres después de consultarnos sobre el grado de

cocción que preferíamos. El mozo se alejó y entonces Dagama, al final de una ojeada circular al salón repleto de comensales, nos gratificó con un discurso erudito que escuchamos sin interrumpir:

"Una parrilla es, en términos generales, la proyección tradicional del alma gauchesca del país. Desde el más remoto origen de la nacionalidad, la dieta del jinete y sus preferencias por la carne vacuna sometida al fuego, preside la inclinación gastronómica nativa. Y esto, unido a la calidad y abundancia del ganado bovino - porque el ovino se considera en cierto modo como una segunda opción, algo así como un descuido optativo, o una opción descuidada - y rio brevemente -, esa combinación, decía, ha generado la abrumadora uniformidad de la restauración uruguaya. La parrilla reina. Y no está mal que sigamos fieles a ella, aunque parecería prudente que hubiera otras presencias gastronómicas ajenas, digamos de India, de Indonesia, de Japón, del Líbano, por el momento escasas o inauténticas. Al mismo tiempo, también sería deseable que la dieta del jinete y la brasa elemental experimentaran, en las cartas de los restaurantes, una mutación que sin renunciar a sus ancestros la vistieran con ropas más imaginativas e innovadoras. Eso es lo que han hecho muchas cocinas tradicionales. Francia, Italia, el país vasco, tienen su nouvelle cuisine, nuova cucina y equivalentes. Bocuse, Marchesi y Juan María Arzak - perdonen las referencias - no por eso dejan de ser chefs indiscutidos en Francia, Italia o San Sebastián, simplemente usan la tradición con criterio de futuro. Bueno - agregó -, ¿pero qué puede esperarse de un país donde en cada cuadra hay veintisiete pozos? Vieron cómo saltaba el taxi".

El discurso fue interrumpido por el mozo que reapareció con la botella de vino y la expuso inclinada al examen de Dagama. La ceremonia siguió sus formas habituales y la copa depositada en la mesa por Dagama, luego de unos segundos de apreciación gustativa, fue

posterior al gesto de agitar levemente el líquido y acercarlo a sus narinas. Culminación del rito.

La cena fue excelente, no sólo por la calidad de la dieta del jinete y la brasa elemental sino también por el inaparente esfuerzo de ser ameno, y lograrlo, de quien evocaba platos más o menos exóticos, como "las gambas en gabardina, apenas abrigadas por la clara de huevo batida" o "el hígado a la veneciana, algo heterodoxo con su pimiento rojo", mezclados a aforismos nietzscheanos ("Sólo la estética justifica el mundo") o a preguntas capciosas ("En la belleza, ¿dónde se encuentra ese suplemento de inteligencia?"). No creo que ese desborde de elocuencia algo incoherente se debiera a la intención de deslumbrar a esta muchacha australiana que a su lado se familiarizaba con el más remoto origen de la nacionalidad. Si había alardes, estos aparecían neutralizados por la ingenua forma que adoptaban, por una cierta y simpática inocencia en este hombre mayor de aspecto austero y modales formales que no encajaba exactamente con su época, que exhibía una apariencia teatral de belcantista y una memoria abrumadora aunque posiblemente poco selectiva. En todo caso debía sentirme halagada por el hecho de que se me estimara una interlocutora avisada, o sensible a ese tono profesoral y no exento de una cierta ironía.

Cuando más tarde, al finalizar la noche, al despedirme de Dervy a la entrada del hotel, le confesé la impresión favorable que me dejara Dagama, él sonrió satisfecho y en ese momento fue como si anuláramos los recientes desacuerdos, como si ignoráramos que se trataba de una tregua precaria cuyo mérito, más que probable involuntario, había que atribuirlo a nuestro simpático y locuaz tercer comensal. En todo caso, y como comentario al margen, Dervy, sonriente, agregó antes de despedirse:

- Años de apoyo logístico a los etarras. No te fíes demasiado. Intrigada y tratando de retenerlo le pedí una explicación.
- Otro día - dijo -. Expediente muy cargado.

Venía de México. Había salido clandestinamente del país en el 75 y ahora volvía para el entierro de una tía que, según él, había sido como una madre. Más bien según Reinberg, porque él no habló de esa relación como así tampoco de la razón de su corta estadía en la ciudad. Yo me enteré de su existencia a través de un esbozo de biografía que Reinberg creyó oportuno poner en mi conocimiento previamente al encuentro de los tres en el hall del hotel. Pensé, había dicho Reinberg, que hubiera sido una lástima descuidar a un testigo tan valioso, no sólo de aquellos años fastos sino de otros más cercanos y dolorosos.

Cuando bajé a la recepción estaban esperándome, sentados demasiado rígidamente en los sillones y como dos personajes introducidos allí por error, uno tal vez pensando en lo inadecuado del lugar para el uso provechoso de su astucia, el otro casi sorprendido por la ausencia de signos evidentes de amenaza. De edad equivalente, diversamente gastados y a la defensiva, parecían dos veteranos aguardando en la antesala de una reunión de ex combatientes. Impresión engañosa, porque el Bebe, mal trajeado y con dos profundos surcos en las mejillas, con las guías del bigote desigualmente recortadas, concentraba sin embargo una extraña vitalidad en la mirada, una especie de brío residual de origen impreciso aunque también presente en los dedos nerviosos que amasaban un cigarrillo apagado. Reinberg no, aunque si bien era difícil autorizarle el reposo de una lucha cualquiera, todo, en su actitud, reclamaba insidiosa e ingenuamente ese precio. De vuelta de nada, pero como si.

El Bebe ya estaba informado: yo juntaba datos para una biografía del Maestro. Al principio se disculpó porque creía ser de poco utilidad, todo

era tan viejo. Si a pesar de todo había aceptado venir era por la insistencia de Ben, aquí presente, hay otros, los mismos, que han escrito o están por escribir libros de memorias, consúltelos, se va a encontrar con un montón de falsedades, yo incluido.

Ben Reinberg interrumpió:

- Pero la señorita Sullivan tal vez prefiere que le hables de tu amistad con él. No eran muchos lo que llegaron a conocerlo tan personalmente.

- O a desconocerlo. No sé, después de lo México. Sí, sí, probablemente le llenaron la cabeza. Pero Ben, sabés que nunca tuteó a nadie. Sólo a mí - y a Olguita. Y no podía ignorar que estaba rodeado de oportunistas.

- ¿Por ejemplo? - avancé con cautela.

- Ben puede contarle qué pasó con el grupo, cómo, en la asamblea de México, se juntaron treinta y cuatro votos contra los dos de mi compañera y yo. Uno de los votos fue el suyo.

- Yo no estaba - se defendió Reinberg.

- Rodeado de oportunistas - repitió -. Tenía que saberlo.

Se produjo un silencio, y me di cuenta de que al «testigo esencial» de Reinberg le repugnaba hablar del pasado. Yo no sabía muy bien cómo orientar las preguntas para vencer esa resistencia.

- Perdone que insista - dije con mi mejor tono persuasivo -. No conozco los detalles, aunque sospecho que esa asamblea que menciona es un recuerdo muy ingrato. Pero antes de eso ustedes compartieron muchas cosas, durante muchos años, tuvieron, no sé, los dos eran fieles militantes del Partido, más que coincidencia había una complicidad, un acuerdo para hacer del teatro una tribuna, para que el teatro cumpliera una función social, son las propias palabras utilizadas por Reinberg cuando me llamó hace apenas una hora. Por eso me cuesta entender esa, cómo decir, ruptura repentina. Una asamblea, se

vota, adiós a una amistad de más de treinta años. Tiene que haber otra cosa.

El Bebe encendió finalmente el cigarrillo, aspiró hondo un par de veces y lo depositó en el borde del cenicero.

- No hubo ruptura. Simplemente me echaron - miró a Reinberg, luego a mí -. ¿Otra cosa? Sí, claro. Ya había empezado acá, cuando algunos pensamos que había que aguantar en el lugar mientras otros anotaban direcciones de embajadas. No quiero juzgar. Igual que en el propio Partido, hubo de todo. Como decía Brecht, los buenos, los muy buenos y los imprescindibles. Con una categoría adicional: los no tan buenos. Resultado de una confusión ideológica o de excusas menos nobles.

Se inclinó para recoger el cigarrillo; aspiró de nuevo dos veces y volvió a colocarlo en el cenicero.

- Con él fue distinto - continuó -. Luego de la desbandada, y cuando volvía de viajes más o menos imprevistos a Costa Rica, Perú o Colombia, viajes de los cuales casi nunca hablaba, teníamos largas charlas, sobre todo en torno al futuro del grupo, conseguir una sala, encarar la profesionalización en un medio extranjero, definir un repertorio. Pero ya habían empezado las tensiones. Incluso una vez me preguntó si no habría que llamar al orden a algunos compañeros. Eso fue un mes antes de que esos y otros compañeros votaran mi expulsión. Con su voto.

Tal vez yo debía hacer la pregunta que correspondía. Después del tercer movimiento hacia el cigarrillo, el Bebe aclaró sin que fuera necesaria la pregunta:

- No, no podía entender. Sólo la sorpresa. En su caso, porque con los demás yo ya estaba prevenido. Fíjese, fíjate Ben, pocos años después le pasó casi lo mismo. Con los mismos.

Reinberg se sintió habilitado a intervenir:

- Discrepancias artísticas - ironizó con placer evidente.

De pronto recordé la voz indignada de la mujer en la casete y la discusión posterior centrada en un personaje del cual carecía de toda información. Debo reconocer que a pesar de mis esfuerzos no había avanzado mucho en su conocimiento.

El Bebe continuó:

- En aquel momento no podía entenderlo - y se dirigió directamente a Reinberg -. Años más tarde, en un viaje a Cuba, me encontré con López, ¿te acordás, Ben?, Rodolfo López, uno de los primeros en largarse a la isla, fotógrafo oficial del Che cuando vino a Punta del Este. Bueno, López, cómo decirte Ben, yo creo que ni siquiera Dervy lo sabe. Pero esa es otra historia.

Como parecía vacilar, insistí:

- Quiere decir que después sí lo entendió.
- Entender - dijo moviendo la cabeza -. Había pasado mucho tiempo, y Rodolfo López era ya más cubano que uruguayo. Tal vez por eso, o porque es un tipo muy leal, con un pasado común de militantes y en el teatro, porque él también sabía que ese grupo de México existía en gran parte gracias a mí, que yo le había dedicado los mejores años de mi vida y a partir de entonces empezar de nuevo, a mi edad, solo con Raquel, juntar los cinco o seis mexicanos voluntarios y armar un tablado con sillas y cortinas prestadas y a lo mejor otra vez la viga - recogió el cigarrillo fumado hasta la mitad y ya apagado; lo aplastó en el cenicero -. Pero entonces sin ningún Partido atrás. Sin la célula partidaria. Sin el viejo.

- ¿Y el flaco López? - preguntó Reinberg en voz baja y luego de un silencio.

- Ah, sí - dijo el Bebe -. Bueno, él ya estaba enterado. Y me dijo que no era lo que yo pensaba. Que el viejo estuvo obligado a sumar su voto

a los demás, que de alguna manera estuvo obligado a sacrificarme, aunque, dijo, no me pregunte las razones, creo saberlas pero mejor no.

Pero para Reinberg no era suficiente:

- ¿Y eso de que ni siquiera Dervy?

El Bebe le sonrió y le palmeó un hombro:

- Las viejas mañas, Ben. ¿Eh? A vos también se te escapó. Es algo así como la última réplica antes de que caiga el telón del primer acto en una obra cualquiera de los Alvarez Quintero - y se dirigió a mí con un tono de fingida complicidad -: Perdónelo, Sally. ¿Puedo llamarla Sally? Ben me dijo que de Australia. La verdad es que yo... Estuve en China, eso sí. Cuando era un respetable cuadro en el organigrama. Ahora los pasajes son a crédito. Por mi cuenta y en pesos mexicanos.

Yo estaba un poco cansada de los sobreentendidos y del suspenso en los relatos, de los enigmas a resolver en los próximos capítulos. Aceptaba como un juego la dosificación interesada de Jan, pero ya Carlos utilizaba claves, y ahora este "importante testigo" de la vida y obra del Maestro parecía haber hecho el duelo de su pasado, no imaginaba mezquinas revanchas ni reclamaba pago alguno de viejas deudas. Si no era aún el caso, y es probable que sí, estaba dispuesto a empezar todo de cero. Yo tenía la impresión de que lo único real que me había sucedido en estas últimas semanas era el incidente del auto y mi herida en el codo. Todo lo demás se desdibujaba, los datos se mezclaban o simplemente se contradecían, la historia del personaje estaba llena de huecos, de ambigüedades, de rumores, y cuando aparecía algo concreto, digamos un episodio en el cual participara sin discusión posible, las motivaciones variaban en función de quien lo relatara, de la distancia y el lugar en que fuera relatado. Recordé la frase de Carlos, cuando me advirtió que si su muerte fue confusa tuviera en cuenta que su vida tampoco había sido muy clara.

El ex y el siempre dispuesto combatiente hablaban entre ellos en voz baja. Mi prometida reunión de información había prácticamente terminado y sólo quedaba despedirse, el Bebe, luego del entierro de su tía, volvía a México, Reinberg, en cambio, quedaba a mano y expresamente a mi disposición, cuando usted quiera, señorita Sullivan, reiteró antes de irse. Me había intrigado la referencia del primero a Dervy, "ni siquiera Dervy lo sabe", y eso, unido a su perífrasis del melodrama (última réplica del primer acto antes de la caída del telón en obra de autores de cuarto orden), abrió en mí un espacio imaginario, me puso en una pista cuyo desenlace, de producirse, aportaría algo inédito a mi investigación: ¿la relación filial y oculta entre el Maestro y Rodolfo López? Este nombre me decía algo, estaba segura de haberlo leído en alguna parte de la correspondencia descartada. Y como tenía toda la noche por delante para revolver en los papeles amarillentos, una vez en la habitación desparramé las carpetas por el piso. Media hora después apareció una extensa carta de Musto a Ulive, en cuyas dos últimas páginas se describía un encuentro en París. Estaba fechada junio del 93. Pasé rápidamente las primeras cuatro páginas y el personaje surgió en la quinta:

... Crónica de unas horas con Rodolfo López en la ciudad luz. Me llamó y nos encontramos a la salida del metro Vavin. Estaba en la casa de un cubano, que lo acompañó hasta la salida del metro porque si no López se perdía. ¿Cómo nos reconoceríamos? Aparte de haberlo frecuentado en fogones de campamento y en asambleas de la calle Mercedes, hace quince años lo había encontrado en La Habana y seguía enarbolando una muy buena pinta de canoso galán joven. Tengo buena memoria visual. Pero al ver surgir en la boca del metro, en la vereda del bulevar Montparnasse, a dos tipos que empiezan a mirar alrededor - yo estaba a quince metros -, pensé en turistas desconcertados y absortos. Hasta que uno de ellos, de aspecto nada cubano, se dirige hacia mí abriendo los brazos. Era de noche, pero el bulevar está siempre muy iluminado. Tuve que rendirme a la evidencia:

era López (o tal vez Rodolfo, porque para mí fue siempre el apellido, y este que avanzó en la noche iluminada era más bien el nombre, alguien que después de treinta años se había convertido en el nombre, de ahí mi confusión). Era, o había sido, López. Yo recordaba un tipo si no alto hacia arriba, robusto sin ser gordo, con las facciones regulares y viriles de un Alfredo Alcón, nada rebuscado en la ropa pero con una elegancia natural y suelta. Rodolfo, porque era Rodolfo, ya no tendía hacia arriba, sus hombros se inclinaban y pesaban sobre el cuerpo, todavía no gordo pero ya en camino, y en la cara un comentario nostálgico de rasgos más o menos recientes, ni rastros de aquella manera de llevar una chaqueta de cuero o un buzo de cuello alto, de encabalgarse recto en la Horex.

Caminamos por la rue Delambre hasta el estudio y por momentos era López, la voz era la suya, una forma franca y sonora de reír que anulaba de a ratos la imagen de ese tipo que caminaba levemente inclinado hacia adelante y hacia abajo. Después nos quedamos cuatro horas charlando y en el medio te llamamos a Caracas y yo me preguntaba permanentemente sobre lo subjetivo de esas impresiones, el mismo tiempo había pasado para mí y es más que probable que la sorpresa fuera recíproca, que la pertinencia de mis observaciones fuera el espejo de las suyas. Nunca lo supe. En cambio, y es lo que me permite dudar de la reciprocidad, en esas horas compartidas el tema giró siempre alrededor de su persona (hubo alguna digresión sobre el asunto Ochoa porque yo acababa de leer dos libros, uno de dos periodistas franceses y otro del hijo de Massetti que se referían casi exclusivamente a eso) : su trabajo en La Habana, su mujer y sus hijos, dos o tres encuentros con Ata, el viaje a Montevideo y los re(des)encuentros con la gente de allá, ninguna mención a sus padres, los problemas para viajar y con los documentos, etc. Un detalle me permite más que dudar, descartar toda reciprocidad: de su estadía en Montevideo, Rodolfo (¿o fue López?) me contó sorprendido y hasta escandalizado que en todas las conversaciones con sus antiguos compañeros de la época ninguno se interesó en su historia personal, qué hacía, cómo había vivido durante esos treinta años, qué planes, si tenía, qué fracasos, si hubo. Toda la curiosidad la ponía él. Ese desinterés por su persona, más allá del abrazo y qué alegría, lo había sentido fuertemente, tanto que originó en nosotros un intercambio de especulaciones sobre las razones psico-socio-políticas posibles de semejante actitud. Que seguramente deben existir. Me pregunté en ese momento - me pregunto ahora que llueve finito al otro lado de la ventana - cuáles pudieron ser las razones, de esos u otros órdenes, para que Rodolfo o López exhibiera esa noche en París exactamente el mismo desinterés que había padecido en Montevideo. Porque en ningún momento creyó oportuno enterarse de

algún detalle de mis también treinta años de lejanía. Y como en ese sentido me cuesta tomar la iniciativa, ahí quedamos, en la ignorancia, que no puede decirse mutua. Me lo preguntaba mientras él refería detalles que acentuaban su escándalo, me decía a mí mismo cómo era posible que no se diera cuenta de que estaba repitiendo la experiencia, pero en sentido inverso. Es curioso, todavía no tengo respuesta. Y cuando al final de esa noche lo llevé en auto hasta la casa del cubano, cuando se alejó sin volverse por esa calle flechada que me impedía depositarlo en la puerta, tuve la sensación de que el encuentro había sido una ilusión, de que él, supongo con las mejores intenciones, yo seguro de mi mejor disposición, habíamos fracasado porque en el fondo nunca hubo pasado en común, experiencias reales compartidas, sólo una imagen, lejana y borrosa, cada vez más improbable : dos tipos sentados a cada lado de un fogón de campamento, en Jaureguiberry, tomando mate en silencio. Y eso es irrecuperable con palabras. Como diría un metafísico criollo, ahí incursionamos en lo inefable.

Seguían frases de saludo y de interés diverso. La oculta relación filial imaginada por mí - tal vez sugerida por el Bebe - seguía siendo una especulación aventurosa. Otra más en un puzzle donde cada nueva figura incorporada arriesgaba aportar una mayor confusión al conjunto.

Sonó el teléfono. Texto breve y conminatorio. La voz masculina y anónima me invitaba a no seguir preguntando, a volver a mi país, a no caminar por veredas angostas. Esperaba no tener que telefonear de nuevo.

Al menos era algo concreto, real. Dora Vilches había visto justo.

Era un artículo inédito. Su autor, un tal Mauricio Müller, fallecido, lo había redactado por encargo del semanario en el cual trabajaba. Por razones que ahora no interesan nunca había sido publicado. Fue encontrado por un familiar entre el desorden de papeles dejado por el difunto. Y cuando este sobrino se enteró de que yo preparaba la biografía de uno de los dos billaristas aficionados, averiguó la dirección del hotel y depositó el grueso sobre en la recepción, con dos líneas amables en las cuales me autorizaba a hacer uso de ese material como mejor estimara necesario.

Eran cuatro páginas escritas a máquina, con algunas tachaduras y sin título:

Nuestro ángel tutelar, Alfarito, a quien le molesta que ande vagando por la redacción, me invitó con tono de orden a que reuniera a los dos duelistas en el Boston, asistiera como árbitro y escribiera el artículo. Tres tareas sucesivas a las cuales me aboqué obedientemente. La idea había sido suya después de que Atahualpa del Cioppo rehusara responder por escrito a las críticas formuladas contra él en estas mismas páginas por Emir Rodríguez Monegal (a partir de ahora ERM). Muy bien, había dicho Hugo, ¿por qué no juegan entonces una carambola a tres bandas?

Lógica opción de desagravio. Se pusieron de acuerdo en que fuera a 25, sin revancha.

Para esa tarde yo había previsto una reunión con Alfredo Descalzi y Benjamín Reznikas con la intención de escuchar la versión de Brigitte Fassbaender de los "Frauenliebe und Leben", pero tuve que someterme al diktat de mi patrón. Así que reservé la mesa en el Boston y pedí un té con limón. El primero en llegar fue ERM. En traje oscuro, camisa blanca y corbata. "Alto lo veo" - recité para mí mismo, aunque la continuación no me pareció adecuada. Le pregunté qué era eso que traía bajo el brazo.

- *No confío mucho en estos lugares más bien arrabaleros. Mi taco, Mauricio, el de Stanford.*

Se despojó del saco, recogió las mangas de la camisa, destapó el estuche. Luego atornilló las dos mitades del taco. Examinó la elasticidad de las bandas apretando con las manos en varios sectores del borde y comprobó, golpeando suavemente las bolas con el taco, la perfecta nivelación de la pizarra y el paño.

Del Cioppo entró lento y sin cautela. Me tendió la mano: Señor Müller, y se volvió hacia ERM. Cabeceó varias veces mientras lo saludaba y el perfil se deslizó hasta la hilera de tacos, de donde extrajo uno después de sopesarlo.

La carambola a tres bandas es poco litigiosa. De modo que mi función de árbitro era nominal, y el ábaco lo tenía al alcance de la mano. Seguí tomando sorbitos de té sin moverme de la butaca.

Las primeras tacadas demostraron, en este orden:

que la posición de la mano izquierda de ERM, plana sobre el paño, sin el control del índice sobre la tensión del taco, era no sólo una inadecuación estética al juego de tres bandas sino una considerable desventaja práctica, evidente cuando la posición de las bolas en el cuadrilátero requería una determinada inclinación y firmeza del taco para producir el efecto deseado;

que del Cioppo tenía esa prestancia discreta, algo sobradora y paciente de alguien con horas y kilómetros alrededor de billares en locales penumbrosos;

que, como un silogismo, el cinco a cero que denunciaba el ábaco era la lógica consecuencia de las observaciones anteriores.

Sin mí por culpa de Alfarito, la Fassbaender estaría cantando "Du Ring an meinem Finger/Mein goldenes Ringlein...".

ERM se benefició de un retruque inesperado para su primera carambola. Lanzó un caballeresco sorry a su adversario y aprovechó la posición favorable de las bolas en el paño para continuar la tacada con una figura de cuatro bandas más bien fácil. Era como la crítica al Gorki de del Cioppo. El espectáculo, por supuesto, era execrable. Pero no por las razones invocadas por ERM. Y cuando acertaba en el juicio ("veraneantes de Las Toscas"), cedía a la facilidad. No, el problema es que el espectáculo imita a Chéjov con una escritura sub chejoviana. Pero mi ángel tutelar me está haciendo señas por algún lado para que no divague y me atenga a la partida de marras.

Dos carambolas más de del Cioppo. La segunda, por el roce imperceptible y sin pérdida de efecto de su bola en la banda lateral, luego en la corta y otra vez en la misma lateral hasta llegar lentamente hasta la roja, me recordó una partida del gran Coulemans, en Vilnius, en el 68. Joven aún pero ya insinuando en el físico ese espesor

aristocrático que se le conocería más tarde, cuando paseara su figura indolente por los mejores billares europeos. Yo cruzaba Lituania en viaje a Cracovia cuando me enteré de la presencia del belga en la capital. Asistí, pues, a una hermosa serie de trece carambolas que me produjo la misma emoción que al escuchar por primera vez el "Winterreise" de Dieskau. Relativicemos, nuestro Maestro nacional es un honesto amateur de la disciplina, sin más, de lo contrario no se explicaría este error de desamurar la blanca de ERM en una tacada problemática y fallida.

El ábaco indicaba nueve a seis.

Repentinamente, los adversarios hicieron una pausa, inhabitual en este juego, y comenzaron a discutir en un ángulo del billar alejado de mi audición. No se trataba de un problema técnico o de una apreciación litigiosa de la partida. Hasta mí llegaban frases o palabras sueltas. Y creí entender que ERM repetía, en términos más conciliadores, sus reparos a la puesta de del Cioppo mientras éste, sosteniendo con las manos el taco apoyado verticalmente en el piso frente a él, parecía un antiguo lancero escuchando indiferente el relato de un hecho de armas que ya no le concernía. Debe ser por eso que su última réplica en la discusión, de una criollez irrebatible, llegó a mis oídos con total claridad: "En la cancha se ven los pollos".

Y reanudaron la partida.

No sé por qué Alfarito había elegido este lugar. El público del Boston es una mezcla rara de pequeños macrós y jubilados, de semi jornaleros de la estafa y algún despistado belinún que hace su aprendizaje del "centro". Dos cuadras más arriba estaba la academia del calvo Humberto Pozzo, ámbito con menos olor a felonía que el presente. Pero de todos modos en esta temprana hora vespertina por aquí sólo deambulan jubilados, aparte de los mozos veteranos que se aburren fumando junto al mostrador. Estos eran los espectadores, algo intrigados, de la partida a tres bandas entre intelectuales. Para ser más justos, entre desertores de un mismo condado, Canelones, ahora militantes antagónicos (complementarios, diría un diputado batllista) de esta gran improvisación llamada cultura nacional.

La diferencia en el score se había ampliado en favor de del Cioppo. Creo que ERM no se había aún recuperado del desafío espartano de su adversario. Debe haber pensado que la réplica de del Cioppo era una alusión irónica a su viejo amigo Jorge Luis. Réplica maleva digna de un personaje de milonga en los lindes del alto Sur. Por eso, tal vez, dos pifias seguidas y cinco tacadas erráticas.

En realidad, la partida ya estaba terminada. Nuestro crítico había perdido su aplomo y su arrogancia habituales y del Cioppo, lento y discreto, hipócritamente respetuoso de su adversario, se permitía a

veces, dada su ventaja, una complicada e inútil figura en el paño. Eran las últimas tacadas: 22 a 11.

Coriún tiene razón aunque se puede disentir con su conclusión, porque aquí incursionamos en el terreno del gusto. Sí, Brigitte Fassbaender pone demasiado énfasis teatral en los lieder de Schumann. Pero ese acento dramático en una voz de mezzo resbalando con fruición en las cavidades de la contralto, bueno, eso produce un cierto escalofrío en los riñones ("Schöne Wiege meiner Leiden..."). Maldije a Alfarito y envidié a Descalzi y a Reznikas.

Me distraje de la primera, seguí con atención la segunda y me preparé para la tercera. Una serie de tres no es habitual a este nivel de juego. Además, podía ser la última. Muy difícil de acuerdo a la posición de las bolas: la blanca de del Cioppo estaba a un centímetro de la parte media de la banda lateral y casi pegada a la roja; la de ERM en el ángulo derecho contrario. No había espacio posible para una tacada que jugara con las bandas para llegar hasta la otra blanca. La única solución era un medio massé para que la blanca de del Cioppo, luego de rozar la roja, la circundara con mucho efecto hacia la izquierda, se acelerara al tocar las dos bandas del ángulo para ser despedida hacia la zona de donde había partido y de allí a su vez hacia la blanca de ERM. Era una respuesta de manual pero requería una técnica casi perfecta. "En la cancha se ven los pollos", amigo del Cioppo.

Me paré porque el cuerpo del billarista ocultaba el golpe. Observé: el esqueleto, más que el cuerpo de del Cioppo, parecía haber crecido. Apoyó la mano izquierda, es decir el filo de la palma y el dedo meñique sobre el borde de la banda; abrió sus largos dedos medio y anular y rodeó con fuerza el índice sobre el extremo del taco casi perpendicular al paño. Algo inclinado hacia la izquierda, alzó aún más los hombros como si fuera a levitar. Inmovilizó su perfil de águila; calculó; golpeó secamente en la parte superior de la esfera blanca. Esta dio tres breves saltos, y cuando se posó en el paño inició un rápido semicírculo debido al efecto del golpe, rozó las dos bandas de la tronera izquierda, atenuado su impulso llegó a la zona de donde había partido y la banda lateral la proyectó en dirección a la blanca de ERM. Llegó lentamente, apenas la tocó y se detuvo. Chapeau.

ERM tuvo la nobleza de aplaudir sobre el dorso de su mano. Luego desarmó el taco y lo remitió a su estuche. Como en toda justa entre personas educadas, se dieron la mano y murmuraron frases convencionales. Llamé al mozo. Los gastos iban a cargo del perdedor.

Verdoux

Decime Hugo, ¿no te parece que habría que hablar con Emir para que atenúe la severidad de sus críticas?

Estos eran los riesgos de mi encuesta. Cualquiera que tenga en sus manos el mínimo papelito o una fragmentada información va a considerarse desde ahora testigo o colaborador de mi empresa. Gente desinteresada, sin duda. ¿Pero qué voy a hacer con este tipo de documento? De todas formas, al archivo.

Inevitable. Sabía que Dora Vilches iba a insistir. Esa u otra vez. De modo que buscar una excusa sería apenas una postergación. Quedamos en encontrarnos en la puerta del hotel para una cena algo informal. Lo que no podía saber era que manejaba una motoneta, inadecuada a mi falda corta. Me dijo que no me preocupara, sólo unas pocas cuadras hasta ese boliche de empanadas, y me tuteó por primera vez:

- Son piernas para mostrarlas, no para esconderlas. Podés agarrarte a mi cintura.

Yo estaba incómoda porque después de que me limpiara la herida del codo ya no teníamos mucho más que decirnos. En todo caso yo. Por eso la pasividad que adopté mientras comíamos y que motivara el reproche de Dora:

- Para una turista en país desconocido, no puede decirse que seas muy curiosa.

Creo que aduje los lugares comunes de rigor - mal dormida, dolor de cabeza o alergia a los ambientes ruidosos como ese boliche - y ella no insistió. Dio por sentado que ya había viajado a las famosas playas y aproveché para comentarle sin riesgos mis visitas a Solymar y a Las Flores. Como agregué que en esta última había conocido a alguna gente de teatro, Dora me habló de un amigo, actor y director, aunque ella, dijo, no iba casi nunca al teatro, pero si a mí me interesaba podía conseguir entradas, habría que ver la cartelera.

Dora tenía una mirada dura e imperiosa, parecía estar reclamando algo, o apostando con decisión a un presentimiento, a una intuición. Sabía que la estaba defraudando con mi actitud indolente. Y no era

justo. Por eso, aunque descarté eventuales funciones teatrales demostré interés, nada fingido, por su amigo director o actor.

- Espectáculos de teatro, no sé - improvisé con cierta convicción -. Siempre me parecieron pruebas artificiales y poco representativas. Tal vez el género no puede evitar la mistificación. Por eso creo que se aprende más de un país hablando con la gente que trata de hacer algo. Incluso a través de ese artificio. Esto para responder a tu reproche sobre mi falta de curiosidad. A lo mejor soy una turista algo marginal.

Ahora había ternura en su mirada. O acaso sólo sorpresa por mi súbita locuacidad.

- Por ejemplo tu amigo director. Debe ser alguien que sabe algo sobre usos y costumbres nacionales.

También algo sobre colegas prestigiosos, pensé y por supuesto no lo dije.

Dora recogió la caja de esos horribles cigarrillos negros que fumaba. La alzó frente a sus ojos. En silencio. La depositó de nuevo en la mesa.

- Sally - dijo -. Sally. Yo no trabajo para la policía. Y te ruego no me tomes por una idiota. Tienen que habértelo dicho: Montevideo es una aldea. Nunca me tragué lo del accidente del auto frente a casa. Porque no fue accidente. Por eso quise averiguar. Terminemos con este juego.

Me sentí avergonzada y torpe, aunque la sonrisa de Dora ya estaba perdonando mi incompetencia. Le hablé de mi encuesta. Es decir lo suficiente como para justificar una discreción que lamentablemente la incluyera. Apelé al tipo de comprensión que no puede dejar insensible a alguien como vos, Dora, si hubo juego al menos no lo tomes como algo personal. No te subestimo para nada, sólo estuve tratando de proteger un relativo anonimato. Lo siento, de veras. Con todo reconocerás que no exhibí postales del Palacio Salvo o de la playa Pocitos para intentar convencerte.

Dora me tendió la mano por encima de la mesa, unos dedos largos y fuertes que mantuvieron apretados los míos unos segundos más de lo necesario.

- Volviendo a Mauro - dijo -. Podemos ir ahora mismo. Si no tiene ensayo debe estar en su apartamento.

No tenía urgencia en conocerlo. Además agregué que una no puede presentarse así, sin avisar.

- Voy a ver - y Dora se levantó para telefonear.

Cuando regresó dijo que podíamos ir, estaba con un par de amigos y nos esperaba. No es lejos, el puerto del Buceo.

Tal vez no era necesario pero de todos modos le rogué que mantuviera en secreto nuestra conversación.

Décimo piso, el mar oscuro al otro lado del ventanal, espacio lleno de objetos heterogéneos y de diversa procedencia, los dos amigos de Mauro eran un amigo y una amiga, jóvenes, Mauro ya no tanto y una cara familiar - ¿dónde? -, Dora y la otra muchacha besándose en la boca, yo y todos sentándonos alrededor de una mesa baja con botellas y vasos ya servidos. Lo clásico.

Mauro tenía una amabilidad algo afectada aunque contagiosa, e inmediatamente una se sentía cómoda con él. Hubo las preguntas y respuestas de rigor en torno a mi condición de extranjera y evité la mirada de Dora cuando insistí en los públicos motivos de mi estadía en la ciudad. La conversación derivó a temas teatrales, es decir a comentarios más bien maliciosos sobre personas o grupos del ambiente teatral montevideano mientras yo quedaba relegada en mi ignorancia (el joven de pelo rizado era actor; la otra muchacha, vestuarista). Hasta que de pronto Mauro se dirigió directamente a mí:

- Sea indulgente con nosotros. Son chismes inocentes. Pero para usted ya es la segunda vez. No siempre hacemos un alarde tan barato de frivolidad.

- No es grave - concedí -. ¿Pero por qué la segunda vez?

- Hace un par de meses, en Las Flores. Una penosa discusión sobre el texto de una casete. Usted quiso saber de quién se trataba, quién era ese personaje, ¿no se acuerda?

Pero claro. Mauro estaba allí. Y había sido el más entusiasta defensor del viejo Maestro. Le dije recordar esto después de aducir como disculpa personal la reunión numerosa de gente para mí desconocida.

- Es que en la discusión se largaron algunas canalladas.

- ¿Usted lo conoció bien? - avancé con cautela.

- Bien, no sé. Lo respetaba. Y sigo respetándolo. Pero ahora cualquier chiquilín insolente e iletrado se permite el desprecio, cuando no la injuria.

Cecilia, la amiga de Dora, se paró y ofreció hacer café antes de desaparecer hacia la cocina. Dora vaciló, me miró y fue tras ella. El joven actor, cuyo nombre no retuve, seguía mudo en un rincón. Mauro creyó que me interesaba en el tema por pura cortesía.

- Todo esto debe parecerle muy provinciano - dijo -. ¿De dónde sacó a Dora?

Le conté el accidente con el auto y su intervención. Luego la cena de empanadas.

- En lo de Roque. Conozco. Dora es una vieja amiga. Una vieja cómplice. Leal - agregó sonriente y como un sobrentendido que se me antojó procáz.

Hubo un silencio y yo buscaba la fórmula adecuada para retomar el tema que me interesaba. Dije, tratando de atenuar el desafío:

- Jóvenes insolentes, dijo. ¿Los prefiere dóciles?

Mauro me fijó unos segundos con su mirada burlona:

- ¿Usted no será de la secta Moon? Porque la secta Moon hace preguntas de este tipo. Aparte de que sus agentes tal vez hayan participado en el complot.

- No puedo probar lo contrario - respondí en su mismo tono -. Reclamo su confianza. Aunque me intriga esa mención a un complot. ¿Qué complot, y contra quién?

Sonó el teléfono. Mauro se paró para responder y me llegaban fragmentos de su conversación; el joven actor hojeaba una revista. En algún momento escuché mi nombre, en medio de una frase en la cual Mauro informaba a su interlocutor sobre los presentes en la reunión. Creí entender también que el otro declinaba la invitación a reunirse a nosotros.

Dora y Cecilia seguían en la cocina.

- ¿Dónde estábamos? - dijo Mauro volviendo a su lugar -. Montevideo no la defrauda demasiado, espero. ¿Ha visto teatro? ¿No? Mejor.

- Usted dijo algo sobre la secta Moon y un complot, creo - insistí.

- También sobre muchachos insolentes. O snob. No es nuevo. Hace años, mediados del sesenta, fíjese. El grupo teatral de nuestro personaje, nuestro no, en todo caso mío. Bueno, el grupo estaba por estrenar su nueva sala. Con el escenario aún en construcción se improvisó una especie de fiesta inaugural en la cual la gente de teatro podía presentar libremente un sketch o algo así. Era la época del happening.

Las dos muchachas reaparecieron con bandeja y pocillos de café.

- Un argentino que estaba trabajando entre nosotros, Grasso - ¿te acordás de Omar, Cecilia? -, presentó un happening.

- Apenas lo conocí, y mucho más tarde - dijo Cecilia mientras distribuía los pocillos.

- Era la moda. Y el grupo de Omar aullaba y se arrastraba por el escenario, alguien desprendió una tabla floja y comenzó a golpear sillas o el piso, se levantaban nubes de polvo, ese tipo de cosas. Yo estaba sentado junto al viejo, tenía veinte años y bebía cualquier palabra que saliera de su boca. En un momento, en tono lastimero, dijo:

"Nos van a destrozar el teatro. - Y directamente a mí -: No crea, Mieres, en principio no tengo nada contra estas nuevas experiencias, que llegado el caso pueden ser muy fértiles. Pero esto me parece pornográfico".

- Me quedé esperando la continuación, porque en la propuesta teatral de Omar no veía nada que justificara ese calificativo. Tragué saliva y me animé:

"Disculpe, pero no veo la relación".

- Recostado en la butaca y sin mirarme, dijo con una solemnidad que no le conocía:

"El arte llamado 'moderno', y también abusivamente 'arte', ha invertido los mecanismos de expresión y arriesga desnaturalizarse. ¿Qué pasa en la pornografía? ¿Por qué algo es pornográfico? - dijo volviéndose hacia mí y con una interrogación retórica -. Porque lo que allí opera es la ilusión del deseo. Hasta hace poco, Mieres, en el arte sucedía lo contrario: era el deseo de la ilusión lo que sustentaba su realidad, ese tránsito hacia un misterio que se nos escapa. Lo pornográfico es ilusorio sin futuro, no promueve, no incita, suplanta. Me temo que es lo que está pasando con estos muchachos".

- Ni siquiera tuve tiempo de pensar la fórmula - dijo Mauro Mieres -, porque enseguida escuché que agregaba:

"Pasa con la pintura, con la música, ahora con el teatro. Nulo. No en el sentido en que las Marilyn y las sopas Campbell de Warhol son nulas.

Porque allí Warhol afirma su nulidad. No. Esto que vemos es nulo, sin más. Porque pretende no serlo".

- En aquella época - dijo Mauro - todos nosotros estábamos muy embalados con las novedades que venían del exterior. Estaba el Di Tella en Buenos Aires que servía como intermediario de influencias más lejanas. Y de pronto el venerable Maestro bajaba bruscamente la cortina a mis ilusiones. Pero el que había hablado era el personaje privado, no el público; el ignorado, no el conocido. Lo supe un rato después, cuando al finalizar su performance Omar se acercó a él buscando, si no su aprobación, al menos una opinión estimulante. La recibió, pero en la forma públicamente conocida:

"Es una experiencia interesante" - respondió el Maestro con su típico, oblicuo cabeceo.

Mauro sonrió como para sí mismo y luego le pidió a Dora que le pasara el azúcar. Tomamos el café en silencio. Hasta que Mauro reanudó su monólogo pero para concluirlo:

- Esos chiquilines que mencioné - dijo dirigiéndose a mí - también están haciendo interesantes experiencias.

- Hablás como un viejo amargado - dijo Cecilia -. Hay cosas que no están mal.

- Sí, sí - concedió Mauro.

La conversación entre ellos - ahora, y por primera vez en la noche, con la intervención del joven actor - derivó a temas, nombres propios y referencias para mí carentes de todo interés. Además estaba cansada. Le dije a Dora que no valía la pena, podía tomar un taxi pero ella insistió y bajamos juntas después de un rápido intercambio de saludos.

- Tenías razón - dije antes de subir a la motoneta -. Simpático tu amigo Mauro. Y me habló muy bien de vos.

- Nunca voy a ver sus espectáculos - dijo ella antes de arrancar -. Habrás apreciado mi discreción.

La rambla estaba desierta, y los globos de niebla que colgaban de la altas columnas del alumbrado público destacaban aún más la penumbra glauca de la calzada. Era más de medianoche. En la bajada a Pocitos, el auto nos pasó por la izquierda y torció a la derecha cerrándonos el paso. Dora frenó y quedamos a pocos metros del auto detenido. Cuando bajaron los dos hombres Dora ya había manoteado la cartera depositada entre sus pies.

- No te asistes - dijo, manteniendo el motor en punto muerto y el equilibrio de la motoneta con un pie en la calzada.

Los hombres se acercaron sin apuro. Y lo amenazador estaba en esa lentitud (como en un western, pensé). Eran jóvenes, aunque de rostro indiscernible en la penumbra. Todo se precipitó al llegar frente a Dora. Esta, en un gesto que no pude ver, extrajo su mano de la cartera disimulada entre sus piernas y arrojó un chorro de spray a los ojos de ambos. Los dos retrocedieron instintivamente tapándose la cara con las manos y dejando libre la calzada. Dora arrancó y en pocos segundos creó una distancia suficiente como para perderse de vista en el dédalo de las calles adyacentes.

- El hotel es hacia allá - dije cuando reconocí una esquina.

- Nada de hotel - dijo Dora -. Te venís a casa.

Intenté protestar pero en vano. Ella dijo que estos hijos de puta conocían mi dirección y en cualquier momento me iban a esperar en la puerta. Mañana paso a buscar tus cosas, agregó. Tengo un colchón de más.

Pensé que también sabían que estaba en lo de Mauro. ¿La llamada telefónica?

Nuevas protestas de mi parte porque, dije, no era seguro que fuera a mí a quien querían agredir. ¿Además por qué, con qué motivo? Pero Dora se dio cuenta de las verdaderas razones de mi resistencia. Detuvo la motoneta sin apagar el motor; se volvió hacia mí.

- No temas, Sally. No es mi estilo obligar a nadie. Podrás seguir haciendo la misma vida que en el hotel, continuar tu encuesta. No voy a pedirte nada a cambio.

Me sentí mezquina. Dora me estaba ofreciendo protección porque generosamente creía que la necesitaba y yo simulaba reparos que ocultaban escrúpulos de colegiala. Tuve ganas de besarla en las mejillas pero me contuve y balbuceé una fórmula de agradecimiento más neutra y pasiva de lo que hubiera deseado.

Acondicionamos un rincón del living para colocar el colchón.

Carlos remaba con un corto movimiento de los brazos, sin esfuerzo. Había charcos de sol en la bahía.

- Por ahí estaba la chata del Guruyú - dijo con un movimiento de la cabeza - Un poco más allá el barco del Neptuno. En el medio una tierra, es un decir, una tierra de nadie. Dos mundos que se miraban con mutua desconfianza, cuando no con hostilidad.

Yo no había tenido que preguntar: él estaba en el mismo hueco de la escollera. Me había parecido auténtica su alegría al verme.

- Prometí volver.

- Y yo, creo que un paseo en chalana, señorita.

Había recibido la botella de vino como un tributo normal, sin falsa sorpresa y ni siquiera un agradecimiento explícito.

- Veo que sigue en vida - había agregado -. Tal vez algo contusa, pero viva.

- Los indígenas, en mi país, la llaman "uhuyallae".

- ¿Qué, la vida?

- No, eso - y había señalado una piedrita rectangular y negra que colgaba de su cuello.

- Los nuestros: amuleto.

- ¿A favor o en contra?

- Para conjurar el olvido - había dicho con solemnidad fingida.

Al atravesar la escollera, Ulises había amagado seguir a su dueño pero desistió enseguida volviendo a su posición de reposo. La pequeña embarcación, con los remos adentro, estaba amarrada a un abusivo aro de hierro en el sector tranquilo de la bahía.

- Casi un símbolo de la lucha de clases. De moda en ese momento. Por un lado los reos del Guruyú - continuó Carlos sin dejar de remar -, por otro los burguesitos del Neptuno.

- Pero no creo que me haya invitado para hablarme de viejas querellas nacionales. Han pasado algunas cosas, ¿sabe?

- Sé. Por ejemplo sé que estuvo con el Bebe. A ese sí lo conozco. Pero es inevitable, ¿ve?, hay que volver atrás - dijo sentado frente a mí y sin dejar de remar -. En aquella época casi un botija. Primer actor de "La isla", grupo fundado y dirigido por su personaje predilecto, que ya empezaba a modelar su estatua de maestro. Primer actor hasta que fue suplantado por ge, a, ere mayúsculas. No le diré más. Sólo que las carreras respectivas del suplente y del titular desmienten el calificativo de sectario que durante años acompañara cualquier decisión, política o teatral, del fundador de "La isla". El verdadero personaje está desdibujado por ese tipo de contradicción.

- Hace unos días alguien trató de decirme lo mismo. Sin saber nada de mí ni de mis planes - me confié -. Alguien que también me habló de un complot de la secta Moon.

- El nuevo villano. Antes era la CIA - ironizó Carlos -. No es que no lo sean. Pero los ángeles no están donde debieran. Un personaje contradictorio genera también en los demás sentimientos encontrados.

- ¿Por qué quieren que me vaya? - y me sentí estúpidamente desamparada -. ¿Y quienes?

- Ah, eso - dijo y no me pareció sincero.

- Vea este desierto - agregó clavando un remo en el agua y haciendo girar la chalana con pequeños paletazos del otro -. Yo lo conocí lleno de cargueros Liberty y de Correos, de azucareros y allá enfrente, en La Teja, de petroleros. Hacían cola en el antepuerto. Nadie quiere hablar de esos años. Por razones diferentes, tampoco de los que siguieron. Y

están los que reclaman un lugarcito en la resistencia. Muchachos que en el 73 tenían dieciocho o veinte años y ahora hacen valer algún grafiti o un volante en el Vázquez Acevedo. A lo mejor son los mismos que sacaron partido de los años modestamente fastos del boom.

Traté de que fuera más concreto:

- ¿Era un agente cubano? ¿Un disidente del Partido?
- "El pueblo se volcó en la escollera para despedir sus restos", leí en algún lado. No, pueblo ya no se dice más. "La gente se volcó, etc." Contra eso no se puede nada. Muchacha, evite ese tipo de preguntas.

- ¿Cuáles, entonces?
- Las inofensivas, o estadísticas. Por ejemplo, quién es o fue Eladio Linacero, quién el manco Castro. Cuántos kilómetros hasta la casa natal de Eduardo Víctor Haedo o de Eliseo Salvador Porta, para ajustarme a ritmos prosódicos. - Y agregó, con los remos suspendidos en el aire -: No se le ocurra preguntar si el Víctor Castiglioni de la guía telefónica es el inspector que dirigió Inteligencia y Enlace, ni por qué razón las famosas "llamadas" integran el rico patrimonio cultural nacional. Menos aún por qué se continúa festejando el cumpleaños de Juan Ángel.

Hundió los remos en el agua.

- Sabe - dijo -. Creo que nosotros podemos entendernos. Usted y yo. Siga con la encuesta. Cada tanto yo le puedo dar alguna información.

- Hasta ahora.
- No se apure. Además, es su problema - habían aparecido unas rápidas y amenazadoras nubes negras y Carlos echó una mirada circular antes de girar la chalana proa a la escollera -. Sí, alguna información, un dato, un nombre. Mire, no sé dónde puede encontrarla, pero retenga: Lola Recalde, una vieja actriz, pece desde su nacimiento y todavía en la brecha. Ahí tiene material para un buen rato.

Aceleró las remadas porque ya se divisaba una cortina de lluvia por el lado del Cerro.

- Me pregunto dónde andará el cretino ése que utilizó el eslogan patriótico para su película - dijo recostándose después de una remada vigorosa -. Y el otro, el exaltado, el que me puso Carlos. Porque, ¿sabe?, en realidad mi verdadero nombre es Evaristo. ¿El suyo?

Se lo dije, agregando que de todos modos él seguramente ya lo conocía.

- Sí - admitió -. Aunque siempre es mejor que lo diga el propio interesado. Eso crea vínculos, ¿no?

Después de amarrar de nuevo la chalana en el aro de hierro nos despedimos al comienzo de la escollera.

- ¿Va a volver?

- Es posible - dije.

- Los muchachos preguntan siempre por mi novia. No los defraude.

- ¿Lola Recalde? - dijo Dora -. No. Bueno, el teatro y yo. Aparte de Mauro no conozco a nadie.

- Y Cecilia - afirmé.

Como prometido, Dora había pasado por el hotel para recoger mis cosas y desde hace una semana yo estaba instalada en su apartamento. Como prometido, también, no interfería para nada en mis costumbres. Yo trabajaba con mi computadora o salía y ella desaparecía durante el día - estaba de vacaciones - e incluso alguna noche. Esa vez estábamos compartiendo un arroz con sardinas.

Dora levantó la mirada del plato:

- Y Cecilia - repitió insegura de mis intenciones -. Puedo averiguar.

Siguió comiendo con la vista baja:

- Pero es con Mauro con quien tenés que hablar. Me preguntó por vos y quiere mostrarte algo.

Un silencio.

- Dora, esos dos tipos del auto. Cuando estabas en la cocina hubo una llamada telefónica y Mauro mencionó al pasar tu nombre y el mío. Nadie más sabía que estábamos allí.

- ¿Quién llamó?

- La menor idea. Sin duda un amigo de Mauro - y se me ocurrió que podíamos avanzar -. No sería difícil averiguarlo. ¿Mostrarme qué?

- Nunca le comenté lo de esa noche y cómo pudimos escapar - dijo Dora -. Quedamos en que convenía ser discretas -. Y luego de una pausa para encender un cigarrillo: - Sí, no sé, creo que se trata de una casete video, con un reportaje a, bueno ya sabés. Si te parece puedo combinar con él.

Me parecía. Claro que me parecía. Primero porque Mauro me caía bien y sospechaba que era una mina de informaciones. Luego porque un video, formidable ocasión para tener una imagen física y en directo del personaje, algo que me permitiría hacerme una idea sin las ambigüedades o elipsis de intermediarios parciales e interesados.

Se lo dije en términos menos entusiastas aunque sin ocultar mi interés.

- Muy bien - dijo Dora -. Sé que está disponible en estos días. ¿No te importa ir sola? El tema no me interesa tanto. Y con Mauro, lo habrás adivinado, no hay nada que temer.

Simulé ignorar su alusión porque detestaba ese tipo de comentario algo intrigante y cómplice. Además quedó inmediatamente relegado por la urgencia de una curiosidad acentuada por las palabras de Dora. Nada especial a señalar en esa breve conversación que sólo sirviera de excusa o preámbulo a esta tarde en el apartamento de Mauro.

Antes, en el taxi que me llevaba hasta el puerto del Buceo, abrí la carta enviada por Ulive. Hacía ya unas tres semanas le había preguntado si tenía alguna información sobre el relato de Jan y la supuesta encarcelación de mi personaje en Colombia.

Su carta, fechada en Caracas, expresaba una gran indignación, y acusaba a Jan de "mezquinamente tratar de hacer méritos sabe Dios ante quién", de falsear la realidad con "canallesca mitomanía". Agregaba que "me molesta profundamente que se mencione a la ligera el nombre de los jímagas la Guardia - uno muerto y el otro infinitamente encarcelado ". Su indignación no ahorraba la "gusanera mayamera" que sacara vilmente partido de un episodio "que incumbe exclusivamente a los cubanos y que ellos han manejado como consideraron correcto". Dice entristecerse por el hecho de que "el nombre de mi maestro sea vinculado, aunque ambiguamente, a algo

tan repugnante como el narcotráfico. Él fue sobre todo un humanista". (...) "Lo que sí es cierta, y en eso estimo ser testigo de excepción, es la devoción que demostrara por Cuba desde el año 59. Recuerdo que, con esas metáforas clásicas en que le gustaba incurrir a veces, dijo en más de una ocasión que se sentía como Anteo, el hijo de Gea, que, cuando caía en el ardor del combate, el contacto con su madre lo vigorizaba y le permitía seguir luchando con renovadas fuerzas. 'Así me pasa a mí con Cuba', decía con su sonrisa amplia y sabia. Creo que un hombre de esa dimensión no puede ni debe ser ensuciado con calumnias."

Las últimas líneas dejaban constancia del respeto por mi trabajo pero me recomendaba seleccionar las fuentes con más rigor. Seguía a mi disposición para otras saludables rectificaciones.

Subí hasta el décimo piso y casi sin preliminares Mauro maniobró todo lo necesario antes de sentarse a mi lado en el sofá y frente al televisor.

- No quiero influir su opinión - dijo -. Mire y saque sus propias conclusiones.

Sobrio decorado de estudios. Una mujer elegante y competente hizo una presentación somera de su entrevistado; el entrevistado, a su vez, fue encuadrado por la cámara. Bueno, después de la primera, terrible y por lo tanto subjetiva imagen del personaje, ahora tenía la segunda, captada unos diez años antes, serena imagen de un hombre aparentemente lúcido y en perfecta salud. Miraría, claro que iba a mirar. Con tenacidad, tal vez terminaría viendo.

Sentado frente a una mesa desnuda, con los codos apoyados en la fórmica y las manos enlazadas rozando su mentón, el hombre había escuchado las palabras algo convencionales que personalmente le concernían. Ahora la periodista se dirigió directamente a él

preguntándole si estaba de acuerdo con su breve reseña biográfica. El hombre separó las manos y lentamente se recostó en la silla:

"Un martes 23 de febrero, en la ciudad de Nuestra Señora de Guadalupe, nació un niño bautizado Américo Celestino... En realidad mi historia comienza como una novela de Eugenio Sué. Pero en esa época no existía la televisión."

- ¿Por qué entonces Atahualpa?

"Más tarde, siendo ya futbolista, empecé a escribir versitos. No quedaba muy bien que el capitán de Liverpool los firmara con su nombre. Por eso elegí el seudónimo".

- Que en lengua quechua quiere decir "pájaro de la dicha".

"No soy tan presuntuoso: yo no sabía".

- ¿Tampoco que no sería en la poesía sino en el teatro donde haría carrera con el seudónimo?

"Oh, carrera...".

- Porque usted es un maestro. Un maestro reconocido, respetado.

"Seamos un poco más cautelosos. Sí, he hecho algunas cosas que no me avergüenzan demasiado. Usted sabe, señora Borges, el país es chico, se exagera mucho".

- Nadie va a creerle. Aunque sí, justamente, usted sabe que nadie va a creerle.

"Me sobreestima".

El diálogo valía más que el texto. Porque estaba la imagen. Cada vez que la cámara se detenía en el rostro del entrevistado, que aguardaba fija un silencio calculado, una pausa, que su inmovilidad revelaba esa imperceptible cesura en la locución o un más perceptible gesto resignado de las manos, las palabras o ese mismo silencio se encargaban de desplazar el sentido a una zona ambigua donde todo

tenía un leve tono falso, como si el texto fuera subalterno a sus intenciones, cediera a ese imperativo código visual.

Era un intercambio desigual. La periodista sintió el peligro y corrigió el tiro.

- En todo caso, algunos de sus camaradas y amigos no. "Entre la palabra del compañero Atahualpa y la mía, deben aceptar la suya", dice Julio Rodríguez en un reciente comunicado a la prensa.

"Quiero creer en un malentendido".

- Pero usted habló de un abuso, de una canallada, porque invocaron su nombre sin su autorización.

"Más que mi modesta persona, lo que está en juego es la unidad del Partido y del pueblo".

- Eso se parece más a un eslogan que a una respuesta. "Otro incidente como este y se me encontrará entre una capa de basalto y una de arenisca", culmina Rodríguez en su comunicado. Los malentendidos en los cuales usted quiere creer no se expresan, en general, con acentos tan melodramáticos. ¿Es que esa unidad que menciona debe hacerse a riesgo de acosar a un antiguo camarada hasta esos extremos lamentables?

Un silencio que la cámara acentuó con el primer plano de un rostro súbitamente fatigado.

"Sobre errores puede discutirse; a un cierto nivel de deshonestidad personal, la conducta, en cambio, es inexcusable. ¿Acosar, dice? ¿Se olvida de que el agraviado soy yo? ¿Que con un manotazo - la supuesta firma - se pretende que reniegue de convicciones que han sido las mías durante más de cincuenta años? ¿Y que aún siguen siéndolo?".

La periodista supo que había golpeado justo, y sentada al otro extremo de la mesa dejó crecer la pausa sin un gesto. La cámara no abandonó el rostro del entrevistado.

"Le concedo, señora Borges, le concedo sentirme un poco avergonzado por el hecho de que algunos de mis antiguos camaradas, como usted dice, simplemente me creyeran capaz de suscribir semejante documento. Pero en el fondo se trata de un problema que no vamos a resolver aquí, entre usted y yo, en un estudio de televisión".

- ¿Dónde entonces?

"El partido tiene sus propios canales de discusión".

- Quiere decir que es un problema estrictamente interno.

"Definir una línea política no es un asunto tan privado, sin consecuencias externas".

- La prensa habla de crisis. Por un lado una rígida posición ortodoxa; por otro, los renovadores.

"La prensa, la llamada 'prensa grande' tiene, como decimos en el teatro, el físico del rol. Y se sabe la letra de memoria. Le ruego me crea, señora Borges, si le digo que esas palabras - crisis, ortodoxia, renovación - no me asustan demasiado. He tenido que soportar otras. Aunque, por supuesto, descarto que haya sido su intención".

- Gracias.

"Mi modesta experiencia me recomienda desconfiar del uso desinteresado del lenguaje. No es para nada inocente el hecho de que algunas posiciones de compañeros se definan, desde fuera, como ortodoxas o renovadoras".

- ¿Desde fuera? ¿Fuera de dónde? No del Partido. Esas corrientes se autodefinen como tales. Usted no puede ignorarlo.

"De ser así es todavía más grave".

- Es así.

"Más grave porque entonces se da la espalda a lo esencial del problema. Porque, en definitiva, ¿a dónde se nos quiere llevar? ¿A aceptar el proclamado fin de la historia, la pretendida desaparición de

las ideologías? ¿Es que debemos adaptarnos, es decir legitimar estas no tan nuevas formas del llamado mundo neoliberal? ¿Someteros a sus métodos e incluso - y me parece muy importante que los compañeros lo comprendan -, incluso a sus reglas de juego y a los espacios donde aplicar esas reglas de juego?".

- Atahualpa, disculpe, pero esos reproches sí que no parecen muy nuevos.

"Justamente, porque no lo son se nos quiere hacer creer que se trata de una fatalidad, algo que debe eternizarse y debe ser aceptado - fíjese qué aberración - por las propias víctimas de la situación".

- "Se nos quiere hacer creer". ¿Quiénes?

"Por favor, señora Borges. Usted no desconoce la noción de ideología. Y su aplicación".

La periodista avanzó su cuerpo en la silla y apoyó los brazos cruzados sobre el borde de la mesa.

- La historia reciente - no hablo del incidente del documento ni del XXII congreso y el problema Jaime Pérez -, la reciente historia del campo comunista en general y de la URSS en particular autoriza a pensar que son experiencias que han cumplido su ciclo con secuelas aún incalculables, por lo menos en lo inmediato. Como no lo intimida la palabra "renovación", lo que es una ventaja para avanzar en el diálogo, me parece legítimo hacerse dos preguntas. Una: cómo, sin repetir errores anteriores, elaborar una línea política para el futuro que tenga sobre todo en cuenta esas enseñanzas; dos: si se descarta "renovación", qué otro concepto puede forjarse para definir un reajuste de fuerzas y un proyecto de actividad más o menos inmediata. No aspiro a revelaciones de la discusión interna en curso; me dirijo al viejo militante político preocupado por el porvenir de su partido y de su pueblo, para decirlo con sus propias palabras.

El entrevistado hizo un movimiento exactamente inverso al de la periodista: de su posición con el cuerpo adelantado y los brazos apoyados en la mesa, pasó a reclinarse en el respaldo de la silla tomando la mayor distancia posible con su interlocutora. Respiró profunda y teatralmente echando la cabeza hacia atrás.

"No sé si estoy en condiciones de responder a esas preguntas puntuales. En cambio tal vez podría intentar, siempre que esté de acuerdo, hacer un rodeo por una lectura reciente que si bien no aporta muchas novedades tiene al menos el mérito de recordar ciertas cosas que sigo considerando esenciales. Aunque, algo apresuradamente me temo, algunos hayan decretado que ya no lo son. El poder, por ejemplo. El libro habla de eso".

Retomó su posición anterior. La cámara enfocó en primer plano dos largas manos posadas abiertas en los antebrazos; subió hasta el rostro noble y como tallado en una madera pálida.

"Antiguo como el mundo. El tema. Y uno podría simular sorpresa, no porque haya dominación - de una persona sobre otra, de un sexo sobre otro, de una clase sobre otra - sino por el hecho de que esta dominación sea aceptada o tolerada por los dominados, a pesar de que sólo puede procurarles sufrimiento, humillación o pobreza. El libro intenta analizar algunos de los mecanismos que ya no dejan de la sorpresa sino el simulacro. Espero no aburrirla".

- Para nada. Pero no veo muy bien a dónde quiere llegar.

Nuevo repliegue hacia el respaldo de la silla; otra aspiración profunda y una mirada que vagó sin convicción por el estudio hasta posarse nuevamente en la periodista.

"Un mito sustituye a otro. Tuvimos el de la modernidad, recuerde: la razón, la técnica, el progreso, la libertad. Ahora, el de la post modernidad. Forjado por los mismos, es decir por aquellos que están

en los centros de poder. En su lenguaje, la razón debe emanciparse, también la libertad, la humanidad debe enriquecerse a través del progreso de la tecnología capitalista. Sea. El decretado fracaso del mito moderno, con su pretensión de unidad, de universalización y de totalidad, abriría entonces las puertas a la tolerancia, a la pluralidad y a la verdadera libertad. Simplifico, claro. Pero no creo desvirtuar. La historia judeo-cristiana, el hegelianismo, el aporte del Siglo de las Luces, del positivismo, del marxismo, figuran en el balance como prácticas y conocimientos sospechosos que, aunque parezca contradictorio, terminaron legitimando la cohesión social y, horror supremo, inspiraron utopías revolucionarias. ¿Quiénes son los destinatarios de este discurso? No voy a ofender su inteligencia simulando dudar sobre quienes no lo son. El autor aporta cifras. Un detalle: en algo así como en 70 países donde viven cerca de mil millones de personas, el nivel de consumo es actualmente inferior al de hace 25 años. Que, por cierto, no era muy brillante. Sería una broma, ¿no cree?, pero una broma de pésimo gusto, hablarle a esa gente de tolerancia y de pluralidad".

- Hay compañeros suyos que no tienen esos escrúpulos.

"Ese discurso lo escuchamos aquí, sí, es cierto. No sólo entre algunos compañeros que, sin dudar de su honestidad, creo están un poco despistados, sino sobre todo entre los conocidos teóricos del neoliberalismo".

- "Un poco despistados" es un piadoso eufemismo. Cuando el incidente del documento y la firma, usted declaró a la prensa que le daba vergüenza ver su foto junto a personas que no procedían con su misma lealtad. Y esas personas son, o han sido hasta hace poco, camaradas de partido. Me refiero al ingeniero Massera y al doctor

Alberto Grille. ¿Es que de pronto se han convertido al nuevo mito que usted, Atahualpa, acaba de denunciar?

El entrevistado se movió en la silla, como si buscara una posición más firme y cómoda; terminó cruzando los brazos frente a él en el borde de la mesa y se inclinó hacia adelante.

"Hace años, eso pasó bastante antes de que usted naciera, hace añares, en el predio donde ahora está el estadio Martínez Monegal en Canelones, íbamos a jugar un amistoso contra el Bristol. No tiene por qué saberlo pero en esa época, en la campaña, debíamos pagar nosotros mismos los zapatos y hasta las camisetas. Y una pelota de fútbol n° 5 era un lujo, tenía su dueño exclusivo. Bueno, el dueño, esa vez, no logró que lo pusieran en el puesto en el cual quería jugar. ¿Sabe qué hizo? Se puso la pelota bajo el brazo y se fue. No hubo partido. Ahora, por suerte, no pasan esas cosas. Las pelotas de fútbol dejaron de ser una propiedad privada. Más aún, ya no tienen propietario. Algo que algunos se resisten a aceptar, como si todavía fuera posible ser dueño de la pelota".

- ¿Ese es el conflicto? ¿Realmente un conflicto de poder?

"Voy a contarle otra anécdota. Es más reciente, me pasó hace poco. Usted sabe cuáles son mis relaciones con Cuba, con la revolución cubana. Bueno, yo había terminado de dar unas charlas por el norte de América Latina, unas charlas de teatro, porque en definitiva yo soy eso, un hombre de teatro... ".

De pronto entraron a cuadro dos figuras, dos hombres jóvenes, que se colocaron a cada lado del entrevistado, quien se interrumpió adoptando una posición hierática en la silla. Uno de los jóvenes desdobló un papel que traía en la mano y comenzó a leer:

"Frente a las dificultades para hacernos escuchar, y a la imposibilidad de acceder a los medios de difusión audiovisual, nos vemos obligados

a utilizar métodos que no son los nuestros habituales. Cuando el canal anunció la entrevista con el compañero del Cioppo, hicimos gestiones para que se nos incluyera en el diálogo, teniendo en cuenta la actualidad de los temas a desarrollar y el carácter polémico de los mismos. La dirección del canal nos informó que no sería posible por la rotunda negativa del compañero del Cioppo, que puso como condición previa a toda entrevista ser el único participante. Los abajo firmantes de esta declaración dejamos expresa constancia de lo siguiente...".

Desapareció la imagen. Se escucharon ruidos diversos y la pantalla fue atravesada por líneas blancas y varios resplandores de luz hasta la total supresión de todo signo.

Mauro apagó la televisión.

- Lo que acaba de ver nunca fue difundido - dijo -. No era en directo sino una grabación. Por supuesto, los muchachos que invadieron el estudio lo sabían. Pero era la primera señal de una amenaza que se repitió en otros términos y que obligó al canal a dejar todo en suspenso. Que yo sepa, esta es la única casete.

- ¿Puedo verla otra vez?

En realidad lo dije sin pensarlo. Tal vez porque había quedado algo defraudada. Menos por el diálogo en sí, por lo que estaba en juego, que por la incómoda sensación de que a pesar de haber estado atenta a la vivacidad y a la ironía del personaje, a un cierto efectismo, a la conciencia de su autoridad y a la coquetería de disimularla, había descuidado algún detalle quizá irrecuperable con relatos de terceros. No sabía muy bien qué.

Mauro parecía divertirse, dijo por supuesto y reanudó la maniobra para repasar la casete.

Cuando la pantalla volvió a llenarse de rayas y puntos luminosos hasta la definitiva desaparición de toda imagen, supe muy poco más. Y

ese poco se deshilachaba cuando pretendía atraparlo con palabras. ¿Cómo definir la impresión de que el entrevistado abría las manos o se movía en la silla, hablaba, guardaba silencio o se inmovilizaba a un ritmo desajustado a las convenciones de una conversación cualquiera? Habría que imaginar un filme donde los fotogramas pasan de 24 por segundo a 20, a un actor que se hubiera propuesto copiar los tics del personaje exagerándolos apenas, o a ese mismo personaje en tren de caricaturizarse a sí mismo. Toda réplica parecía la culminación de ensayos previos; cada gesto, la aprobación de reiterados espejos. El personaje fascinaba, aunque no lograba convencer completamente.

En otros términos, lo comenté con Mauro. Sonrió y luego, enigmáticamente:

- Tibio, tibio.

Mi Rey:

Hoy no estuviste en mi camino, y se apodera de mí el desasosiego. Yo sé que nadie puede entender de qué secreta urdimbre se nutre nuestra afinidad. No comprenden, por supuesto, que cuando transcurre el tiempo y no te veo, me basta con salir a la calle, con recorrer nuestra ruta reservada. Antes me decía: ¿encontraré a mi Rey? Ahora ya ni me lo pregunto, pues todo obedece a una voluntad superior. Nos ha ocurrido tantas veces! Evoco aquella primera, pletórica de augurios, cuando columbré tu silueta espigada atravesando, en lucha desigual con el viento, la Plaza Independencia. Corrí tras de ti locamente, como una niña insensata, como una cierva perseguida. Nos fuimos a mi pequeña habitación de la Ciudad Vieja y te cebé unos mates. "Memorables" dijiste, y te lo creo. Luego, sin pensarlo dos veces, impulsada por un instinto ciego, me refugí en la advocación de Juana y empecé a recitarte con voz temblorosa: "Tómame ahora que aún es temprano y que llevo dalias nuevas en la mano". No me dejaste continuar. La pasión se apoderó de ti como un fuego y me hiciste tuya. Me inundaste de felicidad "cuando tu llave de oro cantó en mi cerradura", al decir de la Divina Delmira.

Hoy estoy sola en este mismo cuartito donde nos amamos tan pocas veces. Todo está en orden: el cobertor de lana que tejió mi madre, las fotos de las poetisas tutelares en la pared y mi cama, que alguna vez fue un roble. Soledad propicia para poner orden en mi interior, para atreverme a decirte todo lo que siente mi alma en desconsuelo. Porque hoy no estuviste en mi camino y todo me sabe a mal presagio, a agüero perverso, a infortunio. Salí sin rumbo como tantas otras veces que nos hemos encontrado sin citarnos, porque entre tú y yo impera un sino que no sabe de relojes ni de esquinas. Me dejé llevar por el ritual repetido: tomé el primer ómnibus que decía Aduana, llegué hasta el final de su destino y empecé a desandar el trayecto, por Sarandí, rumbo a la Plaza Independencia. Era una de esas tardes soleadas y frías, tan típicas de esta ciudad que no logro sentir mía. Poca gente en la calle, apurados, y un viento cortante a ratos. Pasé por la oficina de Piria y vi en el fondo, sentado, trabajando, al muchacho ese de bigote que a veces escribe en "Marcha". Dicen que es poeta, pero me pregunto qué poemas se pueden escribir si uno se pasa la vida metido en una oficina. Para mí la poesía es otra cosa, tú bien lo sabes. Tú me has comprendido como nadie, permíteme que te lo diga aunque sé que tu infinita modestia rechaza por pudor el elogio. Pero tú, que también eres poeta aunque

tan recatado a la hora de mostrar tus rimas, tú entiendes como nadie que para mí la poesía es savia nutritiva y renovante. También lo comprendieron con diáfana plenitud mis amigos y amigas del Grupo Melpómene. En tertulias invernales, rociadas con vinos muy nobles, no nos cansábamos de hablar de la musa epónima y sus avatares. Ellos se encargaron además de comunicarme enseñanzas cardinales: allí aprendí la importancia de la lira, del cosante y la sextina, del pie de romance y la sinéresis. Pero nada se compara con mis peregrinaciones anhelantes hacia 8 de Octubre, donde fui recibida más de una vez, donde hallé un aliento que tanto necesitaba. Pero no quiero hablar de mí sino de ti. Tú eres un poeta exelso y bien lo sabes. Es a la Poesía a lo que debes dedicarte y no perder tu tiempo en el teatro, aunque reconozco que sin el teatro no te hubiera conocido. Pero detesto el teatro porque te aleja de mí. Además, nadie reconoce tu inmenso talento, nadie te agradece las horas de insomnio, tus ensayos que se prolongan hasta las más altas horas de la madrugada. "Le gusta ensayar tarde porque no se tiene que levantar a trabajar al día siguiente", dicen algunos. Mucho me duele contarte esto, pero debes saberlo. A otros, que se llaman en público tus discípulos y admiradores, les oí farfullar una noche en ese bar detestable llamado Facal: "No sabe mover las obras, todos los días nos cambia las indicaciones. Cuando la pieza mexicana tuvo que mover de nuevo todo el segundo acto la noche antes del estreno y le siguió quedando mal. Se cree el Juan Mondiola del teatro y les lleva la carga a todas las actrices, o al menos a las que están buenas". "Pero no es tan exigente", terció un morocho enclenque de rostro aceitunado mientras sorbía un té con leche. Estos pobres canallas sólo sirven para que evoque los admirables versos de aquel poeta argentino: "También ríen en los charcos los inmundos renacuajos cuando rozan el plumaje de algún cóndor que cayó".

No tiene sentido que sigas haciendo teatro, te lo dije bien claro después del estreno de aquella ridiculez futbolística y folklórica llamada "El centro-forward murió al amanecer". Ya el título lo dice todo. Recuerdo que la poetisa fue categórica la vez que le sometí un modesto poemita mío donde evocaba la hora de la siesta en mi pueblo natal. Me dijo: "Si empiezas cayendo en el folklore terminarás imitando al Viejo Pancho". Santas palabras que no eché en saco roto.

Pero en estos días mi musa se despierta exangüe. Sé muy bien lo que pasa y quiero decírtelo. Pasé por el Aula pero no viniste. Me crucé con el pequeño Meneses (sabes que me resulta imposible usar una palabra tan palurda como petiso) y me aseguró que te había visto bajar por Sierra rumbo a la Casa del Partido. "Tenía que ver a Arismendi", agregó dándose aires de importancia. Desgarrada y solitaria volví a mi cuarto y me he puesto a escribirte.

Muchas veces te he dicho que tengo poderes, y tú sonrías. Es lástima que tus convicciones filosóficas no te permitan ni siquiera tratar de entender que la vida tiene un sentido hermético y oculto que pocos llegan a vislumbrar. ¿Cómo explicar, sin ir más lejos, nuestros encuentros casuales en 18 o Sarandí? No me jacto de clarividente pero a veces sé cosas que nadie sabe. A pesar de tu sonrisa, a pesar de que me haces sentir una niña con tu mirada paternal y protectora, sé que me escuchas y tal vez muy en el fondo te dices que tal vez haya algo de cierto en mis palabras.

Ahí está, por ejemplo, mi poema "Metempsicosis", que te pareció tan interesante. Allí digo lo que sé sin dudar: que estuvimos juntos, primero, en la corte de los faraones de Egipto; que luego, en la Edad Media, fuimos una feliz pareja de labradores a la vera del palacio del Rey Arturo, nuestro señor; que subimos juntos al patíbulo en París, a fines del Siglo XVIII. Esta de ahora es sin duda nuestra reencarnación menos feliz. Yo no soy más que una poetisa tímida y trémula que llegó, guiada por el Hado, al Aula de Arte Escénico que tú dirigías. Allí te encontré, resplandeciente e inmenso. Sentí de inmediato que se trataba de una cita con el destino. ¿Qué viste en mí? Mis trenzas negras ceñidas en torno a mi frente, mis ojos "profundos y oscuros" como te lo oí decir más de una vez o mi voz que, según tú, fue lo que te indujo a aceptarme como alumna. Pero yo no quiero ser actriz, nunca lo quise. Llegué allí de la mano de un azar misterioso y ahora ese mismo sino cruel decide por mí.

Que no te sorprenda cuanto sé. Acéptalo. Veo que hay otra actriz en tu vida, una muchacha de formas generosas que conociste cuando dirigías la obra de Chéjov o Gorki, no recuerdo bien. Nadie me lo contó, no me lo dijo Dervy, yo lo adivino. Tal vez ella, dichosa, sea la encargada de acompañarte en el próximo tramo de tu vida. ¿Qué puedo hacer? Cederle mi puesto, hacerme a un lado. Me esperan momentos muy amargos, por eso prefiero poner espacio entre nosotros. Retorno a mi lar nativo, a Sarandí del Yi. Allí, en contacto con la agreste naturaleza de la campaña uruguaya, con sus colinas y sus torrentes, esa naturaleza que tú conoces en tu Canelones natal, quizás allí mi inspiración se reavive y reverdezca.

De todos modos quiero que lo sepas todo. En mi tierra de origen un amigo de la infancia, Danubio de nombre y estanciero de profesión, me solicitó más de una vez en matrimonio. Me negué siempre porque te intuía en algún recodo de mi existencia. Ahora, cuando hay que quemar las naves y recomenzarlo todo, surge de nuevo su nombre. No sé si aún me estará esperando, no sé qué habrá sido de él. Pero tal vez Danubio sea - y esta vez me falla la clarividencia - el puerto de destino, el final de este largo viaje, quizá sin regreso.

Me he puesto a llorar y no quería. Tuve que interrumpir y tomar unos traguitos de grapamiel, mi bebida favorita como tú bien sabes. Nunca logré que te gustara, tu virilidad agreste prefirió siempre sabores más ásperos.

Será mejor terminar aquí sin despedirme, pues nosotros seguiremos encontrándonos en otros tiempos y otros mundos

El sábado que viene llegaré hasta la Onda con mis valijas llenas de poesía. Antes habré entregado a Adela esta carta, tan torpe, tan sincera, tan tuya. Mi alma va en el sobre, que lacraré cuidadosamente para evitar tentaciones indiscretas. Ella se encargará de entregártela. Ahora mi alma vaga buscándote en el Montevideo nocturno, está a tu lado tal vez en un ensayo, en tu casa de la calle Paysandú, adonde nunca me invitaste y lo comprendo, o quizás en compañía de otra a quien no odio ni envidio. Yo seguiré viéndote desde arriba, desde mi estrella, aunque mi cuerpo se aleje. Cuerpo, alma, pasado, futuro, todo habla de ti. Como mi poesía. Te entrego, como regalo de despedida, mi soneto final.

Sin ti

*No es el decir adiós lo que más duele
sino en cuáles senderos extraviarme,
qué otras manos vendrán a acariciarme
cuando herido mi estro ya no vuela.*

*Sin ti la inspiración ha de fallarme
aunque a las musas sollozando apele,
sola cual ostra habré de arrodillarme
cuando tu cruel ausencia me desvele.*

*Caminaré sin rumbo, sin sentido,
porque tu luz ya no estará encendida;
arrastrando este amor tan malquerido,
gimiendo como loba enloquecida,
sabiendo, como siempre lo he sabido,
que sin ti ya la vida no es más vida.*

Gracias por tu amor, por los momentos juntos. Y por toda la gracia recibida.

Hasta aquí la carta. Adjunta a la misma, una página firmada Sylvia Lago en la cual advierte que la carta se encuentra en un sobre marrón

claro, tamaño oficio, en cuya parte posterior tiene escrito el nombre de la poeta y, más abajo, una serie de números que corresponden a su ubicación en el archivo.

"Se trata - escribe - del Archivo Roberto Ibáñez de la Biblioteca Nacional del Uruguay, en Montevideo. Su contenido fue entregado, al parecer, por familiares de la poeta luego de su muerte. Consiste en sesenta hojas manuscritas y llenas de correcciones, parte de los originales del libro "Sonetos sin ti". Hay también un ejemplar amarillento de dicho libro, en cuyo colofón se indica que fue impreso por la Editorial Melpómene, Sarandí del Yí, Uruguay, sin fecha. Dentro del libro hay unas flores aplastadas de las que se llaman nomeolvides. Hay también una breve carta firmada por Juana de Ibarbourou, que felicita a la poeta por la aparición de su libro, un pequeño relicario de metal que contiene un mechón de pelo cano y la carta reproducida.

Nadie sabe cómo ha llegado hasta ahí, pero se aventuran algunas hipótesis: 1) Se trataría de un borrador o de una copia de la carta enviada; 2) Se trataría del único original que, o bien no fue enviado o bien fue devuelto a la remitente por razones que se ignoran. La carta no tiene fecha, pero varios filólogos del Archivo coinciden en ubicarla circa 1958.

Me permití sacar una copia de la carta porque Idea me había hablado de usted y de su trabajo de investigación sobre el destinatario de la misma. Creo que, por muchas razones, tiene un inestimable valor documental. Se la envío con la esperanza de que le resulte útil.

Reciba el saludo y los estímulos de una colega
Sylvia Lago".

- ¿Se te pasó el susto?

Le apreté levemente el antebrazo como única respuesta. Sí, casi había pasado. O simplemente me estuve acostumbrando al miedo en esos dos días encerrada. Ahora, con Dervy manejando su Volkswagen por una avenida Millán desierta y amplia, la reciente experiencia empezaba a ser relegada en el recuerdo como una desagradable pesadilla. Le estaba agradecida por el hecho de que al subir al auto no me hubiera recibido con algún reproche del tipo "ya te lo había dicho" o "te lo buscaste". No, él había abierto la portezuela en silencio en esa esquina de Camino Castro y Mauá, y al reconocerlo en la oscuridad me apresuré a subir. A pesar de que mis guardianes me habían depositado en esa esquina después de prometer que alguien se encargaría de trasladarme al centro, yo no estaba para nada convencida. Por eso cuando el auto se detuvo y vi que se trataba de Dervy corrí los pocos metros que me separaban de él. Era el fin de mi pequeña aventura. Hubo la seguridad de su presencia y yo sólo atiné a responder apretándole levemente el antebrazo.

Confusamente culpable, no sabía cómo romper ese silencio artificial. Fue él, de nuevo, quien se encargó:

- ¿Comiste algo? ¿Tenés hambre?

Yo no había sido maltratada, y la muchacha que me cuidaba se encargaba de tranquilizarme después de los interrogatorios. Unas horas antes de liberarme me habían servido una sopa con fideos.

- No, no - dije aliviada. Y luego -: ¿Cómo supiste?

- No, Sally. Yo no supe nada. Alguien me llamó hace un rato por teléfono, fijó lugar y hora, dio tu nombre. Sólo obedecí. Ni siquiera sabía

de tu ausencia en lo de Dora. ¿Cuánto? ¿Dos días, tres? Sos grandecita y ya ves.

Olvidé el reproche y confesé haber tenido miedo. Sobre todo cuando sin tiempo para defenderme o siquiera gritar fui empujada con brutalidad dentro del auto. Después, dije, ya encerrada en esa pieza, un poco menos. Porque las amenazas me parecieron poco convincentes. Muy improbable la eventualidad de aparecer flotando en un arroyo o sentada sobre un hormiguero.

- Bromistas - dijo Dervy -. ¿Pero de qué hablaron? O qué querían, qué te obligaron a decir.

- ¿Qué? No, ningún secreto a revelar. Ellos tenían una lista de cargos, o lo que para ellos eran cargos contra mí: Jan, Reinberg, el pobre Carlos, Mauro Mieres, tu amigo Dagama. Sabían hasta de las cartas de Ulive. Contra eso no podía hacer nada. Luego me dijeron - o repitieron, porque ya lo había escuchado en otras oportunidades - que dejara tranquilo y en paz al Maestro. Que terminara con todo ese juego y que tomara el primer avión para Sydney. Ahí aparecieron el arroyo y las hormigas. Pero como te dije, sin convicción alguna.

- ¿Qué vas a hacer?

- ¿Quiénes son, Dervy? - dije sin escucharlo -. ¿Por qué se sienten amenazados por mi encuesta?

Porque no se trataba de la estúpida defensa de un mito. Había algo más. Y recordé que el último en entrar a la pieza para hablar conmigo, un hombre de unos sesenta años a quien nunca había visto, un intelectual pensé después, utilizó un discurso diferente. Me sorprendió porque del mismo surgían aspectos para mí inéditos del personaje. Habló de algo así como de "la línea rota de su historia", como si Atahualpa hubiese sido - y mi memoria trata de ser fiel a sus palabras - una especie de Ulises trágico que, de errancia en peregrinación, llegara

a puertos abandonados o poblados de barcos fantasmas, se agotara en la búsqueda de lo que hace el misterio de la existencia, es decir - recuerdo que dijo - esa magia envolvente y terrible que nos impide pasar por puertas sin embargo abiertas, que no nos deja recibir mensajes no obstante enviados, que nos mantiene encerrados en celdas sin barrotes, que nos disuade de beber en una fuente que sin embargo fluye al alcance de nuestra boca. Yo hubiese querido retener más de esa entrevista, pero me perdía un poco en ese torrente de imágenes, y si recuerdo algunas estoy segura de haber perdido otras, acumuladas creo deliberadamente para desplazar al personaje fuera de su historia, para disipar su comprensión, pues la suma de fragmentos que finalmente yo pudiera recoger estaría ya desvinculada de su vida, de la misma forma en que los residuos descubiertos por el reflujo de la marea sólo evocan una ausencia, no el núcleo central que los reuniera.

Como Dervy mantuvo silencio ante mi pregunta, traté de reconstruir para él esa última entrevista, agregando la sospecha reciente de que todo el discurso había sido una forma más sutil, más inteligente, de disuadirme de continuar buscando datos que me acercaran a la realidad del personaje.

- No lo dijo - dije -, pero fue como si hubiese tratado de borrar las huellas, de crear pistas falsas, de convencerme de que yo también, como su errante Ulises, estaba corriendo detrás de un fantasma.

- ¿Usaba lentes gruesos? ¿Tenía el pelo largo, lacio y canoso?

- Sí. Y hacía esfuerzos para ser amable.

- Un renovador - dijo Dervy sin otra explicación -. Un postmoderno.

Un rato después, en un café céntrico y mientras yo no me había aún recuperado de mi reciente experiencia, me preguntó si estaba enterada de la visita del Bebe, si sabía de un proyecto de viaje a Montevideo.

Como respondí no con la cabeza, él hurgó en el portafolio que siempre lo acompañaba y extrajo un periódico prolíjamente doblado. Me mostró una foto. En la misma se veía a un hombre de cierta edad y ojos brillantes que miraba desafiante hacia adelante, a pesar de que dos policías uniformados lo conducían por ambos brazos. No supe qué decir.

- Pasó ayer - aclaró Dervy -. El diario es de hoy de mañana. ¿No lo reconocés?

Volví a mirar pero no. Seguía pensando en otra cosa.

- Debe ser porque se afeitó el bigote. Pasó mientras ustedes discutían de la, ¿cómo dijiste?, línea-rota-de-su-historia. Un comando: él, Raquel y cuatro mexicanos.

Ah sí, sí, era el mismo Bebe que había conocido unas semanas antes. El mismo fulgor en la mirada, los mismos rasgos tercos y vehementes en la cara, pero sin los bigotes asimétricos.

- ¿Qué comando, Dervy?

Habíamos terminado el café y él, sin consultarme, pidió dos cognac.

- Ayer de tarde y duró poco más de una hora - dijo después de alzar la copa remedando un brindis -. Ya lo tenían preparado, porque habían llegado al país esa misma mañana. Aunque el único que entró al hall y se presentó ante la boletería fue el Bebe.

Yo no sabía muy bien qué decir. De modo que seguí callada.

- Bueno - se decidió Dervy -. Es la versión de Ñatita, además versión parcial, y cuando yo llegué todo había terminado. Según Ñatita, ella lo reconoció enseguida. Se abrazaron y todas esas cosas. No había nadie más en el hall, y el Bebe, después de asegurarse por la propia Ñatita de que la sede, arriba, estaba desierta, sacó un teléfono portátil del bolsillo y habló brevemente con alguien. Más bien dio una orden, dijo ella. Pero como luego fue obligada por el Bebe a encerrarse en la

boletería, tuve que procurarme otras fuentes de información para tener una visión completa de todo el asunto.

Bebió otro sorbo de cognac, me preguntó si estaba cansada, pues yo había pasado un par de días penosos y tal vez lo mejor era que me acompañara hasta Barrios Amorín. Como respondí que no, cansada no, y además quería saber la continuación, dijo nuevamente bueno y desplazó en varios sentidos el pocillo y la copa en la mesa como hacen a veces algunos oradores antes de una disertación.

- Todo planeado - dijo -. Imaginate, teléfono portátil y a una hora en que el teatro está desierto. Aunque no podían saber que parte del elenco estaba ensayando en la sala principal. O a lo mejor lo sabían y no les importó. Parece que los mexicanos y Raquel esperaban afuera, en la vereda, a que el Bebe les diera la orden de intervenir. Porque después de haber recibido la llamada, dos de ellos y Raquel subieron a la sede, donde no había nadie, y ocuparon las salas Cero y Atahualpa. Los otros dos se reunieron al Bebe y cerraron el acceso al hall. Ahora se trataba de apoderarse de las otras instalaciones del teatro. Si no hubiese sido por esa presencia inesperada de algunos compañeros, a lo mejor el comando estaba todavía allí, comiendo sándwiches y poniendo condiciones para el desalojo. Porque no te olvides que había un rehén: Ñatita, encerrada en la boletería y con el teléfono cortado. Pero es muy posible que cuando el Bebe y los dos mexicanos entraron a la platea oscura se hayan dado cuenta de que la ocupación total no era cosa fácil. Ahí estaban el Rulo, Pupi, Estela, y algunos más. Es decir una férrea resistencia a doblegar. En el escenario, nadie había reparado en esas sombras que avanzaban por los pasillos. Por supuesto, ninguna desconfianza. Según supe, el Bebe se detuvo y con pasos breves y de costado se desplazó hasta el centro de la fila doce. Se sentó en silencio y rodeado de penumbras. Los dos mexicanos

cerraban el paso en ambos pasillos. El ensayo continuó como si nada durante unos instantes.

Dervy hizo una pausa, quizá como queriendo subrayar ese momento estático y de tensión antes del inevitable desenlace. La situación no podía durar. Alguno de los actores reconocería al Bebe; éste se daría a conocer. Más tarde pensé que en esos escasos minutos el Bebe pudo haber creído alcanzar la plenitud de un demorado e imposible deseo: recuperar un lugar que le estaba vedado, sentir de nuevo ese espacio como una vieja dolencia personal, una esperanza mutilada, su presencia como una postrera, fugaz e inútil revancha de fracasos propios y villanías ajenas. Pensé, más tarde, que al final de ese breve lapso el Bebe debió saber que esos muros y esas butacas y el escenario desnudo se negaban, no podían decirle nada, porque en definitiva él había apostado, y perdido. Más tarde, luego de haber escuchado a Dervy, quise imaginarlo durante esos segundos previos a la decisión de incorporarse en su lugar de la platea, sabiendo del error y dejando que el error se hiciera cargo. Porque Dervy había dicho, reanudando su relato:

- Sí, pero en algún momento tenía que pasar algo. Y lo que pasó lo supe por el Rulo. Dijo que antes de reconocerlo vio la figura que se paraba en la platea e interrumpía un parlamento de Estela con la exclamación de que "Sala Cero estaba bien, lo merecía". Pero que no se explicaba cómo habían osado utilizar el nombre de Atahualpa para la otra. Vos sabés, dijo el Rulo, a veces hay algún chiflado que se cuela en la platea, un día tuvimos que echar a un flaco que quería tocar la guitarra en medio de un ensayo. Pero a mí esa voz me decía algo, agregó, no la cara porque estaba a oscuras. Imaginate, Dervy, la voz. Años de asambleas. Pero no podía creer, dijo. Y cuando los demás vieron y creyeron el Bebe ya estaba poniendo condiciones. Hubo que

agarrar al Pupi, gran confusión en el escenario, el Bebe sin moverse de su lugar y usando el portátil para comunicarse no se sabía bien con quién, los mexicanos inmóviles y alertas en el pasillo.

- ¿Qué condiciones? - pregunté.

- Antes, el Bebe anunció la ocupación de la sede y las salas de arriba, informó del encierro de Ñatita - ya ves, ayer fue el día de los rehenes - , exageró hablando de otros integrantes del comando distribuidos en el hall y a la entrada del teatro, en la vereda. En el escenario aparecieron martillos, pedazos de madera, algún tablón, destornilladores. No era mucho lo que exigía el Bebe, pero de cualquier manera inaceptable: una conferencia de prensa esa misma tarde y la presencia de Gloria Levy entre los periodistas. Como los muchachos del elenco ignoraban la relación de fuerzas existente, y sospecharon un desequilibrio desfavorable cuando los otros dos mexicanos se sumaron a los del pasillo, hubo consultas - siempre sujetando al Pupi - para elaborar una defensa o un contraataque. Por el momento, doce filas de platea separaban a los antagonistas. ¿Otro cognac?

- Es un poco tarde, Dervy.

- Otro - ordenó al mozo -. Uno solo. Sí, voy a tratar de abreviar. De todas maneras el final lo conocés, la foto es elocuente. Pero antes hubo un pequeño incidente porque el Bebe, siempre desde su lugar en la platea, pronunció con énfasis una frase por lo menos desconcertante, las versiones coinciden: "Si uno no cerrara soberanamente los ojos, terminaría no viendo más lo que merece ser visto". ¿Qué te parece? Silencio de plomo en el escenario. Hasta que una voz, la del Rulo, resumió lo que en definitiva pensaban todos. Dijo, adelantándose al proscenio: "Estás loco, Bebe. Loco de remate. Juntá los cuates y váyanse de nuevo a México". Por supuesto, el interpelado ignoró la recomendación y continuó manipulando el teléfono portátil. Estela, que

después me confesó estaba convencida de que se trataba de un comando numeroso, bajó del escenario y en tono persuasivo se dirigió al Bebe para discutir un acuerdo. Todavía no he averiguado qué se discutió, pero sí sé que el Bebe dejó su butaca y avanzó hasta la tercera o cuarta fila. El elenco había formado una línea paralela al proscenio, detrás y por encima de Estela, y algunos mantenían aún herramientas y tablones en sus manos. Más atrás, algo retirado, Rubén Yáñez, que había reaparecido desde los camarines, observaba en silencio la escena.

Dervy miró a través de la ventana del bar porque afuera, en la calle, alguien hacía señas hacia nosotros.

- Es Bernardo - dijo -. Voy a ver qué quiere.

Vi que hablaban en la vereda, iluminados por la luz del bar. Luego Dervy regresó y dijo nos vamos, otro día teuento el final, ahora tengo que pasar por la comisaría con Bernardo para retirar la denuncia y ver si el Bebe necesita algo.

Un cuarto de hora después abrí la puerta del apartamento de Barrios Amorín. Estaba muy cansada pero Dora, aún despierta y leyendo, quiso naturalmente saber los motivos de mi ausencia. Fui breve y prometí más detalles para la mañana siguiente.

"Hace dos semanas que trato de ubicarla. En el hotel me dijeron que no sabían de su paradero. No importa cómo, pero pude conseguir su teléfono y aquí me tiene. Me enteré de algo que seguramente le va interesar. ¿Sigue en lo mismo? Bueno, qué le parece si nos encontramos. Por ejemplo mañana, a las siete, en el mismo lugar que la última vez".

Hizo una pausa esperando mi respuesta. La carta de Ulive había aumentado mis reservas sobre Jan, sobre la seriedad de sus informaciones, aunque no podía exponerlas por teléfono al interesado. Probablemente el encuentro propuesto fuera una pérdida de tiempo, pero lo mejor era evacuar cuanto antes lo que ya se estaba convirtiendo en un problema. De modo que acepté la cita.

Yo había dormido hasta mediodía sin haberme recuperado todavía de las dos noches anteriores, había comido una ensalada de tomates y luego había trabajado un rato en la computadora. Hasta la llamada de Jan. Estaba pensando justamente en la frustrada acción del Bebe cuando de nuevo sonó el teléfono.

"Como prometido, Sally, reanudo el cuentito - dijo Dervy -. No sé dónde habíamos quedado, pero te adelanto que con Bernardo retiramos la denuncia y el Bebe salió esa misma noche. A esta hora debe estar volando hacia México".

- Sí - dije -: ¿Pero cómo terminó la ocupación de la Sala 18?

"Ah, bueno, el propio Bernardo fue el que notó algo raro. Andaba por ahí, quiso entrar y encontró cerrado. Nadie en la boletería, no sé adónde habían metido a Ñatita. Intentó telefonear desde el café pero la línea estaba muerta. Y de pronto vio que en la vereda de enfrente, junto

a un árbol e inmóviles, Salzano y Júver observaban la fachada del teatro. Ellos estaban enterados de todo, me dijo Bernardo. Esa misma tarde habían tratado de disuadir al Bebe, pero nada que hacer. Júver ya había tomado algunas disposiciones. Por ejemplo telefonar a China para que intercediera. Estaba en camino".

- ¿Y adentro qué pasaba? ¿Seguían discutiendo?

"Pienso que sí. Eso debe haber pasado mientras en la platea trataban de llegar a un acuerdo, no sé. El asunto es que China bajó corriendo de un taxi, y según Bernardo empezó a golpear las puertas de vidrio de tal forma, a llamar al Bebe, a invocar la FUTI y otras amistades entre los pueblos, que el escándalo fue reuniendo gente en la vereda y terminó por atemorizar a uno de los mexicanos, que finalmente abrió para que entrara China, pero nadie más".

- Fue cuando intervino la policía - lo interrumpí.

"No, eso fue después. Lo que siguió lo supe por el Rulo. Parece que China avanzó decidida por el pasillo y desde allí les gritó que qué estaban haciendo con esos martillos y tablones, con esos serruchos, que se dejaran de embromar, Bebe querido, cuánto hace que no nos vemos, dejame que te dé un besote grande. Y llegó hasta él y se abrazaron y parece que el Bebe se puso a llorar en su hombro y salieron juntos y todavía abrazados por el pasillo. Cuando yo llegué ya se había terminado todo. Incluso se habían llevado al Bebe. ¿Vos estás bien? ¿Descansaste?".

- Sí, sí - y sentí que debía excusarme -. Perdoname por lo de ayer. No creas que no sé qué todo esto que me pasa es por no haberte hecho caso, Dervy. Pero ya es demasiado tarde para dar marcha atrás. ¿No estás enojado, no?

"Dagama, ¿te acordás? Te había caído bien. Nos invitó a cenar el sábado. ¿Estás de acuerdo?".

Recordé que anteayer, el hombre de anteojos gruesos, el "postmoderno" según Dervy, se había despedido con una frase enigmática: "Todo esto, lo que acabo de decirle, es real, haya o no sucedido así". Pensé que yo me encontraba enredada en una realidad más o menos similar.

- ¿Pasás a buscarme?

Estaba en el mismo rincón penumbroso del Sportman.

Se trata, me dijo luego de los preliminares habituales, se trata de un informe secreto de insospechable origen. No es textual, se disculpó, los archivos no están todavía habilitados, pero pude procurarme una especie de síntesis. No me pregunte cómo.

Yo no pregunté nada y comencé a arrepentirme de haber aceptado esta cita.

"La historia empieza con un personaje que seguramente no conoce. Yo sí. Llamémoslo H. Llámelo H. Otro uruguayo. Atípico. Figúrese, alguien que se pasaba viajando por el mundo. Afincado acá pero casi siempre ausente, con un permanente pasaje de Aeroflot disponible a su nombre. Con un pasaporte auténtico y otro falso. Múltiples tarjetas de crédito. Relaciones profesionales con el Consejo Mundial de Iglesias y otras, ocasionales, con universidades norteamericanas. Varias novelas y obras de teatro y ensayos publicados. Gran aficionado de autos deportivos y de mujeres casadas. Como le dije, uno no encuentra compatriotas así en todas las esquinas. Y si los encuentra por ahí lo mejor es evitarlos. ¿Pero si los busca, como fue el caso? ¿Si los espera a la llegada del tren? Bueno, todavía no llegamos allí. Estamos a comienzos de los setenta, años complicados. ¿Le interesa?".

Eran los conocidos y algo aburridos tics narrativos de Jan. Debía leer muchas novelas policiales. Se lo dije.

- El único uruguayo que lee, bueno que leía novelas policiales es, era, Juan Carlos Onetti. Yo leo poetas vivos. Marosa, Sarandí Cabrera, el gordo Fierro.

- Está bien - dije -. A comienzos de los setenta, entonces.

- Hay una fecha, 23 de abril de 1972 - retomó Jan -. Un tren que llega ese día a la estación de Cornavin, en Ginebra. El tren de las 21.04, proveniente de Basilea. Eso consta en el informe. Pero antes, unas semanas antes, no hay fecha precisa, intervino la policía aduanera alemana. Años complicados, como le dije. El grupo Bader estaba muy activo. Y en las fronteras habían desplegado fotos de muchachos y muchachas requeridos por ser peligrosos terroristas. Los autos sospechosos eran minuciosamente revisados. No tiene ninguna relación directa con nuestro asunto. Se lo digo para que tenga en cuenta el clima, la tensión, los riesgos, en cierto modo la inconsciencia de nuestro uruguayo internacional. Porque unas semanas antes del 23 de abril intentó cruzar la frontera alemana en un automóvil empadronado en Bruselas. Por supuesto, su foto no estaba entre los buscados, y su edad superaba el promedio de los fotografiados. Vaya uno a saber por qué - se habló luego de una denuncia o de que ya estaba quemado - los aduaneros demostraron un interés especial en su pasaporte, que resultó el falso. Y en el auto, cuya placa estaba adulterada. Suficiente como para mantenerlo en una celda adecuada, como para empezar a investigar vinculaciones con grupos clandestinos o simplemente delincuentes.

Lo interrumpí porque me pareció que se extraviaba. ¿Qué interés podía tener para mí esta historia? Es posible que estuviera falso de tema, que se hubiera propuesto este relato que no tenía nada que ver con mis preocupaciones como una forma de compensación por las gestiones que me atribuía en favor de su beca.

- No fue lo convenido - dije -. En el teléfono creí entender que había novedades.

- Me dio mucho trabajo llegar hasta el informe - dijo con un contenido tono de reproche -. No se impaciente. Lo que sigue no tiene sentido si omitimos este episodio.

- En ese caso voy a pedir otro café -. Llamé al mozo y Jan esperó a que hiciera el pedido y el mozo se alejara.

- Ya le dije, el Consejo Mundial de Iglesias. Fueron los primeros en intervenir. Se trataba de alguien que trabajaba con ellos. O que había trabajado. De todas formas alguien de la gran familia. Los cargos eran graves. La gente del Consejo tenía influencia pero resultó un asunto político. Fuera de su órbita. Lo que se supo, lo que pudo trascender hasta el informe archivado de Interpol, es que hubo intervenciones a un nivel superior, presiones al más alto nivel, sin especificar de quién ni a través de qué mecanismos.

- Espere - lo atajé -. No va a decirme que aquí también intervinieron los rusos.

Recordaba la carta de Ulive y quería que Jan supiera que no era tan cándida. El mozo reapareció con el café.

- ¿Aquí también? - repitió Jan cuando quedamos solos -. No sé a qué se refiere. Pero ya que está apurada por saberlo: los rusos no, los alemanes, pero los del Este. Sé que desde estas latitudes esto podría confundirse con un capítulo de John Le Carré.

- Creí entender que sólo leía poesía.

Como si no hubiera escuchado, Jan continuó:

- La gente del Consejo se retiró discretamente. De Bonn llegó a Basilea un funcionario de la Seguridad, y aunque no trascendieron los motivos ni los términos del compromiso, H. apareció subiendo al tren con destino Ginebra. Por supuesto, sin el falso pasaporte y obligado a abandonar también el auto, cuya desaparición había sido denunciada por la agencia Avis de Bruselas un par de meses antes. Y a Ginebra, a

la estación de Cornavin, el 23 de abril de 1972, llega el tren de las 21.04. En el andén, desde hacía tres minutos, aguardando su llegada, ya prevenido, ¿quién?, nuestro querido y respetado Maestro.

Jan hizo una pausa, calculando el efecto de estas últimas palabras con una satisfacción no disimulada.

- ¿Es lo que dice el informe?

- Dice más. Se vuelve un poco más preciso. Porque la policía suiza ya estaba al tanto, aunque con orden de no intervenir. Además no había cargo alguno contra ellos. Un seguimiento discreto, con lugares, horarios, ningún otro contacto porque, sabiéndose vigilado, el dúo seguramente los evitó en esas veinte y tantas horas que pasaron en la ciudad antes de separarse y viajar, cada uno por su lado y con un breve intervalo, H. a París, nuestro venerado Maestro a Praga. Detalles que lamentablemente se detienen ahí y habría que consultar otros archivos, tal vez en los países del Este, por ejemplo la Stasi, ahora que se puede.

No sé por qué, pero estaba casi dispuesta a dejarme convencer por esta versión. Claro que entonces tenía que aceptar una participación activa de mi personaje en ese vasto movimiento internacional digitado por Moscú. Lo que era un poco menos evidente. Algunas de estas dudas se las planteé a Jan. Que intentó despejarlas a su manera, es decir haciendo coincidir versiones diversas de diferente grado de verosimilitud.

- Recuerde el episodio de Colombia, su desenlace - dijo -. Recuerde que, pero tal vez nunca hablamos de esto, recuerde que durante los años duros de la dictadura nadie se ensañó con él. Como, por otra parte, tampoco con el primer secretario del Partido, sorpresivamente liberado después de unos pocos días en la cárcel. Recuerde su vinculación con Cuba. Y algo más, muy significativo: durante el periodo de mayor represión, luego del golpe de estado, el ya mencionado H. fue

detenido en Montevideo y sólo varios años después recobró la libertad. Su compinche de Ginebra, intacto. No, atención, yo no pretendo afirmar nada. Mucho menos juzgar. Además, ¿juzgar qué, a quién? No. Pero hay que reconocer que existen demasiadas coincidencias como para justificar dudas y preguntas.

Era un poco tarde para esa cautela. Con todo, tuve que reconocer su esfuerzo. Tal vez tendría que darme una vuelta por el consulado para por lo menos averiguar en qué etapa estaba el trámite.

Debe haber adivinado, porque luego de unos comentarios inofensivos e inutilizables para mí sobre lo que acababa de relatar, Jan me informó que había llenado los formularios y los había llevado personalmente al consulado. No insistió porque era suficientemente inteligente para darse cuenta de que yo lo entendía como una alusión discreta a mis gestiones eventuales.

Todo pudo quedar ahí. En mi caso no podría decir completamente insatisfecha. Por las dudas, abriría una ficha con esta información. Pero cuando amagué despedirme Jan me detuvo:

- ¿Por qué tanto apuro? ¿Y si habláramos de Mieres? De la casete en lo de Mieres.

Volví a sentarme, en silencio y esperando la continuación.

- Nos conocemos. Hace tiempo - dijo Jan con una sonrisa ambigua - . Alguien imprevisible, nunca se sabe por dónde va a salir. O a dónde va. En todo caso, alguien con sentido del humor, y que vive en un mundo imaginario.

Pensé en la definición de Ulive del propio Jan:

- Un mitómano.

- Se divierte - concedió -. Se toma un trabajo enorme. Por lo menos la grabación de la casete no debe haber sido nada fácil. Imagínese, conseguir el estudio, el camarógrafo, los materiales. Con los actores no

debe haber tenido problemas. Son amigos del teatro. Cómlices. Aunque seguramente tuvieron que ensayar, que aprender la letra.

Como hizo una pausa esperando una pregunta mía, no lo defraudé.

- ¿Qué está tratando de decirme?

- Vamos, vamos, usted ya lo adivinó. ¿O no? Bueno, era todo falso. En fin, casi todo. Falsa la grabación, falsos los personajes, en parte también el texto. Aunque los incidentes y las acusaciones entre camaradas de partido fueron públicos y constan en la prensa de la época. Con nombres y apellidos.

- ¿Entonces fue un invento de Mauro?

- Él no sabe que nos conocemos. Por eso me lo contó hace un par de días. Me dijo que escribió el texto, recopió recortes de diario, exageró un poco las referencias culturales de Atahualpa, su supuesta pedantería. Una amiga actriz hizo de periodista, los muchachos que entran al final son alumnos suyos. Me dijo también que había sido una especie de test. Usted, tan curiosa, tan inquisidora, tan en busca del detalle secreto sobre vida y obra del Maestro.

- ¿Y él? - no pude contenerme, porque empezaba a sospechar -. El, digo, ¿se prestó a ese juego?

- Es lo que me dijo Mauro. Que armó todo para ver hasta dónde llegaba su credulidad. ¿El? No, no era Atahualpa. No el verdadero. Se trataba de Júver, un actor que de tanto trabajar con su maestro terminó copiando cada uno de sus gestos, su entonación, el uso de las manos, sus silencios, sus famosos cabeceos. Por favor, no se sienta mal por haber sido manipulada. Además Mauro me confesó que por algún lado usted no estaba completamente convencida. Fíjese que yo, que vi la casete y conozco a los actores, que ya estaba prevenido, quedé muy impresionado por el mimetismo de Júver con su peluca blanca. Impecable.

Yo no sabía qué decir. Con su relato, Jan, conscientemente, había logrado ponerme en una situación desventajosa. A menos que lo hubiera inventado. Que el invento fuera este, no el otro. Pero no, él sabe que una mentira semejante lo expondría demasiado. El suave, el amable Mauro. Quién hubiera dicho.

- ¿Por qué me cuenta esto, Jan?
- Para ganarme su confianza - dijo con fingida modestia. Y los dos sabíamos que era verdad.

Esta vez no sólo amagué despedirme, sino que atravesé el Sportman hacia la salida tratando de no sentirme demasiado ridícula.

He aquí a Lola Recalde / una teatrista uruguaya que es de / América / una excelente actriz. / Respetable artista llena de fe / cree decididamente en la definitiva / independencia / de nuestra América / cree en el teatro latinoamericano. / Su firme presencia embellece el teatro / y le da objeto. / Quien se acerca a su arte / aumenta su fe en la verdad del teatro / en las cosas del espíritu. / Estudia el crítico a la actriz / trata de mantenerse frío / objetivo / endurecerá su corazón / acallará sus sentimientos / para ser concreto y agudo / en fin / para no aclamar / arrastrado por la magia de Lola: / gracias. (...) He aquí una intérprete / que se palpa el corazón / he aquí una mujer / que repite palabras instruidas / ideas esbozadas / que sabe poner el acento seguro / al pensamiento vivo / he aquí una combatiente / que sabe dónde y de qué manera / es más honda la pasión. (...) Sentimientos afines / latidos hermanos / buscan en su pulso el ritmo firme / acompañado y firme / de los que están seguros. / Besos y aplausos le acompañan.

Fue Reinberg quien me mostró la revista cubana con el poema de un admirador de Lola Recalde. Yo había acudido a él para ser presentada a la actriz y cómo no, respondió sin vacilar, antes fijemos una cita, en casa, tal vez le muestre algo, así cuando la encuentre no estará tan desprevenida.

Luego estuve frente a ella con las frágiles referencias de Carlos ("pece desde su nacimiento y todavía en la brecha") y de que besos y aplausos le acompañaban. Reinberg se había negado a todo comentario previo sin aducir razones y yo apelé al respetable pretexto de siempre para atenuar las eventuales reservas de Lola Recalde.

- ¿Una biografía? - había dicho -. Pero está muy bien. Ojalá que sea útil para poner las cosas en su lugar debido. Porque hubo problemas, ¿sabe? Problemas que le amargaron mucho sus últimos años. Y se le notaba. A él, que siempre mantuvo la distancia entre sus sentimientos

personales y su vida pública. Un hombre muy secreto. ¿En qué puedo ayudarla?

Después de haber recibido su autorización, puse en marcha el grabador. Le confesé que no tenía preguntas concretas y de alguna manera la convencí de que eligiera ella misma en su memoria, no importaba el orden, haga de cuenta que hojea un álbum de fotos agregué penosamente para mi exclusivo oprobio, ya que no había el menor tono burlón en su risa de garganta, franca y algo ronca.

Lo que siguió fue un largo y por supuesto desordenado monólogo, interrumpido a veces para cigarrillos, para un teatral ajuste de tono al próximo episodio relatado, para mirarme y dudar y luego decidirse a continuar. Única vacilación, pues nunca quedaba al lado o fuera del relato, nunca distanciada, como suponía habitual en una actriz, sino comprometida con su texto pero sin esfuerzo alguno, simplemente "dentro", con esa convicción y firmeza propias de un gerente de supermercado o de un PDG de directorio.

"Era muy buen nadador, ¿sabe? Una vez lo vi ir y venir en la piscina del Habana Libre. Me quedé observando, sorprendida, porque era un tipo de actividad física que no le sospechaba. Y menos con esa destreza y a esa edad, porque en esa época ya había pasado los sesenta. Me acuerdo que trepando ágilmente la escalerilla, y después de que medio en broma lo felicitara, me confesó que usted sabe, Lola, pasé la infancia en el Santa Lucía, y en el río había un recodo donde mi hermano Carlos María acostumbraba pescar el surubí y el dorado. Él lo acompañaba, dijo, pero como detestaba los pescados se largaba a nadar río abajo para no hacer barullo en el agua. No, Lola, me dijo, era muy chambón y tuve que aprender solo. Quién iba a enseñarme, no había una sola pileta en todo el departamento. Pero había visto una cinta de Tarzán, una de Tarzán, ¿se acuerda? y se reía, con Johnny

Weissmuller tratando de escapar a un terrible cocodrilo en un estilo que no era el de los otros muchachos de su edad que andaban por el río. Yo me dije, dijo, voy a probar a ver qué pasa. Y dijo que empezó a golpear el agua con los brazos en arco, a sumergir la cabeza como lo hacía Tarzán, a respirar cada cinco o seis brazadas y a patear al mismo tiempo con fuerza y con un cierto ritmo. Claro, en el Santa Lucía sólo hay anguilas o cangrejos, agregó, algún mochuelo inofensivo, pero él imaginaba que a pocos metros, detrás, venía un cocodrilo semejante. Así me fui entrenando, dijo. Hasta que un día, pero se disculpó diciendo que era un muchachito de 16 o 17 años, aunque ya tenía claro por dónde andaban otros peligros y amenazas; un día, y admitió que confesarlo lo avergonzaba un poco, un día se anotó en un campeonato de la Asociación Cristiana. Yo no sabía, dijo, fue un amigo algo letrado que sin querer me abrió los ojos. Ese amigo, fíjese Lola, cuál sería mi ignorancia, me dijo que no iba a ser fácil porque en el YMCA había buenos nadadores. ¿Cómo el YMCA? La verdad es que no sabía que la Asociación Cristiana era su versión criolla. Ni pensar en intervenir en un campeonato interno de esos yanquis. Más tarde yo conocí otras versiones de ese rechazo. Por ejemplo, él no entendía que los actores, e incluso algunas muchachas, vinieran a los ensayos con vaqueros - él siempre dijo vaqueros, nunca jeans -; la época de Tarzán había quedado atrás y se negaba a ver una película de Hollywood. La peste, el nuevo opio, decía. Y cuando yo u otros tratábamos tímidamente de protestar, de decirle que en fin, Atahualpa, él, insensible a nuestros argumentos, sacudía la cabeza, más daño que las bombas en Vietnam, decía, más nefasto que el napalm, y agitaba las manos frente a él como para disuadirnos de insistir. Pero al final no, al fin de su vida, aparte del penoso incidente del grupo en México, cuando se decidió la expulsión del Bebe, ¿y sabe cuál fue uno de los argumentos más importantes?

Yo no estaba, pero luego me enteré. Se dijo que el Bebe estaba loco. Qué descubrimiento. Sin su locura no habría habido grupo ni Sala 18. Eso Atahualpa lo sabía. Y sin embargo. Pero en los últimos años su salud se fue agravando, y eso unido a los conflictos partidarios y a otros, impensables, porque, ¿cómo es posible que le impidieran, los compañeros de toda su vida teatral, sus discípulos, cómo explicarse esa negativa a que dirigiera una obra con ese mismo grupo, en esa misma sala que...? Y me acuerdo una visita que hicimos juntos, a comienzos de los años sesenta, cuando la Sala 18 era una idea peregrina y había que reunir firmas prestigiosas para auspiciar el lanzamiento de la campaña financiera. Una visita a un ex presidente de la República, que seguía en actividad pero como director del diario "Acción". Bueno, allá fuimos, y don Luis Batlle Berres nos recibió en mangas de camisa y con una simplicidad que. Porque era un hombre campechano, ya de vuelta de todo, como para permitirse dejar de lado las diferencias ideológicas y decirle que no se preocupara, que contara con su firma. Yo, callada. Y don Luis diciendo: "Hay un libro que me está dedicado. Una novela. Nunca la leí. Su autor dirige la Biblioteca Municipal, pero no creo que sea de su familia política". Y Atahualpa, usted sabe, en esos casos era de una diplomacia. Terminaron hablando de cultura, don Luis, en broma, de la "mensajería" de Mercedes y Roxlo, luego, algo más serio, de que, entre todos, había que poner el hombro para sacar el país hacia adelante. Todas esas cosas. Bueno, la sala salió. En esa época, el único que creía, que todo el tiempo creyó, fue el Bebe. Pero eso sí es una historia vieja. Triste, por lo que pasó después. Triste, sin juego de palabras. ¿Cómo decirle? Tantos recuerdos de todos esos años. Recuerdos comunes. Sin embargo, después de su muerte me hice muchas preguntas. Usted se va a reír, pero empecé a preguntarme quién era, quién había sido realmente Atahualpa. No los

datos conocidos y el talento y esa calidad humana que hasta los adversarios. No. Cómo decir. Recordando ciertos detalles y algún episodio que en su momento no me habían llamado la atención, me dije que a lo mejor todos nos habíamos equivocado con él. Una vez que lo comenté con Nino en Buenos Aires, él, astuta y cautelosamente me dijo que tal vez el secreto, si existía, habría que buscarlo en su "Diario" personal. Como yo confesé mi ignorancia de semejante "Diario" y quién y dónde, Nino jugó a arrepentirse de su indiscreción y que perdonara pero no podía decirme nada más. Supe que no era posible insistir. Pero eso acentuó mi curiosidad. Recordé que una noche, sentada junto a Atahualpa en la platea oscura después de un ensayo, había tenido el privilegio de una especie de confesión. Bueno, no sé si puede llamarse así, en todo caso fueron comentarios sorprendentes de su parte. Creo, comenzó a decir, o más bien estoy convencido de que en el teatro, como también en la literatura, hay un solo tema, con variantes, claro, si quiere con subtemas pero siempre el mismo: la libertad. Disculpe, Lola, dijo, si suena un poco grandilocuente y vago. Usted sabe que no es mi estilo, y ni siquiera pretendo decirle nada nuevo. Sólo que a veces el tema aparece donde menos lo esperamos. A veces ocultado por prejuicios o malentendidos. Mire que en este país se ha escrito bastante sobre los años oscuros de la dictadura, sobre torturadores y torturados, sobre crímenes y militares y políticos venales. Con las mejores intenciones. Hay compañeros, y no tanto, que han hecho un esfuerzo interesante, dijo. Honesto. Sin embargo agregó que se atrevería a afirmar que casi todos pasaron al costado del verdadero tema. No sé si recuerda, Lola, dijo, a comienzos de los años setenta hubo una explosión en un bowling. Un atentado. Uno de los muchachos que pusieron la bomba quedó atrapado en los escombros, aún vivo, y nadie hizo nada para rescatarlo, adrede, dejaron que se desangrara

lentamente. Después de muchas, largas horas de agonía lo sacaron muerto. Alguien escribió un relato breve, en forma de crónica, sobre lo que pasó durante esas horas. A pesar de no integrar ninguna lista de testimonios literarios militantes de la época, ese texto es, créame Lola, el más hermoso homenaje a la libertad, por la afirmación o el escándalo de su ausencia, escrito en este país en mucho tiempo. El título lo resume todo: "Ni siquiera Antígona". ¿Por qué le cuento esto?, dijo luego de una pausa que no me atreví a interrumpir. Por Antígona, por supuesto. El personaje más libre de la historia del teatro. No me lo ha escuchado decir muchas veces, dijo, probablemente nunca. Tampoco que, antes de que sea demasiado tarde para mí, me gustaría hacer un trabajito sobre otra Antígona más cercana y víctima, no de Creón y de la Razón de Estado sino de estúpidos prejuicios de los cuales ni siquiera se salvan nuestros propios compañeros. Sí, sobre otra Antígona, Lola. Sobre Brunilda, esa muchacha que dice no a su padre, al todopoderoso Wotan: No. Es decir el vocablo más noble para afirmar la libertad. Y como luego se produjo un silencio más bien austero y yo me había quedado intrigada por lo que él dijera de los prejuicios y los malentendidos, me animé a preguntarle cuáles y dónde y quiénes. Le escuché, créame, más que sorprendida, una interpretación que me dejó pasmada. Usted sabe, Sally, ¿puedo llamarla así?, usted sabe, nosotros, en el teatro, en el Partido, teníamos las cosas bastante claras: por un lado los enemigos, definidos e irrecuperables; por otro los compañeros y, en el medio, toda una categoría que abarcaba indiferentes y no tanto, alguna gente dispuesta a escucharnos y tal vez a hacer un pequeño trecho de camino juntos. Por eso cuando él empezó a hablar de nuestra cultura colonizada, de nuestra historia precaria y breve, de los valores, sobre todo culturales, que no tan inocentemente se nos inculcaran, tuve la impresión de escuchar un

viejo disco ya un poco rayado. Pero ese discurso agarró para un lado imprevisto. En todo caso por mí. El enemigo ya no era el mismo, el amigo tampoco. Fíjese, Lola, me dijo, revise el repertorio teatral inmediatamente posterior a la guerra, la última, y no sólo el teatral sino también el catálogo editorial y otras yerbas parecidas. ¿Qué encontramos? Nos encontramos con los productos envasados por los vencedores de esa guerra, que son los mismos que ganaran la del 14 y que antes y después del 14 ya habían decretado normas y conductas y valores. Continuidad, Lola, que no sólo no nos rejuvenece sino que terminó convenciéndonos de que fuera de ella, ninguna salvación. El primer Brecht que hicimos, que se hizo en el país, fue la "Opera", en el 56. Disculpe, bromeó, le estoy diciendo esto a la señora Peachum. Usted sabe, Lola, que la obra se estrenó en Berlín en 1928. Tuvieron que pasar casi treinta años. Hubo que esperar que París descubriera el Berliner Ensemble, en 1954. A partir de ahí estábamos habilitados. Recibimos el aval cultural. Mientras tanto nos llegaban traducidos, dos semanas después de su estreno, los últimos Sartre, los recientes Camus, los de Beauvoir e incluso las obras teatrales completas del filósofo católico existencialista, también francés, Gabriel Marcel. Y si esto nos pasó con un autor que podríamos llamar "de la casa", con alguien con el cual nos sentíamos plenamente identificados, imagine aquellos otros pobres, contemporáneos o no. Del teatro de esos señores, de Camus, dijo, de Sartre, Marcel y compañía, ahora podemos decir como en el tango: "ni murió ni fue guerrero". Pero esto no nos rescata de la estafa. Que, dijo, fue mucho más vasta y está plagada de ejemplos, de damnificados, Lola, entre los cuales usted y yo. Yo estaba, como siempre, pendiente de sus palabras. Usted sabe, Sally, pero no, usted no puede saber porque no lo conoció, una autoridad que aumentaba con su silencio, una incomodidad de estar ahí, pendiente,

si se mantenía callado, por eso, y sobre todo sintiendo como esa vez que algo se había desencadenado en él, me atreví a preguntarle si eso es lo que consideraba un malent...".

Los ruidos en el grabador indicaron el final de la cinta. Simplemente había que apretar un botón para pasar a la parte virgen. Iba a hacerlo pero Lola me detuvo:

- Estuve hablando sin parar. Uf. No crea, llegado el caso también soy capaz de escuchar - y se rio con esa, su risa ronca, franca.

Dije que podíamos hacer una pausa. Yo no fumaba pero ella, que había amagado un par de veces hacia el paquete, tal vez sí. Fue hasta la cocina y reapareció con una botella de un líquido blanco que rechacé cortésmente. Después de haberse servido, de encender un cigarrillo y vaciar la mitad de su copa, agregó, sonriente y maliciosa:

- Off record podría contarle otras cosas.
- ¿Por ejemplo?
- Amoríos - dijo -. Un hijo natural, ya un hombre maduro, en algún lado.
- En Cuba.
- ¿Cómo sabe?
- Un pajarito - dije -. No, en serio. El Bebe mencionó algo de eso.
- Ah, el Bebe. Extraño al Bebe, ¿sabe? Nos hace falta. El grupo marcha pero no es lo mismo. Caray, aquel entusiasmo, contagiaba hasta las piedras.
- Estuvo aquí.
- Supe. Me enteré hace dos días, cuando regresé de Managua. Me hubiera gustado tanto encontrarlo, no sé, charlar un rato con él. A lo mejor no todo está perdido.

Como quedó un momento pensativa me pareció oportuno proponer la reanudación del relato.

- Sí, sí - dijo -. Pero ya ni sé por dónde andábamos.

Hice retroceder un poco la cinta, escuchamos, y cuando llegó otra vez al final apreté el botón correspondiente.

- Cuando quiera - dije.

"No es fácil retomar el tono. Yo le estaba contando, había un clima esa noche en la platea en penumbras y desierta que. Sí, terminé preguntándole, porque como le dije me pareció dispuesto a continuar lo que había empezado, terminé preguntándole de qué malentendido se trataba. Espere. Creo que mencionó a alguien, no me haga caso, hace tanto tiempo, sí, algo así como Yankélévitch, Vladímir de nombre, eso sí me acuerdo por nuestro Ilitch. Un filósofo, dijo, también musicólogo, que después del cuarenta y cinco, en París, donde enseñaba, había decretado la inexistencia, la erradicación definitiva de la música de los bárbaros, aunque esos bárbaros ya estuviesen muertos desde hacía un siglo, o más. En sus clases ni siquiera estaba permitido mencionar sus nombres. Era judío, claro, pienso, y Atahualpa también lo pensaba, explicable, aunque esa Shoah al revés, y además retrospectiva, dijo, era tan aberrante, criminal y estúpida como la otra. Si hubiese tenido discípulos, y los tuvo pero menos fanáticos, si hubiera hecho escuela, ahora estaríamos condenados a escuchar solamente maravillas como "Carmen", "Rigoletto" o la "Misa Criolla", perspectiva, como ve, no muy alentadora. Creo recordar, Sally, y debe haber sido en ese momento que retomó el tema de esa otra Antígona, la walkiria...".

Se escuchó la entrada de alguien al apartamento, unos pasos que me parecieron femeninos sobre las baldosas y que no llegaron hasta el salón, debían existir otras piezas. Lola se interrumpió, desvió apenas los ojos y continuó:

"Me di cuenta de que el proyecto le daba vueltas en la cabeza. Él había dicho antes de que fuera demasiado tarde, pero en aquella época

tenía años por delante. Me pregunto por qué no lo intentó. Sí, dijo, no sólo ese formidable personaje, toda la obra. Habría que adaptar algunas cosas, y el lenguaje está un poco envejecido. Pero si no. Un texto teatral, Lola, una obra toda en diálogos y acción, es decir teatro puro, con una progresión dramática que culmina en esa escena desgarradora del Dios-padre obligado - porque no tiene otra alternativa, un poco antes había confesado : yo, el menos libre de todos -, obligado a sacrificar a su hija, su hija preferida, el ser más libre de todos, a despojarla, no se sorprenda Lola, dijo, aunque sí me sorprendí, no se sorprenda porque esa es otra censura al lenguaje, obligado a quitarle su divinidad con ese beso de adiós. Una escena de una teatralidad, dijo hamacándose en la butaca, de una tensión. Y luego de un silencio, como para sí mismo: sólo los imbéciles pueden asociar Wagner al nazismo. Y a mí, y lo recuerdo todavía textualmente: desde aquí, desde esta comarca es más difícil aceptarlo, pero no se olvide Lola que, como dijo un poeta portugués, lo universal es el local menos las paredes".

- ¿Qué están haciendo, mamá? - la voz surgió a mi espalda. Lola dirigió la mirada hacia un lugar detrás de mí; yo giré en la butaca.

Adosada al marco de la puerta, como si hubiera estado escuchando, había una muchacha de edad indefinida aunque todavía joven, con un vestido floreado fuera de moda, sin maquillaje, de mirada dura.

- Ya ves, Ivana. Grabando - dijo Lola en voz baja y suave.

- ¿Grabando qué?

- Oh, cosas. Recuerdos - y sonrió.

La muchacha no estaba convencida con la respuesta de su madre. Me miró con hostilidad. Luego a ella:

- ¿Pero qué? ¿De quién hablan?

Lola hizo un gesto de impaciencia, recogió otro cigarrillo, lo encendió. Le dijo a Ivana quién era yo, cuál mi proyecto, habló con simpatía de

mí, agregó que ya estaban terminando, por qué no hacés un café para las tres. Yo había apretado la tecla de pausa.

Ivana se acercó y sin sentarse se dirigió a su madre, ignorándome completamente.

- Mamá - dijo -. Es mejor que no sigas.

- ¿Cómo? ¿Qué pasa?

- No sé desde cuándo están, pero mejor no sigas, mamá - y desvió la mirada hacia el grabador. Por las dudas me adelanté en la butaca para tenerlo bien a mano.

- Ivana, en un cuarto de hora terminamos. ¿Estuviste en lo de Andrés?

- ¡No! - exclamó y por suerte yo estaba prevenida. Su mano rozó el dorso de la mía pero logré asir el grabador apretándolo contra el pecho.

- ¿Qué pasa? - repitió Lola, ahora alarmada -. Ivana, ¿qué te pasa?

Yo seguía con el grabador aferrado, aunque la muchacha pareció haber desistido. Dio dos pasos a un costado, giró sobre sí misma, nerviosa, me miró con odio, luego a su madre. Se dirigió a ella, duramente, le reprochó ser tan ingenua, una grabación, así, con una desconocida, aunque no tanto, dijo, para mí no tanto, vos podías haberte informado antes de recibirla, podías haberme preguntado, todo el mundo sabe lo que está buscando, no se sabe quién le paga pero hace un mes que mete la nariz en todas partes, seguro que estuvieron, que estuviste hablando de Atahualpa, ¿no te dije?, no para de hacer preguntas, cómo, quién, dónde, husmeando aquí y allá.

- Pero Ivana - la interrumpió su madre -. ¿Cómo querés que se escriba una biografía sin informarse sobre el personaje? ¿Sin hablar con la gente más cercana a él, la que lo conoció mejor? Creo que tendrías que pedirle disculpas.

Ivana exclamó já y volvió a su acusación de ingenuidad, siempre igual, dijo, te hablan de teatro, te mencionan a Atahualpa y se te caen las medias, podés hablar horas sin parar, y no importa a quién, pero mamá, insistió, en qué mundo vivís, no estamos en los años cincuenta, en los años de tertulia amistosa en los cafés, ahora los hoteles y los bancos y los diarios están en manos de Moon, se pretende convertir al país en un shopping center para millonarios brasileros o argentinos, reducir el Partido a cuatro o cinco grupos que se hagan zancadillas, a nosotros en votantes dóciles de un frente que hace agua por todos los costados mientras vos seguís aferrada a tus recuerdos, peor, dejando que cualquiera, el primer recién llegado, manosee a su antojo esos recuerdos.

- ¡Ivana! - protestó Lola con autoridad. Yo había enfundado el grabador y estaba preparando la retirada. Tenía pena por ella, me parecían injustos los reproches de su hija, insolente el tono, exagerada su indignación. Me sentía un poco culpable de la situación y hubiera querido excusarme, pero Ivana seguía acumulando argumentos contra ella y alusiones insultantes contra mí. Creo que las dos nos paramos juntas, que juntas llegamos hasta la puerta de entrada, que nos despedimos prometiendo alguna otra vez. Creo. Porque cuando me encontré sola en la calle y apretando con fuerza innecesaria el grabador bajo el brazo, estaba muy confusa y me pareció que todavía soportaba la violencia de una situación que seguramente continuaba puertas adentro.

Ancho, con una decisión que parecía haber sido adoptada tres pasos antes, con la cabeza erguida apenas pivoteada para tener una visión panorámica del salón, una rosa roja sostenida desde el tallo como un cetro y en estricto y ajustado traje oscuro, Dagama cruzó la puerta de entrada y avanzó hacia nosotros.

Habíamos llegado unos minutos antes y ya estábamos instalados en la mesa reservada. Dervy había saludado con la mano a un conocido suyo y cuando el mozo nos acercó las cartas él había pedido dos whiskys con hielo.

Al llegar a la mesa Dagama se detuvo, me tendió ceremoniosamente la rosa roja y en el mismo tono ceremonioso citó: "Passent les jours et passent les semaines", mi querida Sally, pero "ni temps passé ni les amours reviennent". Los hice esperar, agregó sentándose y sin que yo tuviera tiempo de agradecerle. El propietario ya estaba junto a él. Hubo amabilidades diversas de una y otra parte y Dervy y yo aprovechamos para nuestro primer trago de whisky.

- Bien - dijo Dagama cuando quedamos solos -. Vamos a ver qué nos depara el menú. Veo, Dervy, que te has decidido por la corbata.

Es cierto, era la primera vez que lo veía encorbatado.

- En el mar agitado e inconstante de la moda - continuó Dagama, desplegando el menú frente a él -, la corbata es uno de los pocos hitos que se han mantenido al tope. Puede dejar de usarse - dijo dirigiéndose a mí -, y de hecho en los tiempos estivales la camisa abierta proclama desde el cuello huérfano...

El mozo estaba parado junto a él y no se atrevía a intervenir.

- ¿Sí, Javier? - lo incitó cordialmente Dagama. Javier preguntó si iba a tomar un aperitivo y ante la respuesta negativa del interpelado se retiró discretamente.

- Hicieron bien - dijo -. ¿Permiten? - recogió el vaso de Dervy y lo acercó a un par de centímetros de sus fosas nasales. Unos segundos. Lo depositó de nuevo -. Un malta escocés. La suave aspereza que presiente el olfato no autoriza dudas. Probablemente un Talisker. Tengo un amigo, viejo amigo, hace años viviendo en algún lugar de Bretaña. Gran amateur de whisky. En una carta reciente me ha escrito que para él la mejor hora del día es el atardecer, cuando se sienta con una botella y cubos de hielo frente a la chimenea de leña. Agrega, pero creo que presume o simplemente me provoca, que es el momento adecuado para escuchar los silencios de Webern. Pienso, y podría envidiarlo mis amigos, pienso en el opus 5, esos movimientos para cuarteto de cuerdas tan de su maestro Schönberg. ¿Pero ustedes?

- Estabas hablando de mi corbata - dijo Dervy.

- Perdonen - y abrió las manos hacia adelante -. Perdone, Sally, me disperso. Pero su presencia tal vez no sea inocente. Tendría que concentrarme en el menú.

Al rato recomendó:

- Se nos ofrece, y lo conozco, es decir lo recomiendo, un primer plato delicioso: el Graved Salmon. Se trata de un salmón marinado a la manera del Gravlax, tocado por la verde espuma vegetal del eneldo y una mayonesa de nítido acento cítrico, presencia adecuadamente untuosa. Aquí está. Vean.

Al inclinarnos hacia la lectura de lo recomendado, Dagama hizo una seña e inmediatamente reapareció el propietario. Hablaron un momento mientras Dervy y yo terminamos aceptando la sugerencia del salmón.

- Olivier nos aconseja, como segundo plato, un Cordero al poncho - dijo Dagama cuando quedamos solos -. Confieso que nunca lo he probado. No está en la carta. Pero yo estaría dispuesto.

Algo intimidados, dijimos a dúo que nosotros también.

- Bien - dijo. Llamó al mozo e hizo el pedido -. Veamos qué hay como vino -. Vio y ya ni siquiera nos consultó: Merlot 1995. Agregó que había degustado ese vino hacía una semana en una cata en la bodega Toscanini. Color cereza, dijo, sin el menor asomo de ocres. Aromas de tabaco y especias sobre un fondo de frutas muy intenso pero ya evolucionados. Estupendo vino, concluyó.

La cena marchó sin tropiezos y en lenguaje dagamiano "aderezada" con comentarios pertinentes de nuestro anfitrión ("a pesar de sus dificultades, este bocado está muy bien resuelto. Vean estas papas, que con la espinaca entretejida sirven de lecho al huevo poché de la presentación"), con dos o tres visitas de Olivier, acreedor de elogios y alguna reserva, con la ausencia de Dervy, diez minutos en la mesa del conocido suyo saludado al entrar; con, en ese lapso, preguntas de Dagama sobre mi presencia en la ciudad aunque, dijo, sé de su trabajo de investigación y estoy seguro de un resultado acorde a su belleza, a su inteligencia.

- ¿Usted lo conoció? - pregunté sin muchas esperanzas.

- Por razones con las cuales no tengo la intención de abrumarla - dijo -, estuve ausente del país durante un par de décadas. Alejado de sus fastos, de la insidiosa menor de sus esribas, de la mayor de políticos de turno. De todas maneras no. O sí, pero solamente como un nombre, una cifra cultural entre las escasas de nuestro patrimonio. Mi ignorancia del teatro, ignorancia, Sally, que por supuesto no me honra, reduce mi opinión a ese dato estadístico. ¿Cómo lo encuentra?

Había bebido media copa y me había gustado. Se lo dije. Pero ya no me escuchaba.

- Por favor, no lo tome como algo personal - dijo -, pero siempre me he preguntado si no hay una cierta arrogancia en el propósito de escribir la biografía de alguien. Ya el género recomienda cautela. A lo mejor le digo esto debido a que soy un poco vieux jeu, querida Sally, demasiado sometido a las evidencias de un hojaldre o a la cocción correcta de un fruto marino. Pero hasta dónde el cúmulo de informaciones que es posible obtener de un personaje nos dará su verdadera dimensión. Y además una fecha, un testimonio, un episodio personal, conocido o no, las confesiones de un amigo, viejas fotos, qué representan frente a esos imponderables que son los deseos incumplidos, los posibles no concretados, las intervenciones del azar en una historia personal cualquiera.

Hubiera deseado que Dervy estuviese presente. Algo así había tratado de decirle una de las veces en que, ya reconciliados, se interesó en mi encuesta. Yo sólo había podido balbucear nociones como tránsito, tanteos, aproximaciones, desmentidos, para intentar definir una búsqueda que progresivamente me alejaba de toda posibilidad de encuentro. Y ahora alguien que ni siquiera había conocido al personaje señalaba con precisión, entre dos comentarios gastronómicos, las fisuras ocultas, las reales dificultades de ese encuentro eventual. Es cierto, en mi caso nunca me había propuesto contar "la historia de una vida", pero no es menos cierto que el retrato se negaba, a la manera de un de Staël, cuando los múltiples rasgos anticipaban, aspiraban más bien a un Francis Bacon.

- Hay casos en que los escritos dejados por alguien permiten acceder a una zona más correctamente balizada - continuó Dagama -, quiero decir menos expuesta a errores de interpretación. Pero su personaje,

Sally, ha practicado un ejercicio nocturno y efímero: el teatro. El sudor se ha perdido en el camino - perdón, el ámbito es propicio a otras metáforas: los aromas, digamos, se han perdido. Que yo sepa, no hay textos propios que hablen de esas vacilaciones, de esas esperanzas. Irremplazables con frases o intuiciones de una amante, de un discípulo, de un sobrino preferido, incluso de adversarios declarados.

Dervy se reintegró a la mesa.

- Un amigo - creyó necesario disculparse -. Un editor.

Yo supe la continuación más tarde, después de haber terminado la cena y ya de regreso. Antes asistimos a un breve discurso sobre la reciente experiencia del sabor y la textura deficientes de los medallones trinchados del cordero. Dagama se había excusado de no poder acompañarnos porque se sentía obligado, dijo, Olivier era un buen maître y un amigo, sensible a las críticas que pudiera formularle sobre ese plato, en su opinión raté.

- Tiene una pequeña editorial - dijo Dervy -, una empresa casi casera. Tres o cuatro libros al año. Supo y demostró interés en tu trabajo. Fue muy vago, pero me dio a entender que existe un material que te podría interesar. Me preguntó también si ya habías firmado algún contrato de publicación y con quién. Le dije lo que sé, es decir nada. Pero que me parecía que no. ¿O sí? En fin, creo que podés intentar. Es un tipo serio.

- ¿De qué se trata?

- La menor idea. Tomá, me dejó su tarjeta.

La tarjeta decía Lucio Estévez, Editorial "Proteo", dirección y teléfono. Respondió una voz infantil que proclamó papá no está y cuándo, no sabía.

Había dejado pasar tres días antes de llamar. Estuve ocupada en integrar al disco duro lo grabado por Lola y ayer me había permitido una caminata por Carrasco para ordenar un poco las ideas, pues tenía la impresión de dar vueltas en redondo, sin avanzar una pulgada. Y en la noche, por única vez en estas semanas, una lamentable escena con Dora. No creo que haya bebido más de lo habitual. Ni que tampoco yo haya sido demasiado brusca en el rechazo. Pero nunca la había visto tan agresiva, ella, que jamás pierde el control. Después tuve que insistir porque desconfiaba de que yo aceptara tan fácilmente sus disculpas. En realidad no fue tan fácil, todavía sentía lo desagradable de la situación. Bueno, pero era eso o hacer la valija y buscar un hotel. Y además, es cierto, sus excusas me habían parecido sinceras. Terminamos hablando de mis últimas gestiones, sin mucha convicción y aún incómodas por el reciente incidente.

El segundo llamado fue al atardecer. Lucio Estévez me propuso una cita para el otro día. En la editorial, que era también su domicilio. Hasta ahora no había tenido oportunidad de comentar francamente mi trabajo con nadie. Sí, en las recientes semanas con Dervy, pero no porque él se interese seriamente. Más bien, creo, tolera con una cierta indulgencia mis idas y venidas. Me escucha, resignado a lo que llama mi terquedad en el error. Y con Dora me cuido de no ir más allá de un escueto resumen, sin detalles excesivos. Por eso desde las primeras frases intercambiadas con Estévez tuve la impresión de que, por fin,

podía establecer una cierta complicidad con alguien, necesidad que hasta ese momento no había querido confesarme. Yo estaba allí para escucharlo, pero poco a poco iba a sorprenderme locuaz y confiada.

"Una gloria nacional, había dicho él. Además qué atrevimiento: una extranjera. El colmo. Me asombra entonces que sus dificultades no hayan sido más graves. Este es un país joven y de escasos archivos, señorita Sullivan, un país que acumula rencores desordenadamente. Ya lo habrá notado. Por eso me prohíbo afligirla con detalles. Y con vanos e inútiles preámbulos. Si le propuse este encuentro, agregó cumpliendo esa última promesa, es porque tengo en mi poder un material de primera mano podría decir imprescindible para su, como llamarla, ¿investigación?, ¿encuesta?, ¿biografía? ¿Nada de eso? Bueno, no importa, los dos sabemos de qué se trata. Y también se lo propuse porque soy editor y supongo que sus planes incluyen una eventual publicación de su trabajo. Pero no quiero adelantarme. Hasta ahora ha estado buscando un poco al azar, sin conocer el medio, sola, ha estado, quizá, expuesta a formas de estafa típicas en mis connacionales. Déjeme ayudarla".

Y agregó que no era una oferta desinteresada. Que tenía confianza en el tema, que podía orientarme, que tenía amigos en la prensa, que, si aún no había contratos en vista, él, como editor, estaba a mi disposición. Era algo nuevo para mí. Este señor calvo, aunque joven, con aspecto y modales de notario, de lenguaje algo rebuscado y sonrisa franca, si bien no parecía el más indicado para el tipo de ayuda que yo necesitaba, trasuntaba una cordialidad y una confianza hasta ese momento ausentes en mi experiencia montevideana. Ni Dervy, ni Lola, y mucho menos Jan, Reinberg o Dora - Carlos era un caso aparte -, estaban dispuestos a una forma de complicidad que, aunque no desprovista de interés personal, como era el caso, se pudiera

considerar una propuesta limpia, honesta. Es posible que Estévez haya aparecido en el momento justo, que yo, para él e ignorando sus razones, fuera también una aparición oportuna. De todos modos debo haber intuido algo semejante al decidirme a responder sin prevención y extensamente a sus preguntas sobre la información que hasta el momento había podido recoger. Y con quién.

Creo haber hecho un resumen bastante completo. Al final, y adelantándome al comentario de Estévez, recordé las atinadas observaciones de Dagama sobre las dificultades de aproximarse al real conocimiento de alguien. El anciano de la fotografía de La Habana continuaba siendo un misterio para mí.

- Como temía - dijo él luego de un silencio -, terminó enredándose con mitómanos o estafadores, con guardianes del templo, con censores, con algunos fanáticos. Inevitable. Pero también, y hasta ahora no tengo noticias de que alguien se le anticipara, también logró no poca información inédita. Más adelante habrá, es decir tendremos que hacer una selección. Hay tiempo. Primero hay que insistir con Reinberg, tal vez con Lola y Carlos, seguramente no con Jan. ¿Y ese Rodolfo, en Cuba? Otro que no puede permitirse descartar es el Nino. Yo puedo establecer contactos. Porque además es él quien está en poder del original del "Diario" de Atahualpa. Yo sólo tengo copia, autorizada, de algunos fragmentos. Ya hablaremos de eso.

El "Diario", es cierto. Lola lo había mencionado y ahora Estévez confirmaba que estaba en posesión de un tal Nino.

- Le recomiendo - continuó - no comente con nadie esta entrevista. Con Dervy es distinto, es de confianza. Pero mejor mantener secreta esta relación profesional. Hay algunos energúmenos que podrían crearme problemas. A usted ya le ha pasado. ¿De acuerdo?

- Ese "Diario" - dije - . ¿Puedo verlo?

Estévez abrió un cajón de su escritorio y extrajo una carpeta verde; de la misma, unas pocas hojas manuscritas.

- Yo también, si me hubiera preguntado hace unos meses, le habría aconsejado no meterse, no sacudir el polvo que había empezado a acumularse al día siguiente de su muerte. Pero ahora ya es tarde. Y además una lástima desaprovechar ese material que tanto trabajo. ¿De veras, está decidida a seguir?

- ¿Puedo verlo? - repetí.

Estévez emparejó las fotocopias golpeándolas de canto sobre el escritorio.

- Es un viejo cuaderno escolar que no sé cómo llegó a manos del Nino. Yo sólo pude hojearlo. Uno de los pocos. Y copiar algunas páginas. Que tal vez le sorprendan. ¿Conoce Riga? Bueno, ya verá. Aquí se trata de una estadía un poco forzosa, probablemente a comienzos de los años sesenta. Y un paseo por el Volga. Sí, le dejo estas hojas. Para que se haga una idea. Con suerte podemos convencer al Nino, quién le dice.

Eran unas ocho o diez hojas rayadas y cubiertas por una escritura redonda y clara, casi infantil. En el ángulo derecho de la primera página podía leerse: "Riga, 17 de agosto".

- No sé qué se puede hacer con eso. Usted verá. Pero lo más interesante está en las hojas que no pude copiar. Yo voy a moverme por el lado de algunos periodistas amigos. Si logramos que publiquen un pequeño fragmento de lo que ya tiene registrado, va a ser más difícil oponer censuras o sacar a relucir amenazas. Ya será un asunto público y no sólo la caprichosa encuesta de una curiosa australiana.

Riga, 17 de agosto.

Tendré que pedirle a Svetlana que me lleve a algún dentista. Me va decir, con ese acento que me recuerda a Yenia, que tiene que pedir autorización. Yo le diré que por supuesto, tratando de que la ironía no la ofenda. Es una funcionaria, cumple órdenes, no tengo nada contra ella. ¿Contra quién, entonces? Me dijeron unos días. Sin explicación. Y ya ha pasado una semana. Ayer, cuando dejó de llover, bajé hasta la playa. Una playita de guijarros a pocos minutos del chalet de madera que comparto con Boris, con el silencioso Boris. Al atardecer. Lejos, ennegrecidas por la contraluz, algunas chimeneas y las grúas del puerto se recortaban sobre un cielo amarillo y sin nubes. Esta zona de la costa es muy poco frecuentada. Debe estar prohibida al público. Sentado sobre los guijarros húmedos, estuve un rato observando el agua oscura, el montecito de pinos que cerraba el horizonte hacia el este, un pedazo de madera podrida que la marea no lograba depositar en la costa, alguna inevitable gaviota. Traté de imaginar en qué momento, y por qué, habían decidido desembarcarme en ese viaje por el Volga. Yo era un invitado más y llevábamos un par de días navegando, lo previsto era llegar a Gorki. Y en mi caso una charla sobre Brecht y América Latina. A bordo había sobre todo escritores, húngaros, búlgaros, incluso indonesios. El único que conocía, y sólo de nombre, era el suizo Max Frisch, un gordito que parecía simpático. El año anterior yo había dirigido "Andorra" y me pregunté si no debería presentarme. Pero las veces que me crucé con él siempre estaba acompañado de una escritora alemana cuyo nombre, Christa Wolf, desconocía. Además hubiera tenido que apelar al traductor y de antemano me sentía ridículo cuando le escuchara anunciarle como el uruguayo que dirigió una obra suya. Hasta esa mañana del tercer día todo fue muy tranquilo. Yo compartía el camarote con un pintor finlandés y ni siquiera teníamos que acudir a las señas para entendernos, pues se pasaba leyendo junto a una botella de vodka. El Volga es marrón, lento, ancho, y yo me quedaba en la borda mirando las orillas apenas pobladas, el campo, las praderas, los enormes bosques. Una vez atravesamos una represa y las orillas desaparecieron; luego una esclusa y otra vez el desierto del campo, alguna pequeña población, muchas iglesias que pensé abandonadas, el barco que parecía resbalar por las aguas oscuras. Pero al tercer día, luego del desayuno, se me acercó un funcionario soviético y amablemente y en un español correcto me invitó a pasar a una especie

de escritorio. Allí me informó de un cambio de planes en mi itinerario, cambios cuya decisión no le competía y por lo tanto no podía precisar, aunque sería informado en mi nueva destinación. ¿Cuál era? Declaró ignorarla. Por lo tanto sólo me quedó hacer la valija y prepararme a desembarcar en el próximo puerto. Otros dos funcionarios me esperaban en tierra. No hablaban una palabra de español y al rato estábamos los tres en el compartimiento de un tren que compartimos silenciosos hasta una ciudad que yo no sabía era Riga. En el andén, Boris y Svetlana, mis nuevos compañeros. Tampoco estaban enterados de nada y solamente tenían orden de alojarme en la choza donde ahora escribo.

Era ya de noche. Sentí la presencia a mi lado y no fue necesario que Boris mencionara la hora o la cena. Me incorporé y caminamos juntos y en silencio hasta la choza. Un solo plato en la mesa, con los infaltables arenques ahumados. Nunca supe cuándo y dónde comían ellos.

21 de agosto.

Ayer vi la ciudad por primera vez. Siempre pensé que las ciudades portuarias eran luminosas y alegres, pero ya la entrada a los suburbios me previno : el ocre de las fachadas, la ausencia de árboles, esa atmósfera como de recogimiento o culpabilidad que parecía planear sobre calles y transeúntes, evocaban, con esa tristeza resignada propia a toda evocación, el pasado hanseático de la ciudad, ese orgullo replegado de un lejano esplendor cuyos signos actuales, mucho menos espléndidos pero de un decoro acentuado por la decadencia, me costaba aceptar como logros de un socialismo que tenía más de veinte años. Es cierto, antes habían pasado por aquí suecos y polacos, la Rusia zarista, la ocupación nazi, todo ese tránsito, hasta hoy, sobre un viejo fondo de Reforma. ¿Pero qué son veinte años en una escala de siglos?, me preguntaba mientras atravesábamos el centro de la ciudad. Me preguntaba defendiéndome, tratando de no impacientarme. Svetlana, silenciosa a mi lado en el auto que conducía Boris, oponía a mis posibles reparos su juventud y su belleza, su confianza. Y es probable que fueran argumentos convincentes, porque observándola de reojo me sentí como un viejo señor sentimental además disminuido por una situación personal incontrolable. Recuerdo que pensé dónde había estado el error, si hubo. Yo no había tenido contactos con M. desde hacía cuatro meses. ¿Habría caído en desgracia? Cuando salí de Montevideo y luego, durante la semana en Moscú, todo había funcionado normalmente, ninguna señal de que por algún lado estuviera expuesto a riesgo alguno. ¿Qué había pasado? Pero me dije

que no debía alarmarme, hasta entonces nada concreto, incluso tenía el pasaporte en mi poder. A lo mejor se trataba de un malentendido. Aunque reconocí que esta incomunicación era muy sospechosa, y que en algún momento debía jugar al sorprendido. Con estos dos, nada que hacer, había pensado. Pero también que debía reclamar la presencia de un responsable, alguien de la cultura o de donde fuera. Si no pedía explicaciones por esta situación aumentaría las sospechas, si existían.

Entramos a lo que podía ser un cuartel o un hospital militar de construcción reciente. El dentista era un joven de aspecto caucásico. Muy diestro. Ningún dolor en la media hora que duró la limpieza y el relleno de la carie. Cuando terminó me tendió la mano, sonriente. Era la primera sonrisa que veía en muchos días, y eso me tranquilizó bastante.

Hoy llueve nuevamente. Una lluvia finita y lenta. Una garúa, decimos por allá. Miro por la ventana que da al Báltico y el mar, por momentos, es un bulto sombrío que crece hasta que el sol, filtrándose en una fisura entre las nubes veloces, rescata su nivel más razonable. Una pausa antes de que un súbito espesor de la lluvia termine borrando orillas y bosques, como si los guijarros de la playa indicaran un camino de huida sin embargo incierto más allá de sus límites borrosos. Más que una invitación, una advertencia. De pronto recordé una tarde, también lluviosa, en que cruzando la Plaza Independencia vi venir hacia mí primero la figura indiscernible y luego la ya familiar de Reyna. Con su voz ronca y sensual, con su encantadora cursilería, ella decía que desafiaba el destino, que apostaba a cruzar el desierto ventoso de la plaza no sólo con la esperanza sino con la certeza de que en esa u otra ocasión yo vendría a su encuentro. Era lo mejor que tenía. La voz. Pudo ser una actriz. Bueno, actriz no, porque no hay actrices. Al menos entre nosotros. Gente con un cierto temperamento sí, una cierta presencia, una voz, eso, como en el caso de Reyna. La letra se aprende. Ella no quería, nunca quiso. Y recuerdo que esa vez, u otra, me confesó que prefería ser la Reina de mi Rey entre cuatro paredes, no en medio de un ensayo. Era una poetisa de Sarandí del Yi.

(unas horas después, de noche)

Entre los tres libros que traje para el viaje abrí el Gracq y estuve leyendo un rato. Me detuve en un párrafo porque pensé que si miraba a través de la ventana podía, a pesar de la oscuridad de afuera, reconstruir la imagen propuesta. Decía así:

"A la hora de la cena, cuando el crepúsculo se ensombrece, la playa está desierta. Alta, esbelta, de proporciones justas, con el cabello suelto y los brazos desnudos, con la cintura ceñida por una de esas amplias

faldas de gitana de planos sesgados que se arrastran fastuosamente por la arena, una mujer sola, balanceando ostentosamente sus caderas y echando por momentos hacia atrás el rostro con un movimiento voluptuoso del cuello, avanza en dirección al mar con pasos lentos, con el andar teatralísimo de una cantante que marcha hacia el proscenio para el aria del 3er. acto. En ese 'solo' mimado ante la extensión vacía, había un despliegue de impudor que la convertía en hechicera: era evidente que ningún espejo en el mundo, ningún amante, hubiera podido satisfacer semejante glotonería narcisista: ella caminaba para el mar".

No fui a la ventana. Me pregunté de dónde provenía la fascinación de ese libro. Al margen del ritmo de una escritura imprevisible, llena de metáforas visuales, sospecho que la razón puede estar en la descripción sensual de su mundo. Una cosa me parece cierta : su "realidad", es decir esa relación con el paisaje, una relación casi táctil, como si fuera abriendo puertas y ventanas al exterior y al mismo tiempo rozara un punto sensible de mi experiencia, donde otras puertas o ventanas se abren al reconocimiento de paisajes - o momentos de esos paisajes - que fueron los míos y que están registrados con similares elementos sensoriales de olor y color y, a veces, de una impresión de plenitud : una nostalgia por esos parajes y otra, más lamentada o perdida, por no volver a ellos con mayor frecuencia, con esa dolorosa vibración de las cosas que están y no al alcance de nuestra memoria, del recuerdo algo desgarrador de una realidad que se nos ha escurrido entre los dedos, dejándonos apenas este áspero roce de la pena.

El mar. ¿Qué mar? ¿Entre rocas, bajo una barranca? O cualquier lugar que la memoria pudiera reconstruir y ahora, medianoche, vigila oscuro y desolado, amenazante. Podría hacer una lista, eligiendo al azar.

22 de agosto.

No esperaba que viniera hoy. En el desayuno había hablado con Svetlana. Había decidido hacerlo después de analizar mi situación y convencerme de que debía intentarlo, quiero decir pedir una entrevista con un responsable para que de una vez se aclarara esta situación absurda. Era un derecho elemental. Después de todo yo había recibido una invitación para dar unas charlas - incluido el viaje por el Volga - y en la primera etapa, sin explicaciones y sin consultarme, habían cambiado el proyecto. Esta estabía en Riga, por ejemplo. ¿Por qué y hasta cuándo? No fue necesario que me extendiera con Svetlana. Simplemente le pedí que trasmitiera estas inquietudes a una instancia

superior. Unas horas después hubo un signo positivo. Desde mi llegada, y a pesar de un par de días de sol intenso, el acceso a la playa terminaba en la orilla: se me explicó que los baños estaban prohibidos. La cercanía del puerto, había pensado, quizá una zona de seguridad militar. Pero en un momento de la tarde, Svetlana se acercó para comunicarme que había hecho llegar el mensaje y, sin otra explicación, que, si lo deseaba, podía bañarme en la playa. Había algunos nubarrones inofensivos y la temperatura no era ideal, mas la posibilidad de un baño en el mar era como si me abriera un pequeño espacio de libertad. Y cuando lo sentí me di cuenta hasta qué punto me había resignado a esta forma de encierro. Es conocida la frialdad del agua del Báltico. Aunque el reparo, en ese momento, me pareció insignificante. El problema, le confié a Svetlana, es que no tenía malla. Volvió con una especie de pantalón de fútbol que probablemente perteneciera a Boris. Tropecé y resbalé varias veces con las piedras de la orilla pues yo estaba acostumbrado a suelos más clementes, no sólo a los barrosos del Santa Lucía de mi infancia sino sobre todo a los de La Pedrera, que a pesar de su nombre agresivo tenía una franja de impecable arena. Yo bajaba a la playa dejando atrás las miradas algo condescendientes de Mecha y Cacho y volvía a la casa de Mecha media hora después, sin ningún rasguño en la planta de los pies. Lo que no fue el caso hace un rato, cuando me largué a nadar. Aunque se trató de pequeños percances que sin embargo no lograron perturbar ese viejo placer egoísta, arrogante, de saberse aislado, de alguna manera indefenso y dependiente de sus propios recursos. Nadé unos veinte minutos mar adentro. Cuando tuve que hacer nuevamente equilibrio sobre los guijarros me sentía muy bien. Yo no lo esperaba hoy. Se presentó al anochecer y al verlo pensé que tenía el aspecto de un Trigorin joven.

Svetlana, con su acento familiar, hizo de intérprete. En resumen, la conversación, si puede hablarse de conversación porque en realidad se trató de un monólogo del camarada Serguei, estuvo centrada en mi actual situación: unas confusas razones en los cambios de planes, un desajuste de fechas, el lamentable conjunto de circunstancias que impidieron al pueblo soviético, bueno a una parte al menos, sacar provecho de la presencia de un excelsa maestro del teatro latinoamericano, etc. Tal vez la traducción de Svetlana no fuera fiel en los términos, pero no se requería un gran conocimiento del ruso para comprobar que el tono era cordial y casi de disculpa, lo que me dio confianza. Por eso me atreví a expresar reparos sobre el desembarco obligado y las condiciones de estadía que se me habían impuesto. Agregué que estaba prácticamente incomunicado, pero algo en la mirada de Svetlana me indicó que esto último no lo traduciría. Serguei se excusó de nuevo aunque al final bromeó diciendo que una semana

a orillas del Báltico en el verano nórdico no creía fuera un castigo excesivo. E inmediatamente excusas por la broma. Iba a rectificar no una semana sino diez días pero me di cuenta de que no conduciría a nada. Pregunté, en cambio, cuándo podía regresar a mi país. Justamente, me explicó, él había venido hasta aquí a consultarme, el viernes había un vuelo de Aeroflot y ese mismo día, de mañana, podía, si estaba de acuerdo, hacer la combinación Riga-Moscú. Entonces no había pasado nada con M. Fue suficiente que yo pidiera esta entrevista. No, debe haber coincidido con la decisión de ellos. En todo caso nada grave. Ya veremos.

Más tarde, Svetlana me hizo compañía por primera vez durante la cena. Parecía más aliviada que yo por la culminación de todo el asunto. Y locuaz. Me habló de sus estudios en el Instituto de Lenguas Extranjeras - hablaba también francés e italiano -, de una novela de Amorín y otra de Gravina, de que le hubiera gustado hacer teatro pero sus padres, de que esta estadía en Letonia era provisoria y había postulado a un puesto de intérprete en Leningrado, de que era una lástima que tuviera que irme. Yo le dije qué bien por lo primero, pero hubiera sido un error el teatro, con esos ojos y ese perfil más bien el cine, que ojalá lo de Leningrado y que yo también empezaba a lamentarlo. Aunque lo que realmente lamenté es no tener treinta años menos. Lamentación privada, claro. En un momento apareció Boris y habló con ella en ruso. Me quedé solo mirando los restos de comida en el plato. Boris me odiaba, era evidente.

Estaba leyendo la última frase, una frase suelta al final de las páginas del "Diario" copiadas por Estévez, cuando Dora apareció con un café. Un rato antes, al entrar al apartamento, había pasado delante de mí con apenas un saludo y sin interrumpir. Ahora se sentó frente a mí.

- Llamó un tipo esta mañana. Rembar, o algo así - dijo.
- Reinberg.
- Sí, puede ser. Cuando le pregunté si quería dejar algo dicho, agregó que no valía la pena, que vos tenías su teléfono y que no dejaras de llamarlo.

La frase anotada en el "Diario" era la siguiente:

24 de agosto, en el avión a Moscú. "Lo mejor del amor es cuando uno sube la escalera", parece que dijo Clemenceau. No está mal.

Se la leí a Dora y nos reímos juntas.

- Daños y perjuicios - exclamó teatralmente Carlos cuando iniciamos ese largo paseo hasta la punta de la escollera -. Violación de domicilio. Tuve que calmar a Ulises porque la muchacha, Ivana, no le gustaba nada. Los otros dos, bastante más jóvenes que ella, no parecía muy convencidos, sólo obedecían. Brava la Ivana.

- ¿Le preguntaron por mí?

- Todo el tiempo. Antes y después de patear el primus y los ladridos de Ulises. Pero este es un país con instituciones, señorita. Reclamaré mis derechos.

- No hay nada que ocultar - dije para desviarlo del juego de su fingida indignación -. Podía haberle contado nuestro paseo en bote.

Hizo un gesto con la mano que pareció un rechazo y se convirtió en saludo a uno de los pescadores. Continuamos caminando en silencio. Un poco antes de llegar al extremo oeste de la escollera dijo que ahí empezaba o terminaba la ciudad, lugar de confidencias. Y se calló. Llegamos hasta las últimas - o primeras - rocas de la punta, en torno al pequeño faro.

- Siéntese - dijo -. Hay una historia que escuché y se la voy a contar para vengarme de la intrusión de ese comando de imbéciles en mi vida privada.

Luego:

"Ya le dije, yo no conocí personalmente a su personaje. Pero esta historia que empieza con la tía Zelmira la escuché un día de lluvia en que el excitado de Handler interrumpió la filmación. Nos guarecimos en un café a esperar que aclarara. Los tres. El otro era un amigo de Mario, que también hacía cine. Yo estaba ahí como colado, hablaban entre

ellos de gente que yo no conocía. Pero como no tenía nada que hacer me quedé escuchando. Bueno, parece que la tía Zelmira acertó la 'grande'. A los setenta años y en ese páramo que era la ciudad de Canelones. Parte de lo ganado en la lotería fue un regalo a su sobrino predilecto, dijo Handler que le dijo el ex asistente de Max Reinhardt mientras recorrían las ruinas de Babelsberg. ¿Me sigue?".

- No - dije -. No entiendo nada.

"El susodicho sobrino, es decir su personaje, señorita, embolsó el regalo de la tía Zelmira y se fue a estudiar teatro a Berlín a fines de la década del veinte, comienzos del treinta. Pleno auge de la República de Weimar, dijo Handler que dijo el ex asistente de Max Reinhardt. El, el ex asistente de Max Reinhardt, se acordaba de haber visto al recién llegado en sus cursos, una especie de galán joven, alto y de aspecto melancólico dijo Handler que le dijo el ex asistente de Max Reinhardt, y que también los de la UFA, en plena producción, pasaban de un taller de teatro a otro en busca de actores para completar los elencos. Y un día apareció por ahí Leni Riefenstahl, dijo Handler que dijo el ex asistente de Max Reinhardt, que en esos días estaba filmando una película con Fernando Lamas, un actor argentino. No me pregunte cómo, por qué razón me quedaron grabados todos estos nombres. A lo mejor es porque la historia me pareció muy linda".

- ¿Qué historia? - protesté -. Hasta ahora no ha pasado del reparto.

- Si se impacienta lo podemos dejar para otro día.

- Leni Riefenstahl. ¿La de las olimpiadas del 36? - concedí.

- Fue la misma pregunta que según Handler le hizo Handler al ex asistente de Max Reinhardt. Ve, ahora colabora.

Guardé silencio.

"Y el ex asistente de Max Reinhardt le dijo a Handler que sí, pero que lo de las olimpiadas fue más tarde, después de que Hindenburg

nombrara canciller al famoso austríaco. Leni Riefenstahl, y eso sí Handler ya lo sabía dijo Handler, era muy hermosa. Era su propia productora y también intervenía como actriz. En ese momento en que apareció por el taller de Max Reinhardt, dijo Handler que le dijo el ex asistente de Max Reinhardt, Leni Riefenstahl estaba filmando una comedia romántica con un director judío que luego tuvo que huir a Hollywood donde terminó como guionista de series B. Pero como según el ex asistente de Max Reinhardt Leni Riefenstahl no se entendía para nada con Fernando Lamas, que hacía un personaje de latin lover en esa comedia ubicada en La Habana de los años veinte, ella decidió sustituirlo. Tenía ese poder dijo Handler que dijo el ex asistente de Max Reinhardt, porque en la UFA todos la respetaban. Entonces intervino el otro, que como yo había escuchado en silencio. Ya le dije, señorita, éramos tres. El otro, alguien que según afirmó después conocía muy bien al personaje y que unos años más tarde se fue a vivir a Caracas o a Casablanca, interrumpió para decirle a Handler esperá, no vas a decirme que Atahualpa sustituyó a Fernando Lamas mientras Handler sacudía la cabeza y decía yo no, eso me lo contó el ex asistente de Max Reinhardt. Y dijo que el ex asistente de Max Reinhardt había dicho que Leni Riefenstahl se había acercado a él, al ex asistente de Max Reinhardt, y le había preguntado que quién era ese joven sentado entre los alumnos del taller de Max Reinhardt y él, el ex asistente de Max Reinhardt, se lo había dicho y Leni Riefenstahl decidió en ese momento cambiar un latin lover por otro. Es lo que acabo de preguntarte, Mario, dijo el tercero de los tres en la mesa, estás tratando de decirme que mi maestro sustituyó a Fernando Lamas como actor en una película alemana de comienzos de los años treinta que sucede en La Habana y cuya protagonista es Leni Riefenstahl. Nunca oí hablar de eso, dijo el tercero de los tres. Nunca. Y Handler, luego de un silencio, dijo que en

1961 estaba en la cinemateca de Berlín y el ex asistente de Max Reinhardt, después de que él, Handler, insistiera mucho, había hurgado en los archivos y había reaparecido con un rollo donde sólo había unos metros de película, los restos de esa única copia que sobreviviera a los bombardeos del 45. Tres o cuatro minutos de lo que había sido 'Danke für das Feuer', dijo Handler que había dicho el ex asistente de Max Reinhardt. Y en la pantalla de una salita de proyección, dijo Handler, él, Handler, había visto palmeras artificiales y rostros más bien coreanos que representaban La Habana y había visto, primero de espaldas y luego de perfil, al sustituto de Fernando Lamas con una especie de guayabera en tren de abrazar a Leni Riefenstahl y la escena terminaba como comida por las ratas, dijo Handler, el celuloide como mordiscos de ratas, dijo. Y dijo que el ex asistente de Max Reinhardt le dijo que no trabajaron juntos en ninguna otra película, que el final de la filmación de 'Danke für das Feuer' coincidió, había dicho el ex asistente de Max Reinhardt, dijo Handler, con el fin del romance entre Leni Riefenstahl y el sustituto de Fernando Lamas".

Carlos se calló y recogió la parte inferior del pantalón para rascarse la pantorrilla. Ulises se acercó y se puso a olfatear las sucias zapatillas de su amo.

- Yo lo guardaba para más adelante - dijo Carlos -. Este cuento. Y si esos cretinos no me hubieran pateado el bolso de naranjas y el primus le estaría hablando de mis años mozos, cuando trabajaba en el Artigas, allá enfrente, al otro lado de la bahía.

- Siga entonces - dije - ¿Qué romance?

- Ah, eso - dijo como quien carece de suficiente información.

"Ya había parado de llover y Handler decidió reanudar la filmación. Pero el tercero de los tres también quiso saber. Porque de eso tampoco había oído hablar, no estaba en ningún currículum vitae de su maestro.

Y mientras salíamos del bar Handler dijo que el ex asistente de Max Reinhardt no le había dado muchos detalles. Había mencionado vagamente, dijo Handler, lo que él, el ex asistente de Max Reinhardt, había escuchado en el taller de Max Reinhardt. Es decir, dijo el ex asistente de Max Reinhardt, que mientras duró la filmación de 'Danke für das Feuer' Leni Reinfenstahl había instalado al sustituto de Fernando Lamas en su chalet de Wannsee, en las afueras de Berlín, y que esa relación, aunque discreta dijo el ex asistente de Max Reinhardt, había inspirado una canción de los Comedian Harmonists con ritmo tropical que nunca fue grabada. Pero ya estábamos en la calle, Handler empezó a dar órdenes a sus ayudantes y el tercero de los tres y yo nos quedamos callados en la vereda, él, el tercero de los tres, tal vez pensando ya en irse a Casablanca o a Caracas, yo, con mis harapos prestados, en cómo sería ese chalet de Leni Riefenstahl en el Wannsee donde Leni Riefenstahl había instalado al sustituto de Fernando Lamas a comienzos de los años treinta".

Estaba nuevamente sentada en el sillón de cuero frente a Ben Reinberg. Y él comenzó disculpándose por haberme molestado pero. Mientras se extendía en excusas algo convencionales me puse a observarlo con atención. La última vez que lo había visto estaba con el Bebe, dos individuos que tal vez coincidieran alguna vez en proyectos comunes pero que parecían moldeados por experiencias muy distintas. En aquella ocasión el Bebe tuvo con él gestos y palabras condescendientes que sin embargo no excluían una cierta ternura, ese tipo de simpatía que es posible sentir por alguien que trata con torpeza justamente de obtenerla. Como ahora. Reinberg estaba diciendo algo de una crítica teatral publicada hace años y en la cual nuestro personaje no saliera muy beneficiado. Había dudado mucho en hablarme de ella porque era un comentario injusto, dijo, deformante de la imagen de quien merecía un tratamiento menos arrogante y malicioso. Y porque no había querido entorpecer, con un texto de calibre más que dudoso escrito hace treinta años, mi trabajo de investigación. Su autor, dijo, cuyo nombre omitía aunque sus iniciales constaran al pie de página, hizo luego carrera en la Deutschewelle o en la RAI. Si ahora se decidía a darme a leer el texto era porque la información que yo seguramente acumulara no corría el riesgo de ser alterada por una lectura ya lo suficientemente aguda y crítica.

Extrajo luego de un cajón un periódico amarillento, formato tabloide. Buscó la página correspondiente. Me la tendió. Leí:

Pálico fuego

Este mes se presenta lleno de sorpresas en las carteleras teatrales montevideanas. Luego del esperado estreno de "Esperando al Zurdo" de Clifford Odets a cargo del Club de Teatro (donde, como dijimos en su oportunidad, el director Taco Larreta logra esquivar hábilmente los peligros que plantea este agit-prop estadounidense típico de los "hard thirties" - según la feliz expresión de Tom Wolfe - , para convertirlo en una reflexión profunda en torno al destino del hombre y a la condición extrema del Dasein heideggeriano), El Galpón nos propone esta versión audaz - pero sólo en apariencia, como veremos - de un texto canónico del universo genetiano : "Las Sirvientas". Atahualpa del Cioppo asume nuevamente la conducción del elenco de la calle Mercedes, con la asistencia de Raúl Bogliaccini.

La experiencia se insinúa dudosa desde el vamos. Las declaraciones emitidas por el director antes del estreno hablan de "profundizar la relación oprimido-opresor" que, según él, signaría los vínculos entre Madame y las sirvientas epónimas, y confiesan su intención de "leer la obra de otra manera, a la luz del insoslayable aporte de la filosofía de la praxis". Creemos que, desde Gramsci, este eufemismo no es más que otra manera de referirse a la filosofía marxista, "filosofía insuperable de nuestro tiempo", como lo proclamó Sartre desde su senilidad. Tal vez al creador de este espectáculo le pasó inadvertida la categórica afirmación de Genet en su "Comment jouer Les Bonnes", (o decidió ignorarla): "... no se trata de un alegato sobre la suerte de las domésticas. Supongo que existe un sindicato de sirvientas; eso no me interesa".

El espectáculo parte de una pálida "audacia" inicial, que ya ha dejado de serlo: confiar sus papeles femeninos a un reparto masculino. (Piénsese en la desgarrada versión del Living Theatre, con un patético Julien Beck en el rol de Solange). Nuevamente nos encontramos con una traición de las intenciones del autor, quien habló en forma explícita de "hacer jugar el rol de mujeres por adolescentes". Esto no se cumple ni remotamente, como es obvio, al confiar los papeles protagónicos a Rafael Salzano y Juan Gentile, ataviados con primorosos uniformes (tal vez demasiado primorosos) diseñados por Ema Varzi. La imaginación de la vestuarista se emplea a fondo, sin embargo, en el traje de Madame, personaje que inicialmente iba a estar en manos de Juan Manuel Tenuta, quien lo rechazó por razones que no se han hecho públicas. En este caso la Varzi pergeña una creación delirante, a mitad de camino entre Balenciaga y Chanel, una suerte de gran tubo de organí dorado que Jorge Curi maneja con prestancia singular, a lo que se suma el excelente maquillaje de Juan Antonio Moreira, que resalta la negra profundidad de sus ojos y lo convierte en una figura magnética que nos hizo pensar en una muy joven Irene Papas. Este traje, con sus

altos coturnos correspondientes, se convierte en uno de los puntos más altos del espectáculo, junto con el marco escenográfico de Néstor de Arzadun (una teoría de columnas fálicas de excitante belleza) y la utilería seleccionada por Julio Cravea (copiosas flores y jarrones de heteróclita sugestión). No podemos decir lo mismo de la musicalización de Mauricio Romanof, que insiste ad nauseam con el adagietto de Mahler, de viscontianas resonancias.

Pero no basta con el cambio de sexo del reparto, que rápidamente convierte la paradoja en oxímoron. Las mayores limitaciones del espectáculo deben cargarse a cuenta del director. Decepciona, primordialmente, su vacilante manejo de la proxemia, aunque ya es vox populi que el movimiento escénico constituye siempre una de las debilidades más notorias de este puestista. También desconcierta, sin duda, que los responsables del espectáculo endosen de manera acrítica la renqueante traducción firmada por Madame Arrabal, que versiona bilboquet como boliche y c'est parfait como miel sobre hojuelas.

Pero lo más grave tal vez es el hecho de que predomina en el montaje todo un aire de clínica pulcritud que desvirtúa en esencia la sórdida atmósfera homosexual y carcelaria que debería ser su impronta. ¿Estaremos ante otro caso de pacatería galponera?

Y, sobre todo, resulta inaceptable el infeliz empleo de recursos que corresponden a otro teatro y a otra estética. Cuando Solange se refiere a una posible rebelión de las sirvientas o cuando Claire, encarnando a Madame, confiesa el odio que le produce el servicio doméstico, los actores avanzan a proscenio y profieren estos textos hacia el público, incurriendo en ambos casos en desubicados Verfremdungseffekten, que se colocan en las antípodas de las intenciones del autor de "Notre Dame des Fleurs".

El resultado final es un laborioso Sturm sin Drang, el sudoroso esfuerzo de un elenco capaz, que pudo haber rendido de estar bien orientado, pero que aquí naufraga ante la esencial incapacidad del director para sumergirse en los fangosos meandros del tortuoso mundo del gran Genet.

M.T.

La cita con Nino la había arreglado Estévez. Bajé del avión en Aeroparque un mediodía soleado y media hora después estaba en la ciudad en la cual, algunos años antes, había entrevistado a los ahora difuntos Piazzolla y Goyeneche. Otro difunto, el de la fotografía de La Habana, otros objetivos. ¿Otros objetivos? ¿O el mismo? Siempre tratando de pasar al otro lado del espejo, de modelar lo sugerido, de creer que la sombra es sombra de otra cosa, un código, de que basta tantear con paciencia y descartando errores para terminar encontrando finalmente la clave. Porque en algún lado debería estar. De lo contrario habría que aceptar los imponderables, el azar, los deseos incumplidos, como dijera el sagaz Dagama. Pero entonces para qué este viaje a Buenos Aires, todo este trabajo.

Nino estaba prevenido de las razones de mi visita, aclaró Estévez, aunque no había prometido nada. La lectura del "Diario" que tenía en su poder dependía entonces de mi capacidad de persuasión. No creo que hubiese ambigüedad en su advertencia.

Tuve dos entrevistas con Nino. Ambas en la cafetería del "Dora", cerca de la plaza San Martín. Yo lo había imaginado alto e italiano, sin bigotes y ojos negros: era italiano y bajo, ojos verdes y bigotes. Le había atribuido juventud, y ya no; seducción, pero en otro sentido menos noble; voz metálica de tenor y no sonoridades de bajo moussorgskiano; arrogancia latina y no ese pudor de falso campesino. Pensé sus gestos amplios, excesivos: en su lugar, la incómoda rigidez de brazos desocupados en cigarrillos; pensé postiza su eventual cordialidad: nada me autorizaba a sospechar doblez alguna en la evidente simpatía demostrada, en el tono amablemente paternal de su sonrisa.

Porque antes de que habláramos de mis planes y del objetivo de mi visita, él evocó al padre de Lucio Estévez, viejo amigo de Fray Bentos, gerente de las Grandes Tiendas Astarita, Lucho, dijo, era un purrete y él a veces lo llevaba a la costa del río para ver pasar los barcos del Anglo. Luego Lucho creció y se fue a estudiar a Montevideo, y él, Nino, con Rosita Baffico y Bruno Musitelli, a recorrer Chile con un retablo de títeres. Pero esa es otra historia, dijo, y también que lo quería mucho al Lucho, si estamos aquí es por él, y es más, a lo mejor tengo que agradecerle, dijo, al Lucho, porque vine a esta cita con usted con el propósito de decirle que lamentablemente no podía permitirle hojear el "Diario" y ya ve, me pongo a hablar de mí y quién sabe, puedo cambiar de opinión, creo que voy a cambiar de opinión, si no todo el "Diario" es posible que sí algunas páginas. Y se rio con una risa que lo rejuvenecía y él sabía que lo rejuvenecía y también que yo no podía ser insensible a la elegancia de su halago.

Después me dijo entender las dificultades de juntar datos para escribir una biografía. No de juntar, dificultades para tratar de ser fiel a ese pasado, para encontrar una memoria intacta, dijo. Porque yo también, sabe, dijo, no hace mucho publiqué un librito. Lo hice porque me pareció que me quedaban pocos años para gozar del recuerdo de algunas cosas formidables que me tocó vivir. Me dije: antes que me olvide. Pero me di cuenta de que si bien no había olvidado, eso no era suficiente. Y usted, ¿qué ha podido averiguar?

Le conté someramente algunas de las informaciones que había logrado recoger. Eligiendo con cuidado las más inofensivas; descartando las dudosas o políticamente comprometedoras. En realidad estaba impaciente por leer aunque fuera esas pocas páginas prometidas.

Pero él parecía no tener apuro.

Dijo, después de escucharme, que en todo caso yo tenía suerte, podía sentirme libre, porque él, puso como ejemplo, él, hace cuatro o cinco años, había bajado los rápidos del Tarn en kayak, no sabía muy bien cómo, porque hacía siglos que no remaba y ahí estaba, solo y a los setenta años, en medio de la furia de la corriente y entre dos paredes de rocas y más adelante los saltos de agua de más de un metro que amenazaban tragarse al botecito, aunque seis kilómetros después, río abajo, había llegado intacto al embarcadero. Y dijo que había renunciado a poner eso en el libro porque cómo contar esa experiencia, el miedo y para qué negarlo, también el orgullo, qué podía decir, nada, como ahora a mí. El Tarn en kayak era otra cosa que el Tarn en kayak contada por él, dijo. Lo mismo ya no es lo mismo. Y volvió a decir que yo podía sentirme libre.

Como dije que no entendía muy bien el sentido de esa afirmación, él dudó y se enredó en una explicación laboriosa de la cual deduje que lo que llamaba mi ventaja consistía en que yo no había conocido al personaje de mi biografía, que al carecer de una relación directa con él y con sus actos yo debía apelar a recuerdos de otros, es decir, según él, a datos referidos por otros, y que esa mediación, creí entender, me dejaba el campo libre para imaginar dónde hubo conflicto, si existió, y por qué razones, pues yo estaba condenada a llenar libremente los huecos dejados por esos otros, testigos parciales y poco confiables. Lo mismo ya no será lo mismo, fue su conclusión implícita, pero no por eso dejará de ser real. Más bien lo contrario.

Y encadenó con otro relato que, dijo, había omitido incluir en el librito. Aunque fue un olvido involuntario. Debe haber otros, para un antes que me olvide dos, agregó con una sonrisa maliciosa de consumo propio:

"Andábamos recorriendo los Andes con el retablo, era la época de González Videla, usted, claro, no tiene por qué saberlo, pero fue casi

una revolución. Imagínese, cuatro ministros comunistas. Y desde allá abajo, de Puerto Montt donde Neruda, de noche, me mostraba estrellitas azules en la arena, fuimos subiendo hasta llegar a Cuzco, ya en Perú. Y en Cuzco, en esos meses de verano, se organizaba tradicionalmente un concurso de pies. Sólo para hombres, en un tabladito, descalzos y ante un jurado de naturales del lugar. Bruno no quiso presentarse, pero Gentile y yo sí, en medio de más de treinta cuzqueños que aspiraban al título de los pies más bellos de la ciudad. Desfilamos y ya, en la primera vuelta, Gentile fue eliminado. En la tercera quedamos cuatro, tres locales y yo. Dos menos y ahí quedamos con el aindiado, mirándonos con respeto. Usted sabe, esa gente acostumbra andar descalza, y sus pies eran muy bellos. Pero, sin alardes, los míos más aún. Después, porque el primer premio se lo dieron a él, yo tuve que conformarme con el segundo, después uno de los jurados me confesó que en realidad ese premio yo lo merecía. Aunque, se disculpó, había que elegir entre un extranjero y alguien del lugar. Yo tenía que entenderlo. Por supuesto que lo entendí, era una época en que la palabra compañero tenía sentido. - Y luego de una pausa -: Sí, pero no crea, igual me quedó una pequeña frustración. Con gusto hubiera metido este cuentito en mis recuerdos. Pero, como le dije, me olvidé".

La segunda vez que apareció en la misma cafetería del mismo hotel, Nino traía un gran sobre marrón en la mano.

- Fotocopias de algunas páginas - dijo -. Estuve dudando en la selección, porque hay un material muy íntimo y con muchos nombres propios que. Bueno habrá que esperar todavía unos años.

Entonces hice la pregunta que ya había hecho por lo menos veinte veces. Sólo que no fue pregunta sino afirmación:

- Usted lo conoció bien.

Exclamó já como respuesta y luego me apuntó maliciosamente con el índice y me dijo que no contara con él, esas hojas sueltas eran su única concesión, guarde el sobre porque puedo arrepentirme, dijo.

Lo metí en la cartera y aceptó responder cuando le pregunté si el "Diario" tenía un orden cronológico, si estaba fechado.

- En realidad no es un "Diario" - dijo -. Anotaciones sueltas y fechas incompletas. Si me pregunta cómo lo conseguí me levanto y me voy, señorita.

Por supuesto que no cumpliría la amenaza. Aunque no quería provocarlo. Por eso apelé a la inofensiva mención de Lola Recalde.

- Ah, la grande Lola - exclamó. Y luego se extendió en un comentario entre socarrón y elogioso de la compañera Recalde, de una lealtad a toda prueba, así que estuvo con ella, mire, señorita Sullivan, agregó ya un poco más serio, si vuelve a verla por favor ni una palabra sobre las fotocopias, además, yo, de todas formas, dijo, si usted lo hace negaré incluso haberla conocido.

Como me pareció entrever una brecha, le hablé, no de nuestro personaje sino del relato de Carlos en la punta de la escollera. Niño me escuchó atentamente, y cuando terminé mantuvo silencio como dudando en iniciar un comentario cualquiera.

- Bueno - se resolvió finalmente -. Ya no se trata de una infidencia sino de algunas rectificaciones. Por eso no creo estar faltando a mi promesa de reserva.

Rectificaciones, dijo, porque no quería que yo me llevara una idea falsa de esa estadía en Berlín. Él no sabía cuántos asistentes había tenido Max Reinhardt, pero en todo caso conocía la versión de otro, otro ex asistente de Max Reinhardt que había recalado en la Ciudad Vieja con un pequeño negocio de cueros. Eso fue unos años antes de la

guerra y duró hasta después de terminada, y la versión, él, Nino, la había conocido por Jacobo, el padre de Adela.

"Vamos por partes, dijo. Sí, Atahualpa estuvo en Berlín en los años 1930, 31, aunque nadie supo de una película y mucho menos de Leni Riefenstahl. Sí, hay una mujer en la historia, pero no es ella. El padre de Adela, Jacobo Gleiger, que como el vendedor de cueros era también oriundo de Lodz y se reencontraron en la Ciudad Vieja, me contó el final de otra relación de Atahualpa, relación digamos amorosa, con una estrella de la canción y el cine. Yo le digo el nombre y usted seguramente ya oyó hablar, porque después hizo una gran carrera durante el nazismo. Ahí debe estar la confusión, Handler debe haber mezclado los nombres y sacado conclusiones apresuradas a partir de los pocos fotogramas que pudo ver en la cinemateca. Porque según usted, él mismo dijo que el estado de esos metros de celuloide era deplorable. ¿Cómo identificar a un Atahualpa de apenas veinte años entre palmeras de cartón y en medio de coreanos? No, el otro ex asistente de Max Reinhardt, el que se instaló en la calle Reconquista, le contó al padre de Adela que Atahualpa conoció a Zarah Leander y tuvieron una relación intensa y breve, que terminó cuando los admiradores de la Leander, un grupo de homosexuales militantes que adoptara a la cantante y actriz como ídolo, se sintió desplazado por ese extranjero petulante y además hetero. Y una noche lo esperaron a la salida del taller de Max Reinhardt y lo amenazaron. Parece que con cadenas y látigos. Pocos días después, mientras nuestro futuro maestro se paseaba por una acera de la Unter Linden, se le tiraron encima y en pocos minutos lo desvistieron hasta dejarlo sólo en calzoncillos. Luego se fueron corriendo y saltando, arrojando a derecha e izquierda camisa, zapatos, pantalones, que algunos peatones recogieron con la intención de restituirlos a su dueño, recto en sus

calzoncillos en medio de la acera. El padre de Adela me contó el episodio sin dejar de reír. Y eso, parece, fue el final de la relación con la Leander".

Ahora yo tenía que elegir entre las versiones de los dos ex asistentes de Max Reinhardt. Como si hubiera adivinado mis vacilaciones, Nino, luego de una pausa, agregó:

"No creo que sea un invento. Porque mire, una noche, muchos años después, al final de un ensayo más bien calamitoso en el Odeón, Atahualpa, en un aparte algo confidencial, me susurró que, usted sabe, Nino, en otro momento yo habría tenido a mi disposición la actriz ideal para la señora Peachum, dijo, y a pesar de los años que pasaron, a pesar de los miles de kilómetros que nos separan y sobre todo a pesar de haberse dejado utilizar por los nazis - fíjese que dijo haberse dejado utilizar, no colaborar -, yo daría no importa qué para tenerla ahí, dándole la réplica a usted, Nino, la voz ideal, brumosa, cínica y canalla, como una perversión anticipada de lo que vendría después. No me dijo el nombre y no me atreví a preguntarlo, pero recordaba el relato de Jacobo, el padre de Adela, y no dudé de que se trataba de la misma mujer".

Me observó en silencio unos segundos y con la sonrisa astuta que lo rejuvenecía me previno:

- Haga de cuenta que no le dije nada. Y sobre todo no se le ocurra comentarlo con Lola Recalde.

De vuelta a Montevideo, Dora me entregó un sobre membretado Ministerio del Interior y que llegara por correo especial a su dirección pero a mi nombre. Se trataba de una convocatoria por asuntos que me concernían. Como no había expresa constancia de que fuera urgente, dejé la visita para más adelante y dos días después llamé a Lucio Estévez para enterarlo de mis gestiones con Nino y comentar con él los textos de las fotocopias. Me citó en su casa luego de advertirme que había novedades.

- Novedades - dijo cuando estuve sentada frente a él -. Porque yo escogí uno de sus capítulos ya redactados y se lo pasé a un amigo director de un semanario. Le interesó y la semana pasada salió publicado. Como lo pensaba, y recuerde que se lo dije, creo que es un buen comienzo. Pero eso no es lo único - agregó con satisfacción evidente -. La publicación provocó dos cartas de lectores.

Hizo una pausa esperando mi reacción. En realidad yo estaba algo desconcertada. No sabía de qué fragmento se trataba ni tampoco conocía el contenido de las cartas. Sólo hice un gesto que pretendió expresar esa ignorancia. El debió entenderlo porque inmediatamente me aclaró:

"Un relato de Jan, dijo. Lo elegí sabiendo que no podía pasar inadvertido. El encuentro de nuestro personaje con H. en Ginebra. Allí hay un material de reflexión sobre aspectos desconocidos de su historia personal. Zonas de sombra, diría un comentarista aficionado a lugares comunes. En todo caso una provocación. Y marchó, ya lo verá. Las cartas van a ser publicadas en el próximo número del semanario, tengo copias que me hiciera llegar el director. Aquí están".

Leí la primera:

Refutación del tren de las 21.04

Estimado señor Director:

En el N° 752 del semanario que Ud. dirige se publica un texto con el título "Encuentro en Ginebra", del cual quisiera señalar una imprecisión. La misma podría carecer de importancia si no fuera por el hecho de que se afirma consta en un informe supuestamente policial y de que vuelve a repetirse en un momento decisivo del encuentro de marras. En la línea 19, puede leerse: "Hay una fecha, 23 de abril de 1972. (...) Un tren que llega ese día a la estación de Cornavin, en Ginebra. El tren de las 21.04, proveniente de Basilea". Varias líneas más adelante: "Y a Ginebra, a la estación de Cornavin, el 23 de abril de 1972, llega el tren de las 21.04". Se trata por supuesto del ya indicado como proveniente de Basilea.

Desde hace 17 años soy funcionario de la UIT, Unión Internacional de Telecomunicaciones, con sede en Ginebra. Por razones personales, en varias oportunidades debí viajar a Basilea, ida y vuelta. Entre esas dos ciudades hay dos trenes diarios: el local y el internacional que parte de Hamburgo. Pero en ambos casos la llegada a Ginebra se produce a horas que distan mucho de la indicada por el autor del texto. Los trenes "provenientes" de Basilea llegan diariamente a la estación de Cornavin a las 12.34 y a las 17.22. Como el año mencionado, 1972, es anterior a mi incorporación a la UIT, estimé probable que los horarios hubiesen sido modificados en ese lapso. Para confirmarlo consulté Le Guide des Chemins de Fer de la Confédération Helvétique correspondiente a ese periodo, donde constan los horarios de llegada y salida de trenes de Ginebra. Por supuesto, hay algunas modificaciones. Pero a pesar de que ya en esa época existía una considerable actividad en la estación de Cornavin, pude comprobar un blanco horario entre las 20.53 (salida de un tren para Lausana) y las 21.19 (llegada de otro proveniente de París). Es decir que a las 21.04 no existía actividad alguna en los andenes de la estación central de Ginebra. En 1972, el internacional de Hamburgo entraba a la estación de Cornavin a las 18.45; el local, ya existente, a las 13.41. Descarto un posible desvío por Berna, pues es una pérdida de tiempo y no obedece a ninguna combinación lógica para alguien que quiera viajar de Basilea a Ginebra, aparte de que ese tren ya no "proviene" de Basilea y llega a Ginebra a una hora tardía de la noche: 23.03.

Aunque obvio, quisiera aclarar que esta carta no pretende cuestionar el encuentro relatado (no estoy habilitado para ello) sino los detalles horarios que lo hicieran posible.

Con la esperanza de que esta rectificación pueda ser de utilidad, lo saluda muy atentamente.

G.P. Cédula de identidad 50.50.34.

La segunda carta decía:

¿Una simple canallada?

Sr. Director.

He leído con indignación creciente el artículo titulado "Encuentro en Ginebra" publicado en el número 752. Aunque creo saber de quién se trata, las peripecias del llamado H. me dejaron más bien indiferente. Su relator, en cambio, no. Porque si bien éste es un personaje de pasado más que dudoso que no merecería ser tenido en cuenta, el hecho de que ahora se atreva a injuriar la memoria de alguien cuya conducta política fue un ejemplo para nuestra generación, debe ser denunciado como una vil maniobra que oculta inconfesados intereses. Porque, ¿qué pretende afirmar cuando escribe que "en el andén, desde hacía tres minutos, aguardando su llegada, ya prevenido, ¿quién?, nuestro querido y respetado maestro"? ¿Que estaba en connivencia con H. y su supuesta actividad de espionaje? Para sugerir luego, con un malsano placer por la insinuación calumniosa, que una consulta a los archivos de la Stasi permitiría tal vez establecer vínculos con no se sabe qué misterioso movimiento internacional digitado por Moscú. Quienes no conozcan a Jan Kdiam podrían pensar que su relato es fruto de una imaginación algo delirante y por lo tanto inofensiva. Pero los que llegamos a conocerlo sabemos muy bien que no se trata de juego y que la inocencia no es un atributo de su personalidad. No, el objetivo perseguido con estos métodos despreciables es el de confundir a la opinión respecto, no sólo a una personalidad intachable de nuestro mundo cultural, sino a la trayectoria sacrificada y no menos intachable de un amplio sector de nuestra izquierda. Tarea a la cual están abocados con entusiasmo los turiferarios de siempre.

A la indignación debo agregar la tristeza de comprobar que un semanario como el dirigido por Ud. pueda conceder espacio a estas maniobras canallescas.

Atte. J.T.M. Moreira.

- Bueno - dijo Estévez después de que le devolviera la cartas -. Como ve ya estamos lanzados. Porque la edición, mi estimada cómplice, es también un problema de estrategia. Mover los peones y todo eso.

Luego:

"Incluso aquí, en un medio tan modesto como el nuestro. Hace unos años, dijo, existía una editorial cuyo patrón era a la vez encargado de la página literaria del semanario más influyente del país. Los libros que publicaba su editorial recibían una inmediata acogida favorable en dicha página. Por supuesto, bajo firmas variadas, nunca la suya. Método eficaz de promoción aunque, reconozcámolo, de elegancia algo discutible. Un poco más sutil fue el recurso de otro contemporáneo, alguien que, para decirlo con una fórmula de Karl Kraus, "era conocido por su notoriedad" y que, quizá para no perderla, publicaba regularmente los sueños de su mujer, con nombres propios, ambos, autor y soñadora. Con usted tengo otros planes, digamos no tan escandalosos. ¿Pero qué es eso de la carta del Ministerio del Interior?".

Dije que lo ignoraba y le hablé del encuentro con Nino, de las páginas fotocopiadas que había logrado obtener. Como esperaba un comentario agregué que el material era desparejo aunque del mismo surgían algunos aspectos para mí inéditos del personaje.

- Su amigo, Nino, debe haber retenido lo más interesante. En todo caso lo más privado.

Pero él no demostró interés en los detalles. Me recomendó grabar esas páginas en una disquete, nunca se sabe, dijo, lo mejor es que nadie se entere de que las pasea en la cartera.

- Otros planes - repitió -. Tal vez no en lo inmediato, porque el tema no está todavía agotado. Pero cuando usted crea que ya no da para más, la desaparecemos. Eh, qué le parece.

Nada. Qué podía opinar. De alguna manera, y dentro de los límites que él mismo se fijara, Estévez ya era partícipe del proyecto. Aunque ni siquiera le interesaba hojear esas páginas del "Diario". Y en cuanto a sus famosos planes, luego se vería. Por ahora yo me sentía tan libre como antes.

- No se preocupe - dije recogiendo las hojas manuscritas -. Voy a sacar una disquete. Y mañana mismo pasaré por el Ministerio para ver de qué se trata.

Copié:

26 de julio, dos de la mañana:

De vuelta de la función de "Marat-Sade". La obra podría ser un capítulo de "La estética de la resistencia", libro que casi nadie leyó. Error, los camaradas podrían extraer muchas enseñanzas. Pero, como siempre, prefieren la consigna, el populismo fácil, el enemigo señalado con el dedo. Un monumento de tres volúmenes que nunca fue desmontado porque en realidad nunca existió. Menos mal que Weiss decidió dar forma teatral a este capítulo inexistente. El teatro, porque más cómodo, puede dispensar de la lectura. Claro, él no podía adivinar que la obra caería en manos de su compatriota. Pero no es indigno, el espectáculo no es para nada indigno. Es "evidente", eso, la puesta es evidente. Tiene brío, es eficaz, ni un minuto que perder, pero como si todo pasara de este lado del escenario, como si entre el escenario y la platea no quedara espacio alguno para que las réplicas o la acción fueran algo más que réplicas y acción. Sí, este muchacho, Wolff, es hábil y elocuente. Incapaz, sin embargo, "tanto de música como de silencio".

19 de agosto

Descubro, tardíamente, este verso de Rilke: "La belleza no es sino el comienzo de lo terrible". Mierda! Podría ser un comentario al opus 131, o a Rothko. Sólo que la pintura de Rothko es ya lo terrible.

Domingo de tarde:

La ruptura de relaciones con Cuba era inminente; la manifestación del viernes por Dieciocho, aunque inútil, necesaria. El grupito nuestro se había formado por azar en medio de una muchedumbre entusiasta e indignada: Elder, Leonor, Armando Migone, Braidot, Andrés Castillo y algún otro. Los camaradas nos habían prevenido contra provocaciones, pero cuando llegamos a la altura de la Biblioteca Nacional y antes de que empezara el acto en la explanada de la Universidad, ya no fue provocación sino directamente ataque. Primero escuchamos el ruido amenazante de los cascos de los caballos de la Guardia Republicana; luego vimos a los jinetes que, machete en mano,

surgieron desde Sierra y también desde Guayabo, avanzando en medio de la gente que comenzó a huir despavorida. La confusión era enorme, y entre gritos y empujones escuché a Braidot que repetía gritando "la escalera, suban la escalera, métanse atrás de las columnas". Yo tropecé con alguien y un brazo me agarró con fuerza por el codo y creo que subí uno o dos escalones de la Biblioteca pero resbalé, allá abajo era un amasijo de piernas y zapatos y cuando quise incorporarme ya casi no había nadie, sólo las patas de un caballo moviéndose en círculo y no supe si fue machete o casco, sentí el dolor en el hombro y en seguida un cuerpo que caía sobre mí, me aplastaba al suelo pero como si quisiera protegerme de otros golpes, la voz femenina diciendo "no se mueva, no se mueva", el ruido de los cascos alejándose y Leonor liberando mi cuerpo y ella y Elder ayudándome a subir los escalones hasta la puerta cerrada de la Biblioteca. Desde allí vimos la explanada ya casi desierta, algunos rezagados tratando de escapar y los caballos caracoleando amenazantes. En dos o tres minutos, la brutalidad de la Republicana había terminado con la manifestación. Me dolía el hombro, pero cuando Elder me preguntó si estaba bien, si no me había pasado nada, le hablé del golpe aunque sin darle importancia. El insistió. Y también Leonor. Los demás se habían perdido en la confusión. Bajamos la escalinata y abandonamos el lugar después de que yo aceptara un examen para ver si había herida abierta o qué. Atrás de la biblioteca, bajo un farol y asegurándonos de que por allí no había milicos, me saqué el saco y abrí la camisa pero no, sangre no había, aunque cuando Leonor me tocó el hombro casi pego un grito. Otra vez discusiones y Elder diciendo algo de que a lo mejor fractura y en todo caso una bolsa de hielo contra la hinchazón. Mis protestas no sirvieron de nada, y dos cuadras más adelante, al llegar a la puerta del apartamento de Leonor, Elder se disculpó, volvía a Dieciocho para ver cómo andaban las cosas.

Aparentemente no había fractura. Después de sacarme el saco e incluso la camisa, Leonor había guiado suavemente el movimiento de mi brazo en varios sentidos sin que sintiera nada en las articulaciones, aunque el hematoma era más oscuro. Después envolvió cubos de hielo en una toalla y yo mismo mantuve durante un rato el bulto helado sobre el hombro. Nos quedamos callados, incómodamente callados. En realidad, nunca habíamos tenido una verdadera conversación. Acaso un cambio de palabras, de saludos, ella estaba en otro grupo y ni siquiera había participado en alguna de mis puestas. Era una muchacha más bien tímida, seguramente leal y generosa, y creo que siente por mí una verdadera admiración. Y eso, en aquel momento, tal vez me incomodaba más aún, porque aparte de alguna palabra torpe y sincera de agradecimiento - me había protegido con su cuerpo, ahora hacía de

enfermera -, no sabía qué tono adoptar con ella. Todo era tan falso, tan artificial. Ahí estaba yo, alguien consciente de que tenía el triunfo fácil; ella, que yo sabía humillada por una reciente y penosa historia amorosa con colega canallita. Había algo de patético en su tierna autoridad para imponerme renovar hielo y toalla, como si con esa o cualquier otra iniciativa tratara de ocultar lo que había de vulnerable en ella. Frágil defensa que no habría sido difícil doblegar aunque no fue por piedad, al menos no por esa forma de piedad que uno sabe equivoca, o pretexto. Porque además no se requería ser muy lince para darse cuenta de que esta muchacha no colecciónaba trofeos, a la manera de nuestra amiga de la Comedia Nacional con Michelini. Tampoco para imaginar la continuación, cuando me pusiera de nuevo la camisa y el saco, porque yo estaba decidido a irme, un segundo puñado de hielo contra el hombro, palabras que evitaran herirla y a la calle. Ella ordenaría dos o tres cosas en la pieza, tomaría sola el café que yo rechazaría, se asombraría tal vez por la obstinación de la tristeza. Lo pensé en aquel momento y sigo creyendo que, la pucha, estamos bien embromados con nuestro famoso pudor nacional, cómoda excusa que no consuela de no osar el gesto o la palabra simple, de no bajar por un momento la guardia, que además no guarda nada. Pero tal vez ahora mismo, cuando lo escribo, me estoy haciendo trampas. ¿Exceso de escrúpulos o simplemente porque no era, no es mi tipo?

sábado 24:

Sobre "El sonido y la furia":

Faulkner no muestra una fotografía sino el revelado de una fotografía. El proceso de revelado va destacando manchas, sombras, contrastes de luz, algo que se va armando, que vacila o se afirma, un detalle pierde relieve, otro lo destaca. Y cuando la foto parece definirse en una jerarquía de planos y perfiles más o menos identificables, Faulkner interrumpe el proceso: no habrá fotografía. En general, los otros escritores llegan directamente a la foto, saltean o descuidan el revelado. Fingen creer que el resultado dice todo. Y en un sentido tienen razón: sí, dice todo. Salvo el resto.

martes 4 de octubre:

Leo en el diario un pequeño recuadro que informa de la muerte de Pablo Pérez. Del "canario" Pablo Pérez. Uf, recuerdos. Cuánto tiempo de aquella final contra Nemesio Llovet, en la cancha de Millán y Raffo. Ya no recuerdo quién ganó. Me acuerdo, sí, de la imponente presencia del canario, casi dos metros de un físico nudoso y fuerte; del asimétrico Llovet, con aspecto de viajante de comercio e inclinado a un costado

para lanzar el bochazo a media mano. Dos estilos completamente diferentes. Súbita imagen del típico gesto del canario, de esa, su manera displicente de prepararse a bochar, de avanzar los tres pasos antes de agacharse para que la mano, al final de la curva brutal del brazo de atrás hacia adelante y a medio metro del piso de conchilla, suelte la bocha que sale horizontal, como un balazo, y encuentre infaliblemente la más próxima al chico, la de su adversario, hasta ese momento ganadora. Bochazo clásico, bajo mano, pero de ejecución impecable y económica, el mínimo recorrido de la bocha hasta su blanco debido a la fuerza del brazo, una recta apenas alterada al terminar su impulso, plaf, el estallido neto del choque. Simple, hermoso gesto el del canario Pablo Pérez. "Los bochófilos de duelo", titula el recuadro. Yo nunca lo fui, pero igual me inclino ante el artista.

viernes 13:

A nadie se le puede ocurrir opinar sobre los eventuales méritos de "Stefano" y de su autor, Armando Discépolo, a partir de una réplica que en versión galponera Gentile le dirigiera a Sara: "¡Levantate esa media!". Réplica impecable, es cierto. No obstante, sin riesgos de escándalo podría estimarse insuficiente para juzgar una obra de teatro. Otros, en cambio, o los mismos, no tienen reparos en elogiar autores señalando aciertos no menos parciales y escasamente significativos. En una reciente reseña de la última película de Woody Allen, el crítico destaca, para legitimar su entusiasmo, una frase dicha por el propio autor-protagonista: "Cada vez que escucho a Wagner tengo ganas de invadir Polonia". Aunque apele a estereotipos, hay que reconocer la eficacia de este ejemplo militar-musical de humor algo pardusco. Eso sí, formulado verbalmente. Por lo tanto habría que reconocer también que esa eficacia se reduce a su expresión oral, salvo si la misma estuviera apoyada por una imagen que no sea solamente la imagen del autor-protagonista diciendo su texto, como es el caso. Porque de lo contrario uno tiene el derecho a considerar esa imagen como algo tautológico. Es decir, inútil. Y eso, para un cineasta... Se me ocurre pensar en la respuesta de Peloduro, cuando al entrar al ascensor del *Habana Libre* la ascensorista lo recibe con la consigna de la época: "Patria o muerte, compañero". El humorista vacila unos segundos y responde: "Y bueno, si hay que elegir elijo patria". A Peloduro nunca se le ocurrió filmar su chiste (aunque en el mismo la imagen anda por ahí). Lástima, porque si no algunos apresurados le hubiesen atribuido el estatuto de genial cineasta. Pero él sabía que tenía auditorio y lectores, no espectadores. El señor Allen posee un talento cierto para la ocurrencia oral o escrita, cualquier espectador puede comprobarlo.

11/4/87

De vuelta de Buenos Aires. Bien, después del tratamiento. Acaso una extraña sensación de levedad y blandura que parece extenderse a todas las cosas que me rodean. También una ausencia de matices, como si esa misma levedad atenuara aristas y colores, opacara gestos, achatará el paisaje de la ciudad. No, la gente que encuentro parece seguir en lo suyo, y me doy cuenta de sus esfuerzos para demostrarme una simpatía que no esté viciada por la compasión. Nadie menciona mi estadía en Buenos Aires, mis viajes regulares, nadie excede ese interés convencional que uno demuestra por la salud del otro. Tendría que agradecer esta discreción y no quisiera ser injusto, pero me da la impresión de que todo esto suena demasiado artificial. Con mi ayuda, no me excluyo. Y teniendo en cuenta que (frase interrumpida).

Dos horas después:

Ahí está sin responder el cuestionario que me enviara la señora Piglia. Desde hace tres semanas. Me prometí no hacerlo, dejar pasar el tiempo, no responder nada, pues tendría que trampear o simular. Y a esta altura no tengo ninguna necesidad. Pero podría ensayar. Para mí, para ver si soy capaz de no hacerme trampas. Y si no todas, al menos algunas preguntas, según el humor o las ganas.

La periodista había dividido el cuestionario en temas. De pronto sentí curiosidad. ¿Por qué no admitir que sí, soy muy vanidoso? ¿Que el MLN, en su época, tenía razón? ¿Por qué no responder con un monosílabo inesperado y tajante a la pregunta sobre mi confianza en el teatro popular? Por ejemplo, cuando interroga con una grandilocuencia fingida que quién, en mi larga experiencia, "ha ejercido la influencia más importante" (pregunta n°14. ¿Por qué numeradas?), puedo ensayar, sin la habitual y también fingida modestia, la única respuesta honesta: mi tío el Tolo. Y extenderme:

Mi padre tenía un hermano bastante menor que él. Algo así como la oveja negra de la familia : ciclo escolar interrumpido en tercero, sin empleo fijo o siquiera provisorio, sin oficio alguno, a los veinticinco años mi tío el Tolo era un desocupado que los vecinos del barrio soportaban, e incluso respetaban, porque había sido titular de la reserva del Racing de la capital durante tres o cuatro temporadas, porque era casi imbatible a la carambola y al casín, capaz de aguantarse en una mesa de tutte, de mus o de monte criollo hasta las cinco de la madrugada, y uno de los pocos en la ciudad que bailaba el tango cruzado. Me llevaba diez años, y en plena adolescencia yo estaba en busca de un mentor. Con

Él aprendí a no levantar un tres al compañero de tutte remate, a armar un paquete para la mano de truco, en el fútbol, a amagar un movimiento antes de hacerlo, a calcular el del contrario, y si bien nunca pasé del pobre estilo familiar y clásico de bailar un tango no creo exagerar diciendo que el discípulo terminó siendo mejor billarista que el maestro. Único consuelo, porque en lo demás era una mala copia de sus gestos y opiniones, imitando incluso esa forma de humor con la cual ridiculizaba nuestro pequeño mundo provinciano. Dependencia directa que duró hasta mis veinte años. Pero que dejó sus huellas. Mucho tiempo después, ya instalado en Montevideo y obligado a decisiones propias, me preguntaba a veces qué, en esas circunstancias, habría decidido u opinado mi ex compinche el Tolo, inalcanzable en algún boliche lúgubre de Canelones, con qué palabras burlonas habría comentado mis vacilaciones, qué accesorio de la voluntad habría aconsejado dejar en el vestuario. Más tarde los primeros fracasos, algún acierto, gente diversa diversamente querida, fueron oponiendo reparos a ese cómodo recurso. No tuve noticias suyas hasta 1954, cuando al final de una función de "Así en la tierra como en el cielo" lo encontré en el hall del teatro, esperándome. Tenía los dientes estropeados, la ropa parecía flotar sobre su cuerpo enflaquecido y era evidente que el lugar le resultaba incómodo. Caminamos hasta el café de Roxlo. El, mudo; yo diciendo bobadas. En la media hora que siguió sólo atiné a preguntar por viejos conocidos, algunos ya desaparecidos, ni siquiera por su salud porque temía la respuesta (el Tolo moriría seis meses después). Tampoco quise saber si había asistido al espectáculo. Aunque él no expresara signo alguno de que fuera así, yo me sentía juzgado, a la defensiva, como devuelto a la dependencia de mis quince años. Pero también supe que no habría otra ocasión, que esos balbuceos eran el torpe, inútil intento de rescatar hilachas de una antigua complicidad, que, sin proponérselo y con apenas su presencia, él me ofrecía por fin la libertad en mis errores y proyectos, como si a partir de ese momento el rechazo del patriotismo obtuso de mis compatriotas fuera una convicción propia y no el remanente de su jovial desprecio por todo chovinismo. No supe si había asistido al espectáculo, en cambio, al despedirse, me sorprendió su comentario. Porque no podía saberlo, aunque sí, como dijo sospechar, el mejor momento del teatro es cuando uno llega solo, antes de un ensayo, y se sienta en silencio en medio de la platea penumbrosa y desierta.

Esta habría sido mi respuesta a la pregunta n° 14 de la señora Piglia.

Y a la 19 no, no tengo muy buena opinión de los actores. Ellos no lo saben, pero se trata de un malentendido. El actor tradicional va a desaparecer. En este siglo logró sobrevivir a Pirandello y a Brecht, a Beckett. Pero el porvenir del teatro es Pina Bausch. O Bob Wilson.

lunes 28:

Descripción de manos (para un juego de salón: ¿quiénes?).

"Las lentas manos nudosas, desde siempre sometidas a la tiranía de la tierra, lúgubres, ásperas y resignadas".

(las manos) "... hicieron cosas, y se gastaron".

(las manos de Paula posadas en el volante del auto detenido, y los dedos) "... blancos y calmos, a la espera de un comienzo de historia, de una decisión o de un capricho para defenderse o someterse, dispuestos, en esa quietud engañosa, a la generosidad o a la malicia, a lo que en definitiva preferí creer era una voluntad, una promesa de ternura".

"... esa mano apacible, nocturna".

Contribuyo a descartes más bien obvios: ni L.S. Garini, ni Armonía Somers, ni Estrázulas, ni Tomás de Mattos, ni M. Levrero, ni Paulina Medeiros, ni...

Munida de convocatoria y pasaporte, desprevenida, porque ninguna razón para inquietarme, atravesé el hall del Ministerio del Interior. El primer empleado me indicó ascensor y número de piso; el segundo un corredor y una puerta amarilla; el tercero, luego de hacerme esperar unos minutos, volvió con la información de que el Subsecretario me rogaba pasar a su despacho.

Cuarentón, robusto, ninguna coquetería para disimular una calvicie devastadora, el Subsecretario me recibió cordialmente y desde las primeras frases me dio a entender que no ignoraba las razones de mi presencia en la ciudad. Aunque no se extendió demasiado en los detalles. En un momento comenzó a hablar de teatro, de la época en que su padre dirigiera y administrara la salita de la calle Maldonado, su padre, primer junior del linaje - él había heredado el segundo junior -, la sala donde a menudo, cuando acompañaba a su padre siendo niño, se dormía en un rincón de la platea. Años de eso, claro, pero creía que de allí venía su relativa indiferencia por el teatro.

Yo lo escuchaba algo desorientada. Era evidente que no me había convocado para contarme la saga familiar o sus preferencias personales. Y me pareció que la elocuencia de su discurso lo liberaba de una cierta molestia, como si con él - menos el texto que su mera locución - atenuara la ingrata tarea de su función, ésa que mi presencia le imponía. Sospecha que debió alertarme.

Continuó diciendo que aquellas siestas en el San Antonio desalentaron toda vocación teatral adolescente. Y que además ya, a esa edad temprana, había elegido a su ídolo, a su guía, el primero de los tres Césares, su abuelo. Aunque nunca tuvo la pretensión, aclaró

para nadie, pues yo ni siquiera sabía de quién se trataba. Y no por humildad sino probablemente por pereza, insistió. Por comodidad. Una carrera menos ambiciosa, menos expuesta a los vaivenes políticos, a la intriga y a menudo a la calumnia. Pero que sin embargo no excluía situaciones desagradables, como por ejemplo esta.

Y entonces me enteré de los motivos de la convocatoria: visa turística caduca, estadía ilegal en el país. Yo había descuidado completamente esos detalles y de todos modos no me pareció muy grave, estaba dispuesta a hacer las gestiones para una renovación. Sin cambiar de tono pero con una leve irritación en la voz, algo más subsecretario que antes, me explicó que normalmente esos problemas se resolvían a una escala jerárquica inferior, sin su intervención directa, y que él habría preferido que ese hubiese sido el caso. Si no lo era se debía no a una repentina vocación o interés personal para tratar asuntos de ciudadanos australianos sino a su natural respeto de órdenes superiores. Y aunque él no estaba obligado a informarme yo debía saber que hubo denuncias, algunas anónimas, presiones, al más alto nivel, y esta conversación era el resultado. Otras precisiones no, lamentaba no estar autorizado. Como reiteré mi intención de hacer gestiones para renovar la visa, él, amablemente, trató de disuadirme. Por supuesto, yo estaba en mi derecho de hacerlo y él tampoco podía impedir que me presentara a consulados en países vecinos, pero han recibido instrucciones, dijo, sería una pérdida de tiempo.

Me tendió el pasaporte y en la sonrisa había más alivio que simpatía. Dijo ya ve, como prueba de confianza. Además no es tan urgente. Tómese dos o tres días para arreglar sus cosas, comprar algún producto típico, despedirse de amigos.

Después de haber comentado la entrevista con Dora, para quien el incidente no tenía importancia, una intimidación, no iban a embarcarme

en un avión por la fuerza, esa misma noche Estévez me escuchó con atención.

- Esto nos hace avanzar a los saltos - exclamó -. Promoción gratuita. Imagínese: periodista extranjera expulsada injustamente del país y otros inevitables lugares comunes de la indignación. Ah, no, esto no lo hubiera inventado ni el viejo Milla en su mejor época.

- ¿Inventado qué?

- Ese tipo, Sally, el junior dos, ¿le parece serio, capaz de cumplir su amenaza?

- Capaz de cumplir órdenes, sí.

Después de un silencio, Estévez dijo bueno mire y trató de explicarme. En realidad era como si hablara consigo mismo en voz alta, ahora tenemos dos opciones, dijo, y no hay apuro, por lo menos un par de días de plazo, podemos no hacer nada, esperar para ver si la amenaza es en serio, y si lo es sacar partido del escándalo, yo puedo encargarme de informar a la prensa, de que haya fotógrafos en Carrasco. Pero está la otra, continuó, ya le había dicho, la otra opción: la desaparecemos. Dentro de tres días pasan a buscarla y nadie, ni siquiera una pequeña maleta, ni un papel, nada, desaparecida. Hay una casa en un balneario desierto y alejado, tengo la llave, creerán, tal vez, que se asustó y se volvió a sus lares. Porque el problema, dijo, era que yo no había elegido la libertad. Si fuera una exiliada cubana que escribía sobre, y contra, Cuba, ya habría editoriales extranjeras compitiendo por los derechos de traducción. Pero a falta de una Cuba carcelaria, en ausencia de una Zoé Valdés que nos la cuente, podemos intentar otros recursos. Hay que pensarlo. Déjeme pensarlo.

Confusa, porque tenía la impresión de que Estévez perdía un poco el sentido de la realidad, y porque además lo que él llamaba opciones llegaban a un mismo, idéntico resultado, es decir alejarme de la ciudad

y por lo tanto de la oportunidad de continuar acumulando material y testimonios, intenté alguna protesta inconvincente, insinué que quizá otras soluciones, no sabía muy bien cuáles, pero yo no podía abandonar así, súbitamente, mi lugar de trabajo.

Estévez escuchó mis balbuceos con atención. Luego:

- McGuffin - dijo -. Hitchcock afirmó que para empezar a relatar una historia siempre hace falta un McGuffin. Y contaba: dos amigos se encuentran en un tren. En la red del compartimiento hay un estuche, parecido al de un instrumento de música pero de forma extraña. Uno de los amigos pregunta: "¿Qué es eso?", y el otro responde "Es un McGuffin". "Ah, bueno", dice el primero. "¿Y para qué sirve?". Y el otro: "Para cazar leones en las montañas de Escocia". Y el primero: "Pero en Escocia no hay leones". A lo que el otro concede: "Entonces no es un McGuffin".

Como debía haber interrogación o estupor en mi mirada, él, al final de una breve pausa, continuó.

- Por ejemplo, usted decreta que en el Pentágono robaron un documento ultrasecreto y zás, cada uno asimila la información sin preguntarse siquiera qué puede contener ese documento. Es un McGuffin. Ni más ni menos verosímil que la cucaracha en la cual se convierte Gregorio Samsa desde la primera línea de la primera página. La historia puede comenzar -. Y me apuntó con el índice, sonriente: - Usted tiene un McGuffin; los leones deben estar por algún lado.

- ¿Qué leones, qué McGuffin?

Y Estévez:

- Ya no necesita andar dando vueltas por la ciudad, Sally. Usted ha juntado materiales suficientes. Para los insuficientes, tiene la foto. La terrible foto en La Habana. Eso es su McGuffin. Ya le dije, déjeme pensarlo: el escándalo o la desaparición. Todo ganancia.

El balneario tenía nombre de pelotaris vasco. La casa era amplia y podía alojar una gran familia. Yo elegí una de las habitaciones de la planta alta porque tenía una mesa de trabajo y porque Estévez, cuando me trajo hasta aquí, me dijo que desde la ventana podía verse el mar. Sí, el mar estaba ahí, la casa desierta y el teléfono sonaba una vez por día, yo aseguraba que todo estaba en orden y volvía a mi computadora portátil. Una semana de trajín agotador.

Siete días antes, todo había sido muy rápido y apenas había podido reunir mis pocas cosas. En media hora pasaba Estévez a buscarme. Antes de abandonar el apartamento dejé unas apresuradas líneas a Dora en las cuales me excusaba por no darle detalles y prometía larga carta que nunca llegué a escribir. Es decir que seguí, y sigo, las precisas, exhaustivas instrucciones de Estévez. El adujo razones que luego explicaría. Al subir al auto que esperaba abajo tuve la sensación de una huida vergonzosa, atrás quedaban no sólo Dora sino Dervy, Lola, Carlos, Reinberg, otra gente tal vez disponible a ayudarme; quedaba una ciudad con calles arboladas que olían la provincia bajo la feroz blancura del cielo a mediodía. Ciudad semejante a esa "puerta falsa en el tiempo" que ingenuamente me propuse franquear.

Durante los ochenta kilómetros de una ruta desierta, hubo tiempo para la explicación. Estévez comenzó diciendo que se había informado y sí, estaban dispuestos a aplicar el artículo previsto por la ley para casos como el mío y no, había tanteado redacciones de la prensa de izquierda pero sólo esquives y reticencias, ningún fotógrafo se desplazaría a Carrasco. Por eso el nuevo plan. Que yo debía seguir el pie de la letra. Luego me explicó que la casa era de un amigo ausente

provisoriamente del país y habría tiempo para ordenar todo el material reunido, para, con la nueva orientación del plan, redactar los textos de las entrevistas y los testimonios y mis propios comentarios e interpretaciones; él telefonearía diariamente, había un almacén en los alrededores y los veraneantes ya habían vuelto a sus ocupaciones, nadie sabría de mi paradero y ninguna razón para que me preocupara, la difusión de mi súbita e inexplicable desaparición era cosa suya. Comenté que todo eso me parecía una policial mediocre y él replicó que justamente, la mediocridad era un valor nacional muy apreciado y en este caso ayudaría a la promoción del trabajo que yo tenía entre manos. A la promoción, no a un juicio correcto, agregó con una ambigua ironía que no logró despejar mi malestar. Al final del camino polvoriento de entrada al balneario, la casa de dos plantas, insólita para el lugar y a oscuras, se me antojó una parodia gótica de los Monty Python. Sólo faltaban la bruma y una luna llena asomando entre nubes rápidas y amenazadoras.

El propietario del almacén era un criollo astuto, recto en sus sesenta años, parco, aunque al final de la primera semana se animó a hacer preguntas aparentemente inocentes sobre mi relación con Gallero, el dueño de la casona, sobre mi estadía y cuánto tiempo, sobre mi país y qué me parecía el lugar, nada que ver con el bullicio de Punta y demás, eh. En ese momento no lo mencionó, pero al día siguiente al que alguien apedreara de noche la ventana del piso superior y al escuchar mi relato no, dijo, no creo que tenga algo que ver, pero hace unos días unos muchachos en moto preguntaron, así, al pasar, quién en la casona y si él sabía y no sabía, cómo iba a saber, recién ahora y eso porque usted me contó, muchachos jóvenes, no de acá, acá, fuera de la temporada casi nadie, no los vi más, se habrán ido ese mismo día a Solís, o más lejos. Pero eso de las piedras. Hum. Siempre hay gurises

con hondas y otros que se divierten apedreando mulitas o pájaros. Los vidrios, ¿rotos?

La noche anterior me había propuesto cotejar los testimonios de Jan, los más dudosos, con otros más creíbles, para tratar de entender si realmente había falsedad en Jan y por qué razón, qué aspecto verdadero ocultaba esa mentira, cómo era posible descubrir en negativo al personaje que me importaba, dónde se situaba un equilibrio justo. La piedra golpeó la ventana en el momento en que la voz de Jan relataba en la casete el episodio de Colombia. Un golpe seco, no muy fuerte, que no logró perforar el doble vidrio aunque dejó una amplia superficie astillada. Me quedé esperando una segunda piedra pero nada. El día siguiente, la voz de Estévez en el teléfono me tranquilizó, no creía en una agresión deliberada, hay marginales, porque los marginales existen, Sally, gente para quienes eso es una forma de protesta, y yo diría legítima, la casona iluminada en medio de ese páramo, casi una provocación. O gurises, según Lladó, el almacenero, que conoce el paño.

Es posible, pensé esa vez y las siguientes, porque ningún alerta, yo caminaba por la playa, llegaba a la desembocadura del río y nadie, al muro de hormigón donde hace años habían escrito pretenciosamente el nombre del balneario y nadie, el lugar parecía desertado incluso por los escasos pobladores. Estévez tenía razón: ningún motivo de inquietud.

Los fragmentos no encajaban. Cuando comparaba relatos, páginas del "Diario", insinuaciones de Carlos, algún episodio dudoso, confesiones, tratando de encontrar una cierta coherencia que me permitiera avanzar en el conocimiento del personaje, tenía la impresión de proyectar un filme de montaje arbitrario y en el cual cada escena imponía un ritmo propio, se refería a una realidad en sí misma plausible

aunque autónoma, una sucesión de fases, alguno de ellos subliminares, cuya intención parecía ser la de enjuiciar el anterior, o el siguiente, como si la imagen propuesta por cada uno de esos fragmentos desiguales abandonara la escena con una guiñada cómplice dirigida no se sabe a quién, tal vez a mí, ingenua muchacha bienintencionada. Pero lo curioso es que cuando quería hacer coincidir todo eso con la foto de La Habana - mi McGuffin, según Estévez -, por algún lugar comenzaba a definirse un perfil, móvil y perverso, a la manera de una indecisa máscara de Ensor, superposición de líneas que a veces fugaban hacia atrás, derivaban a un costado o, raramente, se confundían entre sí para engrosar el trazo. Sí, me había faltado tiempo, hubiesen sido necesarias otras entrevistas, otros datos, una más paciente elección de testimonios. Pero aquí estoy, voy a registrar todo el material en el disco duro siguiendo las indicaciones de Estévez y el orden en que fuera recogido. Iré sacando copias. Luego habrá que analizar y hacer un montaje propio. Con esfuerzo, a lo mejor las líneas de tensión culminan en la foto. Los leones.

Pasé varios días sentada frente a la computadora. Una tarde soleada y tibia caminé por la orilla del río hasta el club, una construcción sin pretensiones, como todo el balneario, donde todavía quizá rondaban algunos rezagados del verano. Había alguien encargado de los escasos botes acostados en seco en la playita de arena. No, ya no estaban en locación pero él podría averiguar. Demoró en volver del club, se dirigió a una pequeña chalana y desde allí me llamó, después de haber recogido un par de remos de otra embarcación. Dijo algo de una excepción y arrastró la chalana hasta la orilla. Me descalcé, subí, ajusté estrobo y toletes y el hombre dio un último empujón desde la popa. Cuando empecé a remar alcancé a ver el perfil confuso de otros

dos hombres que observaban mi maniobra detrás de los vidrios de una ventana del club.

Remé perpendicular a la costa y luego me dejé arrastrar por la corriente río abajo. Desde allí el espectáculo era apenas algo más agradable. A babor, la mancha aplastada del cerro cerraba el horizonte con una mansa resignación a ese paisaje de relieves taciturnos. Y alejándose hacia atrás, el puente y su modesta elegancia, insistente pauta moderna que reclamaba su lugar sin mucha convicción o vigor. Sentí los pies mojados y recién entonces me di cuenta del plano de agua que se había formado en el fondo de la embarcación. Pensé que tal vez se debía a mi maniobra para subir a la chalana, pero casi enseguida me alarmó la cantidad de líquido que seguía acumulándose y busqué, detrás de mí y luego bajo el asiento de la popa, un recipiente cualquiera, aunque más no fuera esas viejas latas de aceite con las cuales se practica el achique. Nada. Estaba en medio del río y había dejado de remar, la corriente arrastraba y giraba levemente la embarcación, giro durante el cual alcancé a ver, ya lejos e inmóvil, la figura del hombre en el mismo lugar de la orilla donde había embarcado. La chalana hacía agua por alguna tabla mal calafateada, era evidente, o por varias fisuras, porque el nivel seguía subiendo, ahora a media pantorrilla. Intenté salir de la fuerte correntada remando en dirección a la orilla, pero el volumen de agua dentro del bote hacía penoso y casi inútil todo esfuerzo. Ninguna embarcación a la vista. Yo estaba en short y T-shirt, mis largas temporadas en Bondi, en mar abierto, con otras olas y otros riesgos, me habían fogueado lo suficiente como para encontrar incluso la situación relativamente divertida. Un poco menos su intención. Con el agua a la altura de las rodillas intenté nuevas remadas, pero la chalana era ya un peso muerto librado a la corriente. No había más de sesenta o setenta metros hasta la orilla, de modo que

cuando emergí luego de la zambullida el río bajaba menos rápido, un par de brazadas y al volverme vi la borda del bote, única parte visible de la embarcación, que se alejaba hacia la desembocadura. Hice pie en la costa pantanosa, no lejos de mi domicilio provisorio. Tal vez, me dije, los hombres del club habían observado todo el incidente con gemelos. El bote recalaría en algún banco de arena.

Después de cambiarme de ropa pensé en llamar a Estévez y relatarle el episodio. Pero él me había recomendado expresamente no telefonear. Salvo si era urgente. ¿Lo era? ¿O acaso sólo una broma de mal gusto de autóctonos xenófobos? Esperé su llamada habitual, y luego del relato hubo un silencio poco tranquilizador. Como corresponde al tono que sigue a ese tipo de pausa, su voz se hizo lenta y grave, no sabía muy bien qué pensar, dijo, una broma, no creía, tampoco en un descuido o negligencia, entonces era serio y yo debía andar con cuidado, él, en todo caso, se daría una vuelta dentro de tres o cuatro días.

Esa misma noche empezaron las llamadas. Nada. Llamaban y colgaban. La primera noche dos veces. No le di mucha importancia. Pero en la siguiente tuve que dejar mi lugar frente a la computadora - el teléfono estaba en la planta baja - también un par de veces. Al otro día Estévez, algo más alarmado, fue concreto: en la tarde del martes, dos días después, pasaba a buscarme para otro destino que no quiso precisar. Yo no debía descolgar el teléfono. Si él estaba obligado a telefonear, dejaría sonar tres veces y enseguida volvería a discar. Martes, en la tarde, repitió.

Me quedaban dos días para terminar de pasar todo el material, incluidas estas y otras anotaciones; por las dudas, para sacar también un par de copias. Tiempo suficiente. Si me apuro, mañana puede estar todo listo. Cuando termine visitaré al amigo Américo Lladó, el

almacenero, compraré el mejor vino que tenga y festejaré mi despedida a solas contemplando el mar por la ventana, mirando de reojo la foto, la obsesiva foto de La Habana. Luego, en algún lugar imprevisto, me espera otra etapa de trabajo. La etapa final, espero.

Apéndice 1

Montevideo, 31 de marzo de 2000

Señores Ugo Ulive y Jorge Musto

Estimados compatriotas:

Me permito enviarles las siguientes líneas porque de alguna manera ambos están en el origen del trabajo emprendido por la periodista australiana Sally Sullivan. Como podrán comprobar en la lectura de las disquetas anexas a este envío, su investigación fue interrumpida por razones que ignoro, aunque creo deplorables, y en circunstancias por lo demás confusas. En el momento de escribir esto desconozco por completo su paradero actual, situación preocupante de la cual me considero en cierto sentido responsable. No voy a extenderme sobre mi condición de editor ni tampoco sobre las reservas deontológicas que me merecen algunos profesionales del medio. Estos aspectos han sido fielmente reproducidos por la señorita Sullivan en su redacción de las varias conversaciones que tuvimos (textos incluidos en las disquetas anexas). Así como tampoco reclamo indulgencia por haber subestimado los grados de fanatismo y estupidez a los que pueden llegar algunos de nuestros conciudadanos. No es este el motivo de la presente, por lo tanto trataré en lo posible de ser breve y concreto.

El martes 21, hace diez días, tenía cita con la señorita Sullivan en el balneario en el cual creí ella podía continuar su trabajo sin ser hostigada por funcionarios y otros celosos de la textualidad. Al llegar encontré la casa e incluso los postigos cerrados. Como poseía un doble de la llave abrí y enseguida me llamó la atención el orden interno de la casa, como si estuviera deshabitada desde hace mucho tiempo. No era el caso pues Sally, si me permiten la familiaridad, ocupaba el lugar hacía por lo menos dos semanas. Subí al piso superior, pues sabía que era su lugar de trabajo. El mismo orden, la misma pulcritud, ningún rastro visible de una presencia reciente cualquiera. Y, ya alarmado, comprobé la ausencia de la computadora portátil, así como de papeles o disquetas que revelaran un abandono provisorio. Como el día anterior yo había confirmado la cita por teléfono, pensé que tal vez ella había preparado ya sus bolsos y los había depositado en algún lugar de la casa para salir a dar un breve paseo por la costa mientras esperaba mi llegada. Salí a la terraza y nadie en los alrededores. Llamé Sally, fuerte, un par de veces. Me avergoncé enseguida de los ohe! ohe! gritados al viento como un tarado. Volví a entrar. Recorrió el interior de la casona en todos los sentidos y ningún bolso. Tampoco el menor mensaje. ¿Para decirme qué? ¿Que había decidido irse sola? ¿A dónde? Desconcertado, me

senté un rato a esperar. No sabía qué hacer. Me negaba a pensar en una huida, era absurdo. ¿Y sin avisarme? Descartado. Recordé la pedrada, el bote agujereado, las llamadas nocturnas, mi alarma. Sí, pero no podía ser. Me dije que estas cosas no, no pasan. Tranquilo, me dije. Espero un rato más y llamo por teléfono. ¿A quién? Sólo había una persona que podía saber algo, si había algo que saber: Dervy. Sospechaba que entre ellos existía algo más que una relación amistosa. Yo tenía la agenda con su número. Nada, llamar y preguntar. Me atendió la empleada de la casa y me enteré que cuatro días antes Dervy había salido para Hamburgo, a operarse allá. Me sentí infinitamente mezquino cuando se me ocurrió que con Sally había desaparecido todo el material recogido por ella, ese libro potencial en el cual yo había puesto tantas esperanzas. Y sí, yo tampoco estaba inmunizado contra la nefasta influencia del medio literario. Era ya de noche, pero pensé que quizás el almacén de Lladó estaría aún abierto. Fui hasta allá. Había luz, y el propietario escuchaba la radio junto al mostrador. Me dejó hablar, sin bajar el volumen, y en sus respuestas me pareció evasivo y a la defensiva. Aunque en ese momento yo no podía saber. Dijo que tal vez, sí, una muchacha extranjera había pasado hace unos días por el almacén y no, no había prestado mucha atención porque tuvo que atender otros clientes, en todo caso él no podía asegurar que fuera la misma por la cual yo preguntaba. ¿Cómo? ¿En la casona de Gallero? Ah, él creía que estaba cerrada desde el mes pasado. Pero si yo lo decía. (El relato de Sally, en las disquetas adjuntas, revela la impostura.) Lo dejé junto a la radio sin estar para nada convencido.

Subí al auto y regresé a la casa. No sabía muy bien qué hacer allí. Encendí luces y di vueltas. No lo creía, pero a lo mejor alguien telefoneaba. Vi el vidrio de la ventana astillado, abrí cajones, miré al azar en la biblioteca y otros rincones propicios para dejar mensajes, entré en la cocina, donde también reinaba un orden impecable. En un estante, apoyado contra una caja de bizcochos, había un pequeño cartón con un dibujo más bien torpe. Era el dibujo de un animal que podía ser perro, pantera o tal vez león, por la melena. Ninguna anotación. Tampoco en el dorso. Pensé un dibujo de Susana, la hija menor de los Gallero. Iba a colocarlo en su lugar cuando tuve una súbita intuición: león, leones, McGuffin. Sí, ¿pero qué? ¿dónde? Miré a mi alrededor, la cocinera, la heladera, los otros estantes a mi espalda, el que tenía frente a mí, la caja de bizcochos. Levanté nerviosamente la tapa de latón. Al interior, una pequeña tarjeta en la cual estaba escrito "Por las dudas", y debajo dos disquetas. Entonces ella lo había presentido. Se había sentido amenazada y había escondido las copias con la esperanza de que yo entendiera la clave. Alivio que dejó

inmediatamente paso a mi ansiedad: algo grave había pasado. Si su ausencia fuera voluntaria habría llevado con ella las disquetas. ¿Qué había sucedido? Era urgente señalar su desaparición. Subí nuevamente al auto, pagué, en la ruta, los 45 pesos de peaje para poder cruzar a Solís y recorrer los tres kilómetros que me separaban de la comisaría.

Les ahorro las gestiones. Un escritor regionalista podría describir ambiente, mate, un par de dientes menos en el oficial de guardia, la vieja Remington con la cinta gastada, alpargatas. Y habría visto justo, pues los escritores regionalistas - o nativistas como se dice entre nosotros - son muy minuciosos y precisos en los detalles, por lo menos los que publica "Patria Chica". *Ante-la-indiferencia-de-las-autoridades*, la denuncia de la inexplicable desaparición de nuestra querida Sally Sullivan quedó registrada con mi firma al pie.

De vuelta a Montevideo hubo otras gestiones, todas formales y previsiblemente inútiles. Dora ignoraba el paradero de su amiga; con la ayuda de un primo aduanero tuve acceso a la lista de pasajeros de los últimos días en Carrasco, sin resultado alguno; traté de informarme en el consulado correspondiente pero los funcionarios dijeron desconocer la presencia en el país de un ciudadano australiano que respondiera a ese nombre. La desaparición que comenzara como inocente juego promocional de un autor se había convertido de pronto en texto suplementario que reclamaba su víctima: el propio autor. Un editor cínico podía considerar esto como una buena noticia. Aunque su cinismo sería puesto a ruda prueba si las aguas arrojaran un cadáver a la costa. Melodrama aparte, debo confesarles que el silencio de los días siguientes aumentó considerablemente mi preocupación. Que sigue tanto o más vigente.

Las disquetas, dos copias idénticas a lo registrado en el disco duro de la computadora, contienen todo el material recogido por nuestra amiga Sally hasta el día antes de que yo comprobara su desaparición. Sospecho provisoriamente su orden. Como verán, se trata más bien de una acumulación de testimonios y de observaciones propias - que según su intención explícita la autora debía reelaborar con comentarios e interpretaciones. La brutal interrupción de la encuesta no creo invalide el material recogido. Lo deja trunco, es cierto. Pero al mismo tiempo le aporta un misterio adicional, debido a la inexplicable intervención de elementos ajenos a la propia encuesta.

Prometí ser breve y me excuso, pero ustedes tenían que saber cómo habían pasado las cosas. Si la lectura de las disquetas reproducidas les sugiere un comentario cualquiera (o un desmentido, una rectificación, un agregado), les agradecería me lo hicieran saber. Ustedes conocieron al Maestro; también, creo, a algunos de los

entrevistados. Por lo tanto es posible que hayan sido contemporáneos o testigos directos de algún episodio ignorado por Sally. Aun ausente, provisoriamente, espero, ella, estoy seguro, aprueba sin reservas este pedido de colaboración.

Quedo a vuestra disposición para cualquier otra aclaración necesaria. Muy cordialmente.

Lucio Estévez

Apéndice 2

Chacao, 21 de abril de 2000

Señor Lucio Estévez

Me confieso sumamente sorprendido por su carta y los disquetes adjuntos (que usted feminiza pintorescamente llamándolos disquetas, pero le aconsejo que vea el DRAE más reciente, p. 559).

Permítame decirle ante todo que jamás oí hablar de la tal Sally Sullivan; es más, la única australiana que conocí en mi vida se llama Luana Bourke, actriz del teatro independiente uruguayo y militante de izquierdas (perdón por la redundancia), que durante un breve lapso supo ser cálida amiga.

La lectura de los susodichos disquetes logró asombrarme hasta la exasperación. Aparezco allí mencionado varias veces, nunca de manera halagadora. Por ejemplo, para citar una entre tantas, uno de mis más queridos compañeros, Dervy, habría dicho alguna vez (¿cuándo?) en Solymar: "Cuidado con Ulive...", etc., etc.

Lo peor, sin embargo, no es eso sino la atribución que se me infinge de dos cartas recibidas por la presunta periodista: en la primera, escrita para colmo desde un hospital, aparece una mezcla horrorosa de verdades a medias (mi admiración hacia Coseriu y Carlitos Real y mi orgullo por haber sido su discípulo), junto con monstruosas invenciones, la mayor de las cuales es el irónico desdén con que me referiría a mi entrañable Jorge Musto. Siempre he admirado a Jorge, he sabido valorar su irrenunciable y vertical actitud política, que en su momento le acarreó inmensos sufrimientos físicos y espirituales sin quebrarlo nunca, su empecinado amor por las palabras, que lo ha llevado a crear todo un mundo literario injustamente (?) ignorado por

sus compatriotas y, en fin, su profunda calidad humana demostrada en todo momento, incluso ahora, en su avanzada ancianidad. Yo sería incapaz de describir su vida en París de manera tan malintencionada como lo hace el anónimo escriba - aunque cierta razón tiene, prueba de que lo conoce bastante bien -, menos todavía de caer en lugares tan comunes como "Nuestra América", esa gastada expresión martiana, y mucho pero mucho menos aún incurría en el solecismo de citar (horresco referens) al abominable cubano que responde a las siglas G.C.I., la Jibaroinglesa en la divertida taxonomía de Reynaldo Arenas.

Reconozco, eso sí, que suscribo enteramente la segunda carta que se me atribuye (o lo poco que se puede saber de ella ya que aparece en forma de perífrasis), sobre todo la referencia al mito de Anteo, que Atahualpa mencionó innumerables veces en presencia de propios y extraños. Supongo que fue en esa circunstancia o tal vez de tercera o cuarta mano como la conoció y pudo reproducirla el dudoso personaje - ¿o serán varios/as? - que se atribuye la autoría de este desdichado artificio. Desdichado en más de un sentido, por la fragilidad de sus patrañas y principalmente por lo irredimible de las monsergas seudo novelísticas a que fui sometido mientras sufría la lectura de los tediosos disquetes.

Podría inventariar disparates incansablemente, pero sólo voy a limitarme a uno: el presunto fracaso del espectáculo "Juan Moreira", fracaso que solamente existió, si acaso, en la opinión de muy contados "críticos" de entonces. Yo, como encargado técnico del montaje, estuve presente en todas las funciones y no podré olvidar nunca aquellas noches triunfales en calles y estadios, especialmente en la ciudad de Mercedes, donde todo culminó con una payada a contrapunto entre Molina y Arellano que desató una ovación interminable. Como no es mi costumbre emitir opiniones sin fundamento, remito a quien pueda interesar el tema a un reciente y excelente libro, mezcla de autobiografía e historia oficial de El Galpón, debido a la pluma de César Campodónico, "El vestuario se apolilló" (Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1999, p. 30). En sus raquínicas lucubraciones, la tal Sally (?) dice que Atahualpa dijo (recurriendo a Steiner, ese vienesé improbable) que "no había sabido poner el acento dramático en el lugar correcto" (sic) y menciona como argumento la escena del asesinato del héroe. La verdad es muy otra y tengo a Hugo Bolón (conocido ahora como el Sordo Hugo) que podría oficiar de testigo si hiciera falta. En cierta inolvidable conversación nocturna con nosotros dos, el Maestro confesó que el poco relieve de la escena final se debió primordialmente a las notorias limitaciones del comediante a cuyo cargo estaba el papel de asesino. No es que fuese un mal actor - y creo que ni siquiera es mencionado en el programa como Sargent Chirino -, en eso

estábamos de acuerdo, pero su excesiva sobriedad (adquirida según Bolón durante sus años de aprendizaje en el Actor's Studio de Nueva York, ciudad que amaba hondamente) no se avenía a las dimensiones heroicas de los estadios y calles donde fue escenificada nuestra tragedia gauchesca. (Debo agregar que Ismael Baíllo atribuía a dicho actor un tormentoso romance con la entonces muy joven Meryl Streep, pero esto nunca pudo ser confirmado.)

Hay muchos otros cuestionamientos que podría sumar a lo que no parece ser más que una sarta de episodios inconexos (como los ubicados en Suiza), personajes que pasan sin dejar rastros y otras incompetencias de menor cuantía. Agreguemos a todo esto la debilísima trama de roman noir que asoma de vez en cuando y que les sirve a las autoras(?) para culminar el relato. Debo decir que si esa parte final fuera cierta y si el balneario donde ocurre tal fragmento resultase ser el que yo sospecho (uno de nombre vascongado), entonces me atrevería a conjeturar que detrás de esos oscuros hechos podría estar la siniestra personalidad de Raúl Varela, un confuso personaje que solía frecuentarlo. Mafioso por vocación, empresario de juegos clandestinos desde un local situado en las inmediaciones de San Martín y Burgues, dueño de varios salones de té (llamados arbitrariamente confiterías en el Sur), y escoltado siempre por un guardaespaldas que ostentaba el inesperado nombre de Athos, participó en varios asuntos turbios más o menos en la época en que habrían ocurrido los episodios mencionados.

Pero voy a caer en una trampa y retrocedo: nada es cierto y todo se trata de un cuento chino muy difícil de tragarse, al menos para mí. Por ello, en el caso harto improbable de que estos infundios se hicieran públicos de alguna manera, quiero dejar bien claro que desvinculo enfáticamente mi nombre de tales enredos y sólo reconozco la autoría de esta carta, única expresión fiel de mis opiniones y convicciones. El personaje de ficción llamado "Ugo Ulive" - que ya apareció en una novela caraqueña de un cierto Javier Vidal - no tiene nada que ver conmigo. Me declaro ajeno al total de esta patraña de dudoso gusto, ubicada en tiempos y lugares que supe gozar y querer.

En un poema del argentino Juan Gelman, su "Carta a Roberto Fernández Retamar", pregunta el poeta: "¿Alguien se llama Juan? ¿Quién se llama Roberto todavía?". Hago mías sus palabras: ¿Alguien se llama Lucio Estévez?

Ugo Ulive

Cédula de identidad venezolana 6.167.752

Apéndice 3

Brignogan, 29 de abril de 2000

Sr. Estévez

Debo confesarle que ya había casi olvidado a "nuestra querida Sally", como se complace en escribir. Después de nuestro breve intercambio de cartas, hace unos cuantos meses, no tuve más noticias de ella. Incluso no sabía si continuaba o no con esa encuesta algo insensata que se había propuesto luego de abandonar su primer proyecto de recopilar la correspondencia que durante más de veinte años mantuviéramos con Ugo. Renuncia que, confieso, produjo en mí una gran sensación de alivio. Por eso ahora su carta, señor Estévez, y sobre todo el texto incluido en las disquetas, me provocan perplejidad e indignación. Perplejidad por el montaje de una farsa semejante; indignación por ser solicitado a participar en ella. Vayamos por partes.

Las largas páginas del "Prólogo" me eran familiares. La propia Sally tuvo la amabilidad de enviármelas - como consta en su relato y en la inclusión de mi respuesta. Mantengo mis reservas y no tengo nada que agregar. Mucho, en cambio, a lo que sigue, hasta su carta, Estévez. Voy a hacer un esfuerzo de coherencia para evitar ser influido por la acumulación desordenada de los textos. Al principio quise creer que ese desorden se debía en parte a un cierto candor de Sally, a un desconocimiento del medio y de las referencias adecuadas, a una elección desafortunada de interlocutores poco creíbles o escasamente objetivos. Excusa en cierto modo atendible. Aunque ella debió alertarse por la suma de anacronismos e imprecisiones, de testimonios contradictorios, por la gratuidad de algunas insidias, de algún deliberado malentendido. Si continuó confiada su camino, yo, luego de la lectura de los primeros capítulos, no. Omito detalles porque a usted, Estévez, le sobran motivos para conocerlos. Aún sigo preguntándome dónde, en qué momento, usted creyó que el plan requería una aceleración, una falsa dramatización. No hablo de la etapa final, eso está claro. Pienso que hubo un instante en que algún error en los testimonios que usted iba inventando para Sally, el uso que ella hacía de los mismos - o a lo mejor una falla en el libreto, un rol mal interpretado, sobreactuado - , deben haberle aconsejado corregir el tiro. A usted y a Dervy. Se habrán dado cuenta de que el relato se estancaba, no "prendía", como se dice de una mayonesa, de que la propia Sally se desalentaba. Debe de haber sido entonces cuando decidió entrar personalmente en escena: encuentro, combinado con Dervy, en el restaurante de Olivier - editor que protege y aconseja al

autor. Y ocasión propicia para aplicar el recurso del "Diario" de Atahualpa, ya pensado. El amigo Nino se prestó complacientemente al juego e interpretó su propio rol. No fue el único, ustedes ya habían convencido, entre otros, a Lola Recalde y a Reinberg, a Jan, al falso Carlos. La aparición del "Diario" fue un enérgico estímulo al entusiasmo algo desfalleciente de Sally, pero al interrumpirse los contactos con el semanario - que tal vez olfateando la impostura publicó sólo un fragmento -, su audacia, Estévez, le dictó los anónimos al Ministerio del Interior, sabiendo ya que habría que ir más lejos, las dos semanas en el balneario y la intervención de actores secundarios para que esas últimas amenazas terminaran convenciendo a Sally de que su trabajo sacudía los cimientos de un mito nacional y desenmascaraba a sus turiferarios (no voy a hacerme eco de su fácil ironía mandándole un cheque de 45 pesos por el precio del peaje que debió pagar para cruzar hasta Solís). ¿Pero qué sucedió realmente ese martes 21, cuando pasó a buscarla? El relato de ella termina el día anterior; la continuación la conozco por el suyo, Estévez, es decir la desconozco. Dejémosla en suspenso. O no, mejor imaginémosla. Digamos que el martes 21 usted llega, recoge a Sally y en el auto - ¿hacia dónde? - le pide por primera vez su complicidad para esa etapa final del plan: la desaparición será pública, autoridades y la prensa, él, es decir usted, Estévez, hará las denuncias correspondientes, le mostrará a Sally la carta dirigida a Ugo y a mí que ya tiene redactada y en la cual relata los detalles inventados de su llegada a la casa supuestamente abandonada y lo que sigue. ¿Fue suficientemente persuasivo? Hasta ese momento Sally había sido víctima inconsciente de la superchería y ahora se le pedía participar voluntariamente en ella (por lo tanto sin saber siquiera que esa complicidad no alteraba en nada su condición de víctima). Sí, quiero creer que aceptó. ¿Qué podía hacer? A esa altura era demasiado dependiente. Me esfuerzo en no calificar su maniobra, Estévez.

Muy bien, ¿pero luego? No creo agotada su imaginación. No tanto como para depender de las respuestas de Ugo y mí para continuar su falaciosa empresa. Aunque después de todo debo reconocer honestamente la provocación audaz de exponer a Sally, un par de veces, las verdaderas reglas de juego - reglas tramposas, por supuesto -: cuando su compinche Dervy aclara que "Carlos murió. Debe ser otro Carlos", o al expresar abiertamente, a través de Jan, que el reportaje a Atahualpa fue una puesta en escena de Mieres. En ambos casos, una advertencia a Sally; en ambos, para ustedes, una forma de probar la amplitud de su credulidad. A partir de ahí no era riesgoso inventar relatos o proponer interlocutores con historias extravagantes, redactar un "Diario" apócrifo, empujar al agua un bote sin calafatear (todos supimos desde el principio que Sally era una buena nadadora).

Avanzo, finalmente, una hipótesis - y corríjame si estoy en un error. Todo debe haber empezado con Dervy. A Montevideo había llegado una muchacha entusiasta fascinada por una fotografía, intrigada por rumores, alusiones y sobrentendidos que concernían a un personaje mítico, alguien, según le dieron a entender, cuyo final, algo equívoco, nunca se aclarara. Dervy se dio cuenta de que bastaba intentar disuadirla para aumentar su curiosidad. Luego lo comentó con usted, que vio enseguida la posibilidad de una aventura editorial aunque dejó que él diera los primeros pasos. Todo comenzó como un juego: un actor en la escollera con cuatro réplicas aprendidas de memoria, otro, Reinberg, no muy discreto depositario de confidencias del Maestro, un primer simulacro de agresión en la calle, Jan recitando su propio libreto. Pero ya, en la fraguada crónica de Verdoux y desde las sombras, había comenzado a intervenir usted, Estévez, hasta terminar encargándose de todo el asunto. No hubo necesidad de inventar a Dora o a Dagama, como tampoco al Bebe. Ellos cruzaron el camino de Sally sin que nadie les soplara letra.

Por supuesto, todo esto no me concierne en absoluto. Y el final de la historia también es cosa suya. Sin embargo estoy tentado de ofrecerle esa colaboración que solicita. Por ejemplo, y como está de moda citar a Wittgenstein sin haberlo leído (esto es una prueba), no sería impertinente prevenir al eventual lector con un comentario que el propio Wittgenstein hiciera de su "Tractatus" y que podría servir como epígrafe a la historia contada por Sally: "Mi trabajo consiste en dos partes. Una de ellas está presente en él; la otra incluye todo lo que no escribí. Esta es, precisamente, la parte más importante".

Inamistosamente

Jorge Musto

Epílogo

De: sasu@aust.sy

Para: luest@adinet.com.uy

Fecha: 15 de julio de 2000 11:24

Buenas noticias, porque en ABC TV aceptaron reintegrarme por lo menos durante el desarrollo de los Juegos Olímpicos. El deporte, como usted sabe, no es mi fuerte, de modo que voy a tener que hacer un gran esfuerzo para informarme en la materia. Pero en los pasillos de ABC

encontraré, entre otros ex colegas, a mi vieja amiga Patti Mugler, recuperada, presumo, de la luxación del tobillo culpable de mi aventura montevideana.

Gracias por su e-mail y por las copias de las respuestas de sus - mis ex - correspondientes en Venezuela y Francia. Aunque creo que los méritos que usted me atribuye son exagerados. Yo sólo seguí sus instrucciones. Y ahora le confieso que al comienzo, cuando me expuso minuciosamente el plan durante el viaje a Jaureguiberry, no estaba muy convencida. Luego, a medida que redactaba y corregía mis entrevistas, que debía recapitular o inventar conversaciones y encuentros, situaciones, que me obligaba a mí misma a comentarlos y a interpretarlos tendenciosamente, a hacer un uso imprevisto de los materiales recogidos, me sentí un poco más confiada. Digamos un poco más libre. A pesar de que el último relato, el de mi estadía en la casona y el balneario, sugerido por usted, me parecía algo grosero en los detalles, demasiado artificial como desenlace. Yo seguía un poco fuera de toda la ficción, algo incómoda en mi nuevo papel, su propuesta era reciente y no se olvide que en mis comienzos de la encuesta, en muchas de mis entrevistas, actuaba como se dice a cara descubierta, con la intención expresa de llevar seriamente a cabo un trabajo determinado. En este sentido, quizá en el único, es correcta la observación de Musto sobre mi candor. En lo demás, su actitud distante y burlona, su pose algo más que pueril de pretender saberlas todas, revelan un personaje cuya arrogancia linda con la estupidez. Otro, de tardías y afligentes protestas de virginidad, es su amigo Ulive. ¿Qué teme? ¿Un proceso de herederos ofendidos? ¿Una afrenta indeleble a su posteridad por no ser mencionado "nunca de manera halagadora"? Debió pensarlo antes, porque las cartas de las cuales se desolidariza con tanto énfasis existen y están en mi poder. Con su firma. En fin, paso por alto la malevolencia de sus críticas a mis "tediosos disquetes". Usted me había prevenido, generosamente dijo que con mi ayuda morderían el anzuelo. Hice lo posible, y por lo menos el autor de la segunda carta llega al extremo de indignarse por razones inexistentes sin llegar siquiera a sospechar las verdaderas, las sucesivas trampitas que fuimos poniendo en su camino y en las cuales cayera alegremente, convencido de que los hechos pasaron como yo los relaté, de que yo era la ingenua víctima de la manipulación. ¿Cómo pudo despistarse hasta ese punto? Es cierto, en muchas pautas de mi relato se olfateaba el exceso, la provocación, por algún lado alguien movía los hilos de la historia. Excesos y provocación deliberados, como un recurso insidioso para desviar la atención del verdadero fraude. Por eso este correspondiente pudo creer también en la responsabilidad del pobre Dervy.

Bueno, pero hasta aquí llega nuestra complicidad, amigo Estévez. No sé cuáles son sus intenciones para el uso del material que tiene entre manos. De todos modos, disponga de él como le plazca. En cuanto a mí, contenta de estar de nuevo en mi ciudad, por primera vez en varios meses completamente liberada de intrigas ajenas y propias, inmune a la real o fingida hostilidad. Ahora, luego de una final de 100 metros llanos y un lanzamiento de martillo, de saltos en tirabuzón desde el trampolín de diez metros y el inevitable, interminable despliegue de himnos, banderitas y medallas, dispondré de tiempo y calma, colgaré en algún lugar bien visible de la pared esa fotografía de un perfecto desconocido tomada hace siete años en La Habana y la observaré con humilde y obstinada atención, ya ni siquiera intentando descifrar una historia personal cualquiera sino abandonando toda resistencia a su misterio, a la imposible memoria de un pasado fatuo o heroico, vano o glorioso, recordable o no, confiada en que ese tránsito paciente hacia el olvido terminará con un rectángulo blanco en la pared, allí donde estará, estuvo, la terrible imagen del anciano. Lo que no deja de ser una forma de admitir, Estévez, la ausencia de leones en Escocia.

Entonces, sólo entonces y parafraseando al prestigioso antecedente citado por uno de los correspondentes, comenzaré tal vez a no escribir la verdadera historia del Maestro.

No espere copia.

Sally Sullivan

* * *